

Z/ 13135 : 15, 736 (1926)

FRAY MOCHO



N.º 736

02.6.1926.



MISIONES. -- Las históricas ruínas de San Ignacio



Portón de entrada al patio de la iglesia



Ruinas del frontispicio del templo



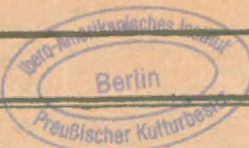
El patio de la iglesia, poblado de árboles de yerba mate



Lo que en tiempo de las misiones jesuíticas fué plaza, es hoy cementerio de San Ignacio



Arbol gigantesco crecido entre los intersticios de una muralla de piedra, en las ruinas de San Ignacio, y cuyas raíces han descendido al suelo, internándose en la tierra



FRAY MOCHO

Año XV

Buenos Aires, 1.º de junio de 1926

N.º 736

Un chirrido breve me despertó sobresaltado... Me erguí en mi cama del hotel... Escuché... Nada... Sólo el tictac del reloj cuyas agujas fosforescentes señalaban las dos de la mañana.

El cuarto, donde penetraba apenas el rumor debilitado de la Canebiere, estaba oscuro y tranquilo.

¡El agudo chirrido comenzó de nuevo!... Venía de...

¡Oh! Una silueta humana se perfiló a través de la ventana!... Apenas se distinguía, pero vi claramente las uñas de una manecita de mujer golpear los vidrios.

Cogí mis vestidos. Cuando me los ponía, oí en el pasillo una conversación ahogada. Distinguí:

—¡Oh, por allí no, es imposible!

—Sí, pero el otro piso y luego el techo...

Entreabrí la puerta. Tres hombres que pasaban se detuvieron. Era el detective privado agregado al hotel, el director y un agente de policía uniformado.

Y, sin esperar a nada, me empujó al interior de la habitación el detective, encendió la luz y dirigió en torno una mirada sospechosa.

—¿No ha visto usted nada anormal?

Aquello me desagradó, y por eso, en vez de indicar la silueta del balcón que se había hecho invisible desde el momento en que había luz en la pieza, respondí en tono seco:

—No, señor, no he visto nada; abrí la puerta a causa del ruido que hicieron ustedes. ¿Por qué esa pregunta?

—Por nada, tal vez porque está usted vestido a estas horas de la noche. ¡Buenas noches, señor!

Cerró la puerta y sus pasos se alejaron. Esperé unos minutos. Luego fui quedo a abrir la ventana. Una mujer delgada y de baja estatura se deslizó inmediatamente al cuarto, cerró la puerta y corrió las cortinas detrás de ella.

Dijo con acento ligeramente inglés:

—Gracias, de todo corazón, es usted muy gentil... Me llamo Katie.

Bajo sus cabellos negros, lacios y cortos la bonita cara de nariz respingonada, ojos pequeños un poco oblicuos, denunciaba la mezcla de razas.

Sin duda era hija de un europeo y de una asiática. Llevaba sobre su cuerpo perfecto un traje sastre de la calle de la Paix.

Un sombrero modelo daba a su fisonomía algo de eslavo. En su mano izquierda chispeaba un grueso diamante junto a una alianza.

—¿Por qué se la persigue?

La aventura de Katie

Por J. J. Renaud

(Ilustraciones de M. Sancho)

Katie nada hace mal... ¡al contrario!... ¡Sí, al contrario, es verdad!

—¿Y cómo ha venido usted hasta esta ventana?

—Por la del cuarto de baño donde Katie estaba escondida... Cuando policemen han venido allá a explorar, entonces Katie bajó ventana y siguió cornisa...

—¿Entre las dos ventanas hay muchos metros!... ¡En el quinto piso!... ¡En la obscuridad!...

—Katie habita entresuelo de este hotel con su marido. Un gentileman que no sabemos quien, ¡oh, un malísimo gentleman!, ha robado del cuarto de una artista americana de cine, en el piso de usted, aquí, quinto, un collar de perlas grueso valor y, cuando estábamos ausentes de nuestras habitaciones, lo ha escondido en nuestro baúl en el fondo... Mi marido

no amigo con policía... Entonces, esta mañana policía registraba nuestro equipaje, encontraba collar y no... perseguía... Pero Katie ha venido ahora mismo, volver poner collar en cuarto de la actriz, que bebe mucho "champagne" y no cierra cerrojo... Sin embargo, ella ha despertado, ella misma, justo cuando Katie partía; ha gritado, llamado...

Accionaba al hablar de una manera raramente expresiva. Y su rostro mate de rasgos cortos y preciosos, como esculpidos, ya eran de una "mis", ya de una "musmé".

Como la miraba yo sin responder, creyó que ponía en duda sus afirmaciones.

—Señor, Katie le ruega que la registre... Katie jura no tener el collar... ¡Mire usted!

Se abrió el saco, volvió las bol-

sas, se golpeó los costados, se quitó el sombrero y lo sacudió... Todo esto con una prontitud sorprendente, casi animal...

—¿Ahora permite usted que parta Katie?

—¿No teme usted que?...

—No; esos policías tienen zapatos muy gruesos... hacen mucho ruido... ¡Buenas noches, ha sido usted muy gentil para Katie!... ¡Gracias de todo corazón!

Abrió ella misma la puerta, y con una de esas sonrisas de la raza amarilla, en que hay siempre un poco de desdén, desapareció en las tinieblas...

Me volví a acostar riendo. En los puertos asiáticos he visto muchas de estas muchachas infantiles y encantadoras... Tienen todos los defectos y todas las cualidades de las dos razas.

¿Pero esa historia del collar?... ¡Bah! No era inverosímil en Marsella, adonde los barcos llevan tantos internacionales dudosos.

Al día siguiente, en pleno calor provenzal, almorzaba yo en el parque de un gran restaurante, cerca de los Catalanes, en la orilla misma de la bahía donde, a veces, una ola venía a bordear con negligencia en las rocas rojizas. Los platos tenían gusto de ajo y azafrán. Trozos de hielo flotaban en el vino... Cuando dos napolitanos guitarristas cesaban de cantar la "Spingola francese o Funiculi Funiculá", oíanse crepitar las cigarras en un campo próximo, todo quemado de sol... Un olivo retorcido abrigaba un poco mi mesa en aquel parque casi africano, con sus cactus, sus monstruosos álces semejantes a pulpos y sus palmeras polvorientas...

De pronto, vi al señor Parenquet, comisario especial de seguridad en Marsella, que vagaba entre las mesas como si buscara a alguno. Aquel hombre alto, flaco, de color bilioso de colonial, tiene mucho que contar de tanto que ha viajado. Le debo el conocimiento de más de un cuento. No tengo que llamarlo; me ve y viene. Acepta una taza de café, y en cuanto se la sirven me dice sonriendo:

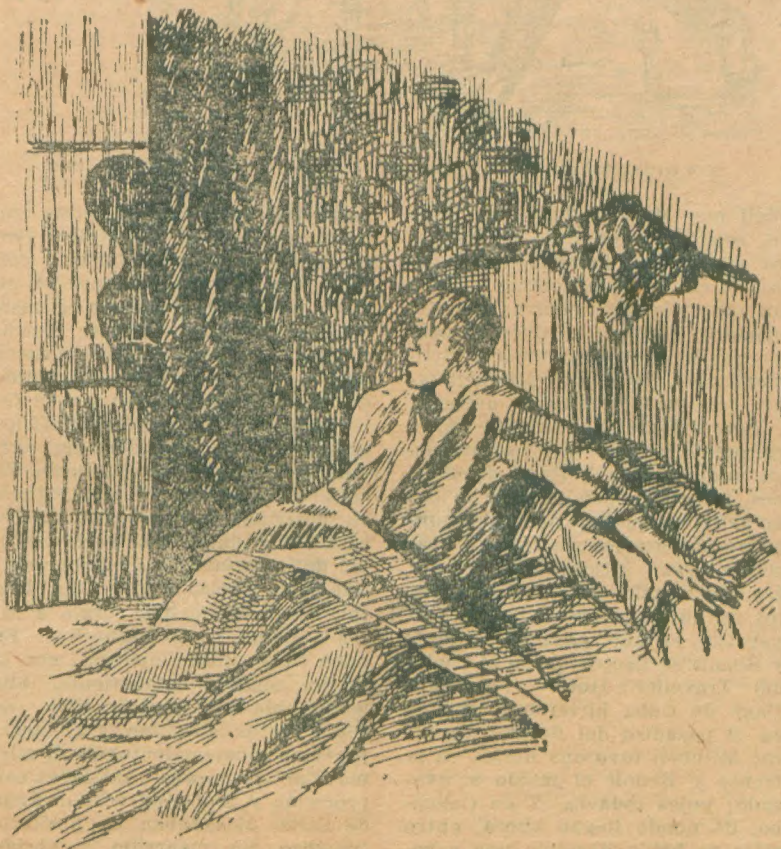
—¿Usted protege a "ratas" de hotel, verdad?

Sonrió, pero sus pupilas rodeadas de amarillo me miraron atentamente.

¿Me veía mezclado tontamente en algún asunto turbio?... Me apresuré a contestar:

—¿Una "rata" de hotel?... —dije fingiendo ingenuidad y no saber nada.

Luego, el señor Parenquet me dió este consejo:



¡Oh! Una silueta humana se perfiló a través de la ventana.



—Otra vez, querido señor, deje usted hacer a la policía, aun cuando proceda sin tacto... Por otra parte, la historia del collar que le han contado es probablemente exacta... Esa muchacha tan graciosa es la hija de una malaya y del "purser" de un "paquebot" inglés... No le conozco más nombre que el de Katie... No es antipática, lejos de eso, pero sus hechos y gestos sorprenden siempre. Hasta la creo un poco traviesa. Tengo todo un expediente a su respecto... Varias condenas allá lejos, por motivos casi honorables y que previenen a su favor: contrabando de drogas farmacéuticas para curar a los indígenas; fomentar revueltas entre aquéllos que son a menudo explotados; ultraje a las autoridades, que no son allá siempre respetables. En penúltimo lugar, era, imagínese usted!... ¡era, entre los cocoteros, los piratas, los coolies y los cocodrilos, la fundadora de una sucursal del Ejército de Salvación!... ¡En los "cabarets" de los puertos predicaba la virtud a los marineros ebrios, e iba a los hoteles europeos a reprochar su lujo a los plantadores u oficiales! Fué así como conocí a Benoit, el más extraordinario estafador profesional que existe: un especialista de las partidas de póker que se realizan a bordo de ciertos transatlánticos... Está sin cesar entre Marsella y Yokohama, o Burdeos y Buenos Aires, o Cherburgo y Nueva York... ¡Una destreza prodigiosa!... Nunca hemos podido pescarle en flagrante delito.

Ella, Katie se ha propuesto reformarlo, convertirlo... ¡sí, señor!... y se puso a amarlo, él la amó también y se casaron... Ella lo adora, aunque tenga el aspecto de un rudo campesino normando, lo que lo hace aún más peligroso para los puentes... Ella ha obtenido de él que deje de jugar, corrigiendo la suerte, y que solamente estafe a los que, a juicio de ella, lo merecen: los mercaderes y usureros...

—La misma tradición de Cartouche y de Mandrin...

—¡Que acabaron mal!... Benoit ha sido apodado "Hilo" porque practica el "hilado" con una sola mano; el "hilado", que consiste en servir, no la carta de encima, que se prefiere reservar o dar a un cómplice, porque se sabe que es buena, sino la que viene inmediatamente después; por lo general, se utilizan las dos manos; él ejecuta este juego con el extremo de la mano izquierda invisiblemente... Y trabaja siempre solo, mientras que los otros van por equipos de tres o cuatro... En el mismo barco hay a menudo el equipo Mitchell, el equipo Schmith, el Holandés y nuestro Benoit, que forma él un solo equipo... ¡Ah, es un maravilloso "griego"!... Un día, cuatro jugadores que no cesaban de perder sospecharon algo y lo registraron. Se dejó registrar. No le hallaron nada y se excusaron. Entonces Benoit, con una sonrisa, les dijo: "Pero si es muy natural, señores. Ahora, fuera desconfianza, continuemos..." Le tocó dar a él y el "pozo" era grande; les dió a cada uno un "carre" y para sí un "Royal-flush"... ¡Ah, les costó caro esta añagaza!...

—Pero los reglamentos de a

bordo permiten, entonces el juego?

—No se puede impedir a los pasajeros el jugar en sus camarotes..., ni aun en el "smoking-room"... Y por más que se les advierta, por cartelones en letras gruesas, que es peligroso jugar con gente que no se conoce, es como tocar la flauta... La semana pasada, mire usted, un "paquebot" que venía de Colombo desembarcó aquí y tuve noticia de que un hijo de familia había dejado todo lo que poseía en las garras de Smith, el holandés. Voy a verlo al hotel. Le pido que presente la denuncia y me respondió que sus compañeros de juego fueron gente honrada, y que, por otra parte, si alguno de ellos hubiera hecho trampa lo habría visto... ¡Y se suicidó al día siguiente!... Piense usted si querría yo encerrar a todos esos canallas. A Benoit como a los otros... No me falta sino un flagrante delito. Es



...era Katie, vestida como la noche anterior, y con la cabeza entre las manos.

fácil que Mitchell haya, en efecto, robado el collar de perlas para ponerlo en los baules de Benoit, para hacerlo detener. Tiene un odio terrible contra Benoit; primero, porque en diversas ocasiones éste ha desplumado víctimas sobre las cuales Mitchell tenía puestos los ojos, y después, porque Mitchell, habiéndole anteriormente pedido que entrara en su equipo en soberbias condiciones, Benoit respondió ¡que él era un artista y que por nada del mundo se comprometería con un chapucero como Mitchell, tan torpe! En ese mundo, semejantes alegatos son injurias atroces... En Valparaíso, el año pasado, Mitchell y Benoit se tirotearon en el "hall" del "Traveller's Hotel"... En Santiago de Cuba hicieron lo mismo en el pasadizo del desembarcadero; Mitchell tuvo una herida en la frente y Benoit el muslo atravesado; cojea todavía. Y en Colombo, de donde llegan ahora, entre ellos se había decidido una especie de duelo; fué Katie que lo im-

pidió, yo no sé cómo... En fin, el incidente de esta noche se ha concluido... De todas maneras, querido amigo, tenga cuidado con las visitas nocturnas.

Regresaba yo a pie, a lo largo de la extensión marina, más azul todavía que el cielo y donde, por trechos, bajos fondos ponían inmensos rastros violetas, como grasos... Mi hotel tenía un bar en el subsuelo, donde se encontraban tipos internacionales curiosísimos. Bajé hasta allí. Aun cuando aquél no fuese un sitio popular, el aire olía a ajo tanto como a "vermouth" y a cigarro frío. ¡El ajo, "leit-motiv" de Marsella!...

Poca gente: dos mecánicos de torpederos que trincaban con unos suboficiales de la colonial; en un rincón algunos italianos conversaban en voz baja, con el fieltro sobre los ojos.

De repente, oí sollozar suavemente a una mujer detrás de las plantas verdes que aislaban un án-

cual tarjeta de visita, al tacto.

Se levantó, pasó cerca de mí y salió con su aire ingenuo, pero dando una impresión de fuerza, más visible aún que cuando estaba sentado.

¡Era el hombre que en la América del Sur se tiroteaba con congéneres de trampas!

No me miraba; tomé mi vaso de ginebra-vermouth y fui a sentarme cerca de Katie. Ella quitó las manos de la cara llorosa.

—¿Por qué llora usted?

Sus rasgos de muñeca japonesa hicieron un esfuerzo para recobrar su puro dibujo. Pero las lágrimas continuaban desbordándose siempre de los ojos alargados como almendras. Por fin respondió con voz ahogada por la pena:

—Katie puede decirlo todo a usted, que ha sido tan bueno... El marido de Katie tiene un enemigo... desde hace mucho tiempo... Tienen que arreglar cuentas..., batirse con revólvers, esta noche a las once, frente a la entrada principal del parque Borelli... Lucha como en la América del Sur..., muy cerca y con revólver..., siempre hay un muerto..., a veces dos... ¡Hoy, a las once!... La pobre Katie no tiene familia..., no tiene a nadie más que a su marido..., si lo matan... se queda sola en el mundo!...

Y sus sollozos se redoblaron...

—¿Como se llama ese enemigo?

—¡Mitchell! Pero usted no lo conoce..., El hombre no de aquí... Ahora, Katie irse...

Dejéme apiadado.

¿Cómo impedir ese encuentro a tiros de revolver, que inquietaba tanto a la pobre chica?...

¡Pardiez, prevenir al señor Parenquet!... Haría él en seguida lo necesario. Bastaría, por ejemplo, que enviara un agente a prevenir a los adversarios sobre la mala situación en que iban a colocarse... Dos minutos después, estaba yo en el gabinete del comisario especial.

Por la ventana entreabierta subía el rumor foráneo, los olores de fritura, de mariscos y de ajos del mercado Belzunce.

A medida que yo hablaba, la cara del señor Parenquet poníase radiante.

—¡Y bien, los tenemos! — exclamó. — Esta noche, desde que comience su cañoneo, intervinimos... No demasiado pronto, a fin de que tengan plomo bajo el pellejo el uno y el otro, según la chica lo teme... ¡En todo caso, a la Morgue, al hospital o a la cárcel!... Si uno de ellos sobrevive, con lo que diré al presidente de la correccional, pasará un buen tiempo antes de que vuelva a subir a bordo de un navío... ¡Venga usted con nosotros esta noche... y asistirá al alboroto!

No era eso lo que hubiera yo querido.

¡Gracias a mí, la pobre Katie lloraría aún más!... Decididamente yo desatinaba... No me quedaba más que advertir a Benoit y a su mujer.

Pregunté por ellos al gerente del hotel. Habían salido. No volvieron.

Y fué en vano que yo registrara todos los rincones de Marsella donde podía encontrarlos...

A la noche, a las diez y media, éramos cuatro: el señor Paren-

¡Guerra! ¡Guerra!, por Rojas



A España, le hacen la guerra los moros.

A Francia, los drusos.

A Inglaterra, los obreros



A Polonia, los naturales del país

A los pobres, el frío

y a todo el mundo, los sabañones

guet, dos detectives particulares y yo, a esperar, frente a la entrada del parque Borelli, a cincuenta metros más o menos, en la sombra de una carreta abandonada. Y sabíamos que un poco más lejos, echados en el suelo, en las tinieblas, había cinco agentes de policía de uniforme...

Las tinieblas tibias oían a eucalipto. El murmullo alejado de Marsella asemejaba al del mar... Ningún ruido próximo, salvo el gangueo de un fonógrafo en un bar situado a trescientos metros de distancia, bar de mala reputación, aunque bastante elegante, donde se ballaba.

Los policías, escondidos en la sombra, observaban una inmovilidad profesional. Los raros paseantes no sospechaban su presencia...

Yo esperaba, deseando con todo mi corazón que los adversarios no parecieran, y que nuestra estancia allí fuera inútil.

En una iglesia cercana sonó el cuarto de hora antes de las once... El fonógrafo del bar aquél, emitía, con obstinación, un "fox-trot"...

Seguía yo las agujas de mi reloj. ¡Menos diez!..., ¡menos ocho!..., ¡menos cinco!..., ¡menos dos!...

A las once exactamente, unos pasos pesados, precedieron a una larga silueta: ¡Benoit!... Fue tranquilamente a colocarse a la derecha de la puerta del parque, a la luz de un farol eléctrico que estaba a cierta distancia.

Miraba en todos sentidos con ansiedad evidente, con la mano derecha puesta en el bolsillo de

atrás del pantalón. El señor Parenguet murmuró a los agentes:

—A los primeros disparos, avanzan muy de prisa, gritando "¡Manos arriba!" Pero no tan de prisa que no se les dé tiempo de matarse... Si hacen la menor resistencia, les disparan.

Los oí volver los seguros de sus pistolas...

Allá, Benoit estaba siempre inmóvil en la semiclaridad que, desde mis sombras, parecía luz viva...

Las once y cinco..., las once y diez..., el silencio era pesado... Un poco de bruma había surgido, y no se distinguían los árboles del parque Borelli...

¡Las once y cuatro!... ¡Iba a faltar Mitchell a la cita? O bien, arrastrándose por el suelo o deslizándose de árbol en árbol, iba a disparar de improviso por detrás?

En ese instante sonaron dos detonaciones... Pero provenían del bar del fonógrafo, donde se oyeron inmediatamente exclamaciones, llamamientos...

Los parroquianos huyeron... Pasó un auto ante nosotros como tromba y la voz de Katie se elevó a tres o cuatro metros detrás de mí.

—¡Aquí, Benoit!... ¡Aquí, Benoit!

¿Cómo había podido venir tras de nosotros y permanecer sin que la notáramos?

Inmediatamente, Benoit se dirigió con las manos en alto hacia nuestra carreta...

—¡Buenas noches, señor Parenguet!

¡Estoy sin armas, pueden registrarme... Pero si usted quiere tomarse el trabajo de ir con su compañía allá abajo, encontrará usted alguna cosa que le interesa profesionalmente — dijo con raro acento cosmopolita, en el que había inflexiones normandas, inglesas, apachesas y hasta el "tmang" neoyorquino...

En grupo, recorrimos hasta el bar... Me parece ver en aquella sala cuadrada, chispeante de luz eléctrica, con sus mesas de madera a lo largo de los muros, bajo anuncios multicolores de aperitivos... Oía a vainilla, a tabaco americano y ajo... Aquí y allá sillas tiradas, pedazos de vidrios, guantes, una mantilla...

Algunos clientes de pie, y el patrón, un grueso napolitano, mirando con estupor una especie de "bookmaker", grotescamente tendido en tierra, y cuya sien sangraba.

El fonógrafo cantaba siempre; un agente rompió el disco de un bastonazo.

—¡Pero si es Mitchell!... ¡Mitchell quien se ha matado! — exclamó el señor Parenguet... — ¿Qué pasó, pues?... ¡Veamos Benoit!

—Pues sí, señor comisario, es el canalla de Mitchell... Se ha llevado a Schmith con una buena suma de dinero, y Schmith me dijo lo que pensaba hacer aquí... Entonces yo estuve muy embarazado... Por una parte, yo no tenía ninguna razón para preservar la existencia de un bandido como Mitchell, y por otra parte, pensé

que si Mitchell caía, sería yo acusado, y que no creerían lo contrario y que me condenarían desde luego.

Entonces Katie ha hecho una falsa confidencia al caballero periodista que es charlatán... Y así poseo una coartada perfecta... Ustedes tenían la vista sobre mí mientras disparaba Schmith. Así ustedes se verán forzados a atestiguar que no he sido yo quien mató a Mitchell. ¡No he faltado al respeto!... No les he pedido venir... ¡No han tenido más que oír al señor periodista!... Pero esta velada les evita muchos trabajos futuros, porque, primero: Mitchell está ante ustedes tendido en tierra, como pasta de carne fría... ¡Ya no tendrán que vigilarlo! Segundo: Schmith, el imbécil, ha huido en un auto, y ustedes lo atraparán y lo pondrán preso por mucho tiempo ¡otro alivio!... Tercero, yo he comprado un rancho en California y ya no navegaré... ¡Se lo prometo a Katie! ¿Me detienen?... ¡No!... ¡Entonces, buenas noches, señor comisario!... ¡Vámonos, Katie! Al pasar junto a mí, la muchacha murmuró con su voccecita:

—Usted ha sido muy gentil para Katie!... ¡Gracias de corazón! ¡Katie no lo olvidará!...

El señor Parenguet oyó y me dijo:

¿No cree usted que nos ha hecho perder la mañana?... Pero Benoit tiene razón: ¡la jornada ha sido buena!

Elogio del Pueblo

¡Oh manso pueblecito silencioso
donde vengo a buscar la paz perdida,
entre el grato frescor que te embalsama
y la inefable luz que te acaricia;
yo, pasajero extático y cansado
vengo a tí con el alma envejecida
a rejuvenecerla entre tus árboles
y ante el puro verdor de tus campiñas.
Oh breve pueblecito aristocrático,
fresco, alegre y sutil como una niña,
cruzado por callejas solitarias
y de apacibles quintas
donde cantan los rígidos molinos
al grato viento que su marcha incita,
que saludas el paso del viajero
con el cantar del pájaro que trina,
y que tiendes la magia de tu encanto
como una red angélica y finísima;
oh manso pueblo silencioso y tenue,
vengo a buscar en ti la paz perdida,
y quiero que esta pobre alma se vuelva
toda beldad, como una de tus niñas!

Alfredo R. Bufano.

DEL MOMENTO

Por Juan Antonio Argerich

(Para U. Bermúdez, afectuosamente)

Rabelais, ese peregrino ingenio francés, que allá por el siglo XVI nos legó, immortalizando su nombre, la historia de Gargantua y Pantagruel, nos cuenta, con su gracia cispeante de ironía, la historia de Panurgo.

Viajaba éste a bordo de un barco y, por motivos que no es del caso explicar, tuvo una discusión violentísima con el propietario de unos carneros.

Panurgo, en la discusión, se creyó ofendido, y muy taimadamente, queriendo vengarse, compró un carnero, al que inmediatamente lo arrojó al mar ante la azorada mirada de todos. Tan funesto ejemplo arrastró a la majada y, uno por uno, los carneros fueron arrojándose al mar, ante la desesperación del propietario que veía espantado, su ruina inminente.

¡Cuántos en la vida sin reflexionar en lo pernicioso del ejemplo son, desgraciadamente, émulos de los carneros de Panurgo y se dejan arrastrar por la prédica inconsciente de muchos que sólo persiguen fines personales, y sucumben, víctimas de la imprudencia irreflexiva, que una vez cometida, no tiene salvación!

Que el ejemplo sirva, que los hombres sólo se dejen gobernar por su conciencia y que antes de dejarse arrastrar por las pasiones, reflexionen, y recién entonces acometan las acciones más difíciles: el éxito coronará sus esfuerzos y dejarán de ser para el mundo "carneros de Panurgo" que fueron tras el balido de su compañero, por no saber traducir

la angustia de un lamento.

Hay muchas personas en la vida sin opinión determinada, a quienes les parece bueno lo primero que escuchan y mucho mejor les parece aún, aquello que, aunque contradiga lo primero aceptado, se lo dicen después con vehemencia suma.

Estas personas son, por lo general, gente sin cultura o con conocimientos tan superficiales, que no alcanzan a distinguir entre dos ideas, aquélla que más se adapte con sus principios.

O son personas de cultura, incapaces del menor ejercicio intelectual que traduzca un análisis y viven aceptando por bueno muchas veces lo malo, porque les resulta hartamente pesado establecer parangones y sacar consecuencias.

Si todos tomaran como punto de

partida, no sus convicciones, ya que hay en muchos, carencia absoluta de ellas, pero si sus convicciones personales, podrían llegar, por eliminación, a tener norma fija de pensamiento.

Después de estas reflexiones hechas al pasar, cosas del momento, asoma a mi espíritu inquieto, hecho para toda clase de sutilezas e ironías, la teoría de aquel célebre filósofo francés, quien, como argumento para la determinación del libre albedrío, supuso un asno igualmente instado, por el hambre y la sed, que se dejó morir de hambre entre un montón de avena y un balde de agua, porque era solicitado en igual sentido por dos fuerzas iguales.

¿Sabéis a quién me refiero?

Al asno de Buridán.

Cuenta la historia que Bhaga-

vad, observando fielmente el mandamiento de la compasión, hecho su espíritu de una mansedumbre única, devolvía bien por todo el mal que le hacían.

Conociendo éste su modo de ser por uno de tantos que no creen pueda existir tan arraigado ese sentimiento, fué a verlo y, ya en su presencia, fué soez y procaz en el insulto.

Con la serena mansedumbre de su espíritu tranquilo, escuchó el ingenioso raudal de palabras, reflejando su semblante, sólo una viva curiosidad compasiva, ante ese hombre joven que malgastaba su tiempo en frases que no le llegaban.

Exasperado ante esa pasividad, recrudescieron sus insultos y fué entonces cuando Bhagavad preguntó:

—Buen hombre, si alguien rehúsa aceptar un regalo, ¿qué harías?

Trocáronse, ante el influjo de tan suaves palabras, sus arrestos en mansedumbre y contestóle avergonzado

Llévámelo.

—Bueno, entonces, llévate tus injurias, como es el único regalo que puede brindarme tu espíritu perverso, rehúso aceptarlo.

Y como las palabras se las lleva el viento, el pobre hombre dejó desparramados por el mundo, un montón de insultos que andan por ahí, de acá para allá, perdidos en el espacio.

A veces, uno tropieza con ellos, pero el mismo viento que los trajo, se los lleva y se van como vinieron sin que uno se aperciba.

EL PAN NUESTRO

Dice la oración más humana de la religión de Cristo: "El pan nuestro de cada día, dánoslo hoy". No dice el pan de cada día, sino el pan nuestro.

¡Nuestro! ¿Habéis meditado, fariseos, sobre el sentido de esta palabra? Nuestro, es decir, que el pan de nuestra mesa no sea el que falte en la mesa de los demás, que sea el nuestro, adquirido en justicia, sin menoscabo del pan ajeno. Y si así no fuere, si el pan de nuestra mesa, ricos y poderosos de la tierra, no es verdaderamente nuestro, de nada os servirá que repartáis las sobras por caridad si antes no habéis dado lo que es de justicia.

JACINTO BENAVENTE.



Se ha impuesto por su Calidad
Al hacer su pedido mensual no olvide incluir el
Chocolate GODET, que además de ser un bombón,
exquisito es un buen alimento.

DANIEL BASSI & Cia.
Bme. MITRE 2538-54 BUENOS AIRES



Cuando, desembocando por una de las torcidas callejuelas, penetró en la plaza del mercado, los alfareros que conversaban alrededor de sus cacharros de tierra cocida, se separaron respetuosamente para abrirle paso. Un poco más allá un viejo cincelador, que ofrecía con voz monótona y triste copas y urnas donosamente labradas, se inclinó en un saludo humilde y luego, escogiendo en su mercancía, le tendió un vaso prolijamente cincelado a la manera romana:

—¿No quieres comprarme este vaso? — le dijo. — Mirale; es de plata maciza. Tres años me ha llevado para labrar en él un episodio de Moisés.

—No quiero tu vaso, — le contestó el adusto viejo, apartando al artifice con la mano; busco a los mercaderes de Mesopotamia. ¿Sabes decirme hacia qué lado quedan?

—Están allá arriba, cerca del pórtico del templo de Salomón. Desde aquí se ven sus camellos.

Después, viendo que el rico cliente se alejaba, insistió con su voz lastimera.

—Haces mal en no comprarme este vaso. Es de plata maciza. Si tú que eres grande no me lo compras, ¿quién podrá comprármelo en esta plaza?

—Apártate; no quiero tu vaso.

Y con paso lento, se alejó entre la hirviente multitud de compradores y de mercaderes. Era un hombre alto, enjuto de carnes, con una larga barba blanca. Vestía la pœnula de los hombres pudientes: dos túnicas amplias, de rico tejido; la superior con anchas mangas y rayas de vistosos colores. Pero lo que daba al viejo un aire verdaderamente de gran señor, era su rostro grave, de líneas fuertes y angulosas, y sus ojos negros, profundos, en los que latía una mirada de acero.

El mercado zumbaba como una enorme colmena. Bajo los rayos de un sol amarillo, la multitud se revolvía con sordo clamoreo, confundiendo la policromía de sus vestimentas. Había allí humildes negociantes de los pueblos vecinos, pastores de Betsaida, tejedores de Capharnaum, tallistas de Ematis, casi todos descalzos o con toscas abarcas, mezclando en el ir y venir de sus cuerpos cansados, sus túnicas amarillas, azules y cenicientas; había robustos negros de Fenicia, casi desnudos, ofreciendo en sus llendas de lonas biotómicas, verdaderos tesoros centelleantes: peinetas, aros, espejos, seques, collares; había judíos de Sion, de Bethania y de allí mismo, de Jerusalem, con el efod clásico, de colores inciertos, roídos y sucios por el uso, voceando sus mercancías, medidas de arroz, higos secos, dátiles de Egipto, panes de centeno, copas de miel, leche, sak, aceite; había buhoneros de las montañas de Siria, ceñidos de pieles, hombres hirsutos de mirada falsa, que pedían un sekel para exhibir topes ametrados o una rifa de cigüeñas. Pero, sobre todo, dominaban los mercaderes israelitas, de perfil de águila, enfundados en sus kaftanes de colores chillones, rematados en borlas de seda, y cubiertas las cabezas con un gorro puntiagudo o con un pañuelo a franjas, muy ceñido. Estos vendían los artículos

La Justicia del Hombre

Por Víctor Pérez Petit

más opuestos: tortas de miel y joyas primorosas; telas riquísimas y ánforas de barro; pescados secos y esencias perfumadas; botes de copher y ámbar y palomas blancas para los sacrificios. A la inversa de los otros no gritaban su mercadería: silenciosamente, con modales melosos, con afinadas insinuaciones en la voz, se arrojaban sobre el cliente para arrebatarle a los vendedores vecinos y engañarle con la propia mercancía.

—Deja pasar al noble señor, protector de los pobres, — clamaba uno, sacudiendo por el brazo a un

que traen esos hombres. Me dice que sus dibujos y colores son maravillosos.

—Deben serlo, porque estos mercaderes frecuentan países lejanos, del otro lado del desierto. Tú podrías hacer algunas adquisiciones porque eres rico. Tu casa es lujosa.

—No está mal. Tengo todo lo más curioso que puede encontrarse. Algún día he de invitarte para que admires un cofre de cedro tallado prodigiosamente. También te gustará un collar de esmeraldas que he adquirido.

VIDA...

¡Vida, vida, eres mía como es mío este verde que reflejan mis ojos ávidos de colores...! Yo fui de mármol frío... Mi frialdad se pierde bajo este sol de fuego que en mi alma logra flores...

Yo era una estatua helada de pensativa frente insensible a la noche, insensible al rocío... Hoy, como dos ventanas abiertas al Poniente se encienden mis pupilas y hay fiesta en torno mío.

En mi copa de mármol se diluyen rubíes. El capullo azulado de un astro abre en mi mano. Vida, vida en mis labios todo fruto deslies. Mirando por tus ojos se sonrosa el Arcano.

Mordí panales rubios; me incliné a los espejos de plata de las fuentes. Fui una garza rosada. Como a un bronce las luces me encendieron reflejos, y del fuego del ansia, mi alma se alzó, dorada.

Vida, vida, soy tuya. Toda inquietud es ida. Toda nube es un astro, toda nieve es azahar más allá de la muerte, más allá de la vida soy del viento, del fuego, de la tierra y del mar...

María Alicia Domínguez.

descuidado charlatán, que hacía batallar a unos pájaros; y la multitud se abría respetuosa ante el anciano que iba en busca de los mercaderes de Mesopotamia.

Debía ser una persona de calidad por las muestras de deferencia que todos le daban. Los judíos le sonreían servilmente; un anciano le detuvo un instante para interesarse por su salud; un levita, cuya túnica blanca ponía un albor en medio de la zigzagueante multitud, le saludó con benevolencia y un tesorero del templo le hizo un gesto amistoso de cordial bienvenida.

¿Qué buscas en medio de esta turba, señor?

—Busco a los camelleros de Mesopotamia. Ayer tarde el procurador de Roma, que me había invitado a consultar un punto de la ley, me encareció unas alfombras

—Iré con gusto. Todos celebran las riquezas de tu casa, que casi alcanzan a tu sabiduría. Jehová sea contigo.

Se separaron. Una mujer, con un chicuelo, le franqueó el paso.

—Mira, — le dijo al pequeñuelo; — ese es el más grande, después del sacerdote del templo. Todos le adoran por su esplendidez con los pobres.

—Toma buena mujer, — contestó el viejo alargándole un sekel y siguió su camino.

—Es el rico señor de Hakeldama — decía uno.

—Es el hombre justo de Sion — decía otro.

El procurador Marcelo conversa con él.

—Los sacerdotes le consultan sobre la ley.

—El puede castigar al pueblo.

Los ancianos le tratan con respeto.

—Es grande.

—Es bueno.

—Es justo.

Así, entre un coro de alabanzas y de admiraciones, llegó al fin junto a los mercaderes que habían venido de Mesopotamia.

En un instante, los más ricos artículos estaban a sus pies: telas, alfombras, velos gasas, sederías. Los mercaderes, llenos de deferencia, volcaban la carga de sus camellos para ser gratos al rico judío. Uno de ellos, Efraim, que lo conocía de largo tiempo atrás, se deshacía en alabanzas.

—¿Cómo? ¿Te parece cara esta púrpura de Tiro? Pues dame lo que gustes, señor; yo soy tu esclavo, para servirte.

Y luego:

¿No quieres esta alfombra? Es de Damasco. Observa su tejido. No la encontrarás igual. La que me ha comprado el procurador de Roma, es inferior. Mirala.

—Eres un ladrón, — replicaba el anciano; — Marcelo, que es mi amigo, me ha dicho tus precios. Por qué quieres engañarme?

—Mira; que mis labios tengan sed y no encuentren una gota de agua, si no te digo la verdad. Que mis ojos no vean más la luz: que un cuervo me roa las entrañas; que al volver...

—He de llamar a los sacerdotes y te haré dar de palos, contestó con ira el viejo.

—Eres mi amo. Toma escoge, llévate todo lo que gustes. Pero tú quieres verme arruinado; tú quieres verme mendigando un óbolo por los caminos. No me hagas un desgraciado, padre de los pobres, corazón de santo, espíritu de Moisés. Elije; toma esta alfombra; dame lo que quieras.

El regateo se prolongaba. Al fin el rico anciano ajustó el precio.

—Me llevarás la alfombra y la tela a mi casa. Ya sabes, al campo de Hakeldama.

—Sí, señor, yo sé; al sur del monte de Sion.

—Que Jehová te ayude.

—Que Jehová bendiga tu familia, te colme de favores, te llene de riquezas...

Ya se iba lejos, y el mercader le gritaba aún sus saluciones.

—¿Quién es este hombre? — preguntó un camellero, un árabe joven, bronceado por el sol, que venía por vez primera a Jerusalem.

—¿Cómo? ¿No le conoces? — replicó el otro. — Pues has de saber que ese buen anciano es el hombre más rico de la comarca. Todos le aman y le respetan. Su bondad y su sabiduría son muy grandes: el pueblo le adora y los sacerdotes le consultan a veces.

—Grande hombre será, en efecto, asintió el otro; — ¿y cómo le llaman para conocerle?

—Judas de Kerioth, así le llaman. En su juventud era muy pobre. Pero un día, con su gran sabiduría, contribuyó a aprehender a un loco que amotinaba a las turbas, y desde entonces empezó su fortuna. Le llaman Judas, y es de Kerioth.

Giovinezza, Giovinezza,
Primavera di bellezza
Nella vita dell'ebrezza
Il tuo canto squillera,
Per D'Annunzio, il coman-
dante,
Eia, eia alala!

Una visita a Gabriel D'Annunzio

Por Teresa Clemenceau

Tales fueron las primeras palabras con las que me vi acogida en el Lago de Garda. No comprendí su sentido; pero la música y la lengua me habían emocionado, y ya me sentía conmovida por la gracia de Italia.

Así comenzó la deliciosa temporada que pasé en Gardone, en la casa de mi bella amiga, madame d'E..., en esa villa dorada que parece flotar sobre el lago.

Desde hacía veinticuatro horas que no me cansaba de contemplar el monte Baldo, tan sombrío; de ver correr las grandes lagartijas sobre la ancha terraza; de seguir con mirada atenta y divertida a ese bello sol que juega al escondite tras de los picos de encaje que adornan el horizonte. Desde hacía veinticuatro horas que vivía esa existencia mezcla de beatitud y de contemplación; sólo un formidable trueno era capaz de hacerme volver en mí misma. A pesar de un cielo sin nubes, el trueno se produjo. Estábamos comiendo, en derredor de la mesa, ocho franceses y dos romanos. Vagamente escuché, a través de la sonoridad de la lengua italiana, el nombre dicho y repetido de "el Comandante" d'Annunzio. Mi curiosidad acabó por despertarse, y pregunté qué era lo que había ocurrido al poeta nacional. Alguien me respondió: "Viene aquí mañana". En lugar de dejar que se me escapara el tradicional grito de emoción que es de rigor, como bien lo sabemos todos en semejantes circunstancias, quedé muda, perpleja, petrificada en medio de mi asombro y, no temo decirlo, en medio de mi turbación. Y es que nada me había hecho prever semejante acontecimiento, a fin de prepararme para el cual sólo disponía de unos cuantos momentos.

Al día siguiente, confusión general. Desde las dos de la tarde todos y cada uno nos hallábamos inspeccionando la montaña sobre la cual estaba situada la Villa Cargnaco, refugio del poeta desde su partida de Fiume. Verdad es que no alcanzábamos a distinguir la morada, sino tan sólo los bosquecillos y los cipreses de que está sembrada la propiedad. A las tres vimos levantarse una nube de polvo, que iba lentamente avanzando desde la montaña hasta nosotros. En espiral va bajando cada vez más densa y cada vez más rápida. Una amable amiga me advirtió caritativamente que en medio de aquella nube de polvo se encontraban d'Annunzio y su automóvil. No bien había terminado su frase cuando me di cuenta de su veracidad. Un largo torpido se había detenido ante nosotros; como una pluma se elevó la figura de un hombre y ágilmente fué a caer a los pies de nuestra bella huésped. Dulcemente ésta le tomó de la mano y nos presentó a d'Annunzio; cuando me tocó mi turno, saludó profundamente, murmurando una frase llena de admiración para alguien que me es muy querido; después se vol-

vió para ayudar a bajar del coche a dos damas que le acompañaban; durante toda esta operación tuve ocasión de mirar muy bien al poeta. Aparecía vestido de color "beige" de los pies a la cabeza. Traje deportivo de gabardina (de calidad superior, como dirían los catálogos), camisa floja y corbata de "tussor", calcetines de seda, zapatos bajos de cintas, un gran sombrero de paja, y todo de color "beige". "Beige" también era el rostro, porque la piel aparecía sin color; los ojos, ligeramente dorados, tenían su expresión atenuada por una gloriosa herida en uno de ellos, mientras que su barbilla se me apareció dorada con mezcla de blanco; barbilla que no tenía otra razón de ser que la de alargar el mentón, un

contraba en una extremidad de la barca, mientras que la otra estaba ocupada por "el Comandante", que tenía el gobernalle. Dos damas que se hallaban a su lado, entablaron con él una conversación en italiano sobre una historia de amor y de celos que venía alimentando desde hacía una semana a los habitantes de Gardone.

Fué una controversia muy reñida y que apasionó a los que la escuchaban, a tal punto que muchas veces me pareció delinearse un nuevo drama en el horizonte. Uno más se estaba preparando en el cielo para de allí a pocos momentos. Una tempestad se elevaba terrible, y fué preciso desembarcar rápidamente, porque el viento estaba agitando el lago, cuyas aguas son las más traidoras que conce-

La Princesa y el Juez

Una Princesa rusa, de sangre, evidentemente, fué inculpada de numerosas estafas en perjuicio de joyeros parisienses, y el juez de Instrucción, compadecido de sus desgracias — se trataba de la esposa del prefecto de Policía de San Petersburgo, en tiempo de los zares, — la condenó a diez francos de multa.

Conmovida la pobre dama, que es también una mujer de mundo, quiso, en un gesto gracioso, agradecer al magistrado su benevolencia.

Fué a casa de un florista a la moda, y escogió un ramo de rosas rojas, que envió a la casa del juez, con una coqueta carta de agradecimiento. Este, extrañado, recibió el regalo, y se planteó un grave problema de conciencia: ¿Le estaba permitido aceptar dichas flores?

Cuando el defensor de la inculpada, uno de los más renombrados profesionales de París, supo por labios mismos de su bella cliente, que de una manera tan galante había incurrido en un nuevo delito (tentativa de corrupción), entró en violenta cólera. Ahora bien: ¿fué ésta dictada por el respeto debido a la ley, o simplemente por los celos?

Esto no lo aclararon los diarios al comentar festivamente el suceso; pero el hecho es que cuando el abogado supo que las rosas que esperaba para él habían ido al juez, abandonó a su cliente.

El magistrado, a su vez, se declaró incompetente para intervenir en una nueva acusación, que recayó contra la desgraciada Princesa.

Las rosas vivieron lo que viven las rosas, y la bella dama, con su gesto bien distinguido, pero bien impolítico, perdió juez y abogado.

Y luego los diarios socialistas censuraron acremente la actitud del benévolo e impresionable juez...

poco corto. De sus cabellos no hablaremos, si os parece... Todo aquello me causó una impresión bastante extraña, en medio de la cual se debatían sentimientos contradictorios, cuando le escuché hablar. La voz era maravillosa, y a tal extremo sonora, que parecía vibrar bajo una bóveda de piedras. Hablaba un francés puro, elegante, lleno de imágenes, tal como jamás me había sido dado escucharle. Sus ademanes eran raros, pero envolventes, y parecían atraernos hacia él; inmediatamente comprendí el ascendiente físico que posee ese hombre, aparte de su gloria literaria.

De la merienda, que estaba preparada, no tomé sino unos cuantos tragos de una limonada helada, y manifesté el deseo de dar un paseo por el lago. Ya os imaginaréis que no se le hizo esperar, nos embarcamos, y el motor rugió con tanta velocidad, que se produjo un ligero pánico a bordo. Yo me en-

birse puede. Como el huracán aparecía muy amenazador y como el rayo iba a precipitarse sobre el lago, d'Annunzio creyó más prudente volver sin demora a su montaña.

Sin embargo se tomó el tiempo necesario para invitarnos a todos a Cargnaco la semana siguiente.

Pasaron ocho días y llegó aquel en que debíamos subir a Cargnaco. Trepamos en un cochecillo muy tranquilo, y fuimos a detenernos a la puerta de una casa, que es ciertamente agradable, pero cuya principal belleza consiste en la posición que ocupa. Jardines colgantes, árboles con follajes multicolores y ligeros, pequeños bosquecillos y grandes cipreses; bellas pérgolas cubiertas de viñas, en una de las cuales encontramos justamente a d'Annunzio, que se ocupaba de preparar nuestra merienda.

Tomamos asiento, charlamos; él estaba alegre, muy sencillo y muy

simpático; recuerdo que a un lado de fresa, sucedió otro de café, el que a su vez precedía a un tercero de otra fruta.

"El Comandante" probaba todos aquellos refrescos con un placer tan distinguido, que nadie se hubiera atrevido a calificarle de goloso. Se hablaba de música, y d'Annunzio suplicó a uno de nuestros amigos, el maestro Marco Foa, que le cantara las viejas melodías populares de Italia, por las que siente especial predilección.

Cuando el canto cesó, tuvimos necesidad de un largo momento para recobrar el contacto que antes existía; después, nuestro anfitrión reclamó el baile, y nos suplicó a las parisienses que le indicáramos en qué consistía el tango, el fox-trot y el shimmy. Autoritariamente se decidió que debía de ser yo quien con una joven allí presente tendríamos que satisfacer la curiosidad del maestro. Nos dirigimos a la casa. En un gran salón, bastante oscuro, todos se instalaron a su capricho, y henos ahí bailando a los acordes de las enloquecedoras composiciones de Marco Foa. D'Annunzio se muestra encantado, deplorando no haber podido, a causa de lo largo de los vestidos, darse cuenta de los pasos complicados de nuestros pies. Fué así como una de las moradoras de Cargnaco tuvo la idea extraña de proponer a mi compañera que se vistiera con su propio piyama. Debo confesar que la pobre señora vaciló mucho; su amabilidad y el buen humor general que reinaba acabaron por triunfar de su timidez. Volvió a nosotras encantadora, vestida de crespón de China negro con grandes dibujos verdes. D'Annunzio, lleno de entusiasmo, fué a abrir las ventanas que daban al parque, y exclamó:

"¡Corred, diosas del Olimpo; corred, ninfas de los bosques, que vuestras hermanas van a bailar para vosotras!", y el baile se reanudó, mientras que el poeta, cada vez más feliz y más lleno de entusiasmo, y arrastrado por el movimiento de un "one step" que se había hecho general, declamaba una improvisación que muchas veces he deplorado no haber podido comprender.

Luego, abriendo sus cofres, sus armarios, sacó telas rarísimas, pieles de precio incalculable, que tendió sobre el suelo, dando así el testimonio de su homenaje y de su reconocimiento.

Los pies de los que bailaban no pudieron bien pronto ya moverse bajo el amontonamiento de aquellas extrañas telas, "y el combate terminó por falta de combatientes".

El día también había concluido; era preciso bajar a Gardone. A cada uno de nosotros d'Annunzio dijo, con ese encanto sorprendente que le es tan personal, cuán grande había sido el placer que le provocara nuestra visita.

Cuando el carruaje partió, todo el mundo gritaba: "¡Hasta la vista!" y también se gritaba: "¡Viva Italia!"; y a la vez se agitaban las manos y los pañuelos.

Una última vez me volví, pero ya Cargnaco había desaparecido. La montaña se había cerrado sobre d'Annunzio...

Giovinezza, giovinezza,
Primavera di bellezza...

EN EL TAMBO

Por Santiago Dallegri

—¡Despácheme pronto, tamboro!...

Era el grito habitual de Margarita, mucama de la vecindad, al traspasar el umbral del tambo. El de los largos bancos de madera el novio la esperaba siempre en uno que había a ambos costados del despacho, arrimados a la pared.

—Ocupar sitio no más — replicó desde adentro el vasco, también sin interrumpir su trabajo — que ya despachar a tiempo.

La indicación no hacía falta. Margarita, según costumbre, había acomodado ya junto a su galán en el rincón más resguardado de la luz, que como de mal humor mezquinaba una lámpara de kerosene pendiente del techo.

—¡Se ha demorao un poco esta noche, mi vida!

—Ya lo sé, unos quince minutos.

—Con caída a los veinte.

—Por lo visto ha estado usted con el reló en la mano.

—Y siguiendo la marcha de las agujas, que a pesar de su disimulo sobr'el horario no m'engañaban.

—También yo miraba el del comedor de casa, pero estaban todos muy cómodos en la mesa pa tener ganas de levantarse.

—¡Qué desconsideraos!

—Le garanto que, junto con los postres, les serví, en voz baja, como una fuente de maldiciones.

—No les costaría nada cenar un poco más temprano.

—Es lo que rezonga la cocinera, que tiene también su "por vos me muero", y a menudo se va sin lavar los platos.

—¡Caracho!, hasta pal amor es una disgracia ser pobre, porque uno necesite a chorros el remedio del carño, se lo sirven con cuentagotas.

—Y eso que ni siquiera quise levantar la mesa pa venir más pronto; si no, hasta las diez creo que no veo el tambo!

—¡Quiere decir que no ha cenao!

—¿Y quién v'á cenar cuando tien'el alma afligida?

—¿De veras mi vida, que por mí hace ust'ese sacrificio?

—Por los dos. ¿Recién lo sabe?

—Es la prima volta que me lo dice.

—Tiene razón.

—¡Si usted supiera, mi raina, cuánto me alegra!

—Mire que no soy tan robusta...

—No sea mala, que no lo digo por la debilidad del cuerco, sino por la fortaleza del cuore.

—Comprende usted mi alegría, ¿verdá?

—Tanto como los estrilos de la patrona.

—¿Conque...?

Como se lo digo. La vieja cada vez que toma la leche se le agria... el genio.

—¡Ojalá s'enfermara y solamente de la vaca negra, recién ordeñada y de apoyo se la recetara el médico! ¿Y la bronca es a menudo?

—Todos los días. Anoche mis-

mo, incomodada por la tardanza, me dijo como principió el reto, que si el tambo se había mudado le avisara, que me daría pal tranway.

—¡Me supongo que usted la convencerá con algún pretexto!

—Pa eso no tengo nada de lerdá. El tambo se yeva más culpas que un condenado al infierno.

—¡Está güeno!

—Es la única manera de sosegar a la vieja. Y a veces ni con eso.

—Entonces...?

—Me pongo yo de mal humor, y es eya la que sale perdiendo.

—¿Por...?

—Porque se vuelca la leche o se corta aunque haga fresco.

—¿Es por eso...?

—¡Claro!, qu'en ocasiones nos vemos dos veces una misma noche.

Hacia rato que la jarra servida estaba sobre la mesa.

—Dejar el afile, Margara, que espuma baja y patrona va rezongar porque la quiere ver cuatro dedos.

—¡Ojalá se la viera en la boca como los perros rabiosos!... ¿O es que usted está apurao por cerrar?

—No, no; por mí no incomodar, no; pero como siempre venir apurada...

—No se aflija; échele un poquito'e espumapor arriba y cargue no más en la cuenta, que a fin de mes pagan.

Reanudaron los amartelados amantes la conversación.

—¡Cómo vuela el tiempo!, ¿verdad?

—De verás. Me parece que re-

clén yego.

—¡Y pensar que hasta mañana no nos vemos! ¡Y siempre apuraos, a la disparada, lo mismo que los bomberos!...

—No hay más remedio. Ya son las diez menos cuarto.

—¿Y no se animaría...?

—¡Ya le gustó el juego!

—¡Es que tengo tantas cosas que decirle dispacito!

—Resulta medio difícil.

—Haga un esfuerzo.

—M'está tentando.

—Mire, que se lo ruego.

—¡Mum!...

—¿La espero?...

—Bueno, sí, ¡qué diablo!... aunque me cuest'el conchabo.

Se despidieron breves...

Cinco minutos después estaban de nuevo en el rincón más resguardado de la luz, que, como de mal humor, mezquinaba la lámpara de kerosene pendiente del techo. A Margarita, se le había volcado la leche antes de llegar a la cocina.



Para ella son todos los mimos. No sólo por ser «la menor», sino porque es tan dulce, tan suave y tan cariñosa. Además, siempre ha sido delicadita de salud y ello aumenta la ternura con que se la quiere. ¡Que dolores de oído, Madre Santa, y qué dolores de muela ha sufrido la pobre! Antes «mamá» y la «abuelita» la llenaban de unturas y menjurges caseros sin darle alivio. Ahora se acabó todo eso. Una dosis de

CAFIASPIRINA

y a los cinco minutos ya está completamente buena y tiene otra vez en los labios su alegre sonrisa angelical. Y como a ella, a todos los demás de la casa, Cafiaspirina proporciona bienestar y alivio.

NO AFECTA EL CORAZON NI LOS RIÑONES

Incomparable también para los dolores de cabeza; las neuralgias; el reumatismo; las consecuencias de los excesos alcohólicos y las trasnochadas, etc. Regulariza la circulación y levanta las fuerzas.

¡No reciba tabletas sueltas!
Pida el tubo de 20 tabletas,
o el SOBRE "CAFIASPIRINA"
de dos.





Yo era un rey — éste es mi sueño de anoche, — un rey... y había subido al trono, porque se cumplía en mí no sé que misterioso destino — las cosas de los sueños no se ven siempre con toda claridad. — El caso es que yo era el jefe de un estado muy grande y que me daban el título de rey.

Os confieso que, al principio, cuando me proclamaron ruidosamente y me llevaron a visitar mis grandes ejércitos, que presentaban armas a mi paso al son guerrero de marchas triunfales, experimenté un orgullo infinito, y — fuerza es confesarlo también — un poco impertinente.

—¿Quién como yo? — me decía reventando de vanidad.

Pero, amigos míos: por suerte, había escalado yo el poder, que tantos ambicionan febrilmente, a una edad en que, si bien puede sufrirse algún desvanecimiento peligroso, el vinillo mareante de la gloria no trastorna por completo la cabeza.

Así es que, pasada la emoción de los primeros instantes, pensé en que eso de ser rey podía ser beneficioso a mis amigos, a quienes llamaría a mi lado para que me iluminasen con sabios consejos y compartiesen conmigo los honores del reinar. Pero este deseo mío no pudo cumplirse: aquellos amigos, a quienes yo sabía generosos y buenos, no podían estar a millado, porque ¡no eran nobles!, y un rey sólo puede rodearse de individuos blasonados.

Careciendo de fuerzas para poder conseguir este mi primer deseo, vi entonces con meridiana claridad que me pasaba lo que a casi todos los jefes de estado: que no servía para jefe de estado. Conveniréis conmigo en que un rey que sabe que no sirve para rey, es el más desventurado de los hombres.

A más, la vida, con sus realidades dolorosas, me había hecho un poco duro y hosco, y me llevó a hacer no muy piadosos juicios sobre la gente noble. Yo sabía, por haber vivido en contacto directo con los desgraciados y por haber pasado con ellos hambre y sed de justicia... y de todo, que en mi reino no vestían mis súbditos con los áureos uniformes de mis generales ni con los bordados casacones de mi corte. Y no ignoraba que había muy pocos que pudieran sentarse a mesas engalanadas de bienolientes flores a comer opíparamente y a brindar por la salud de su rey con palabras elocuentes que no salen del corazón, bebiendo en finas copas de Bohemia, vinos que valen la fortuna de un pobre.

Me rodeaban siempre, impidiendo que me entregase a estudios sabrosos y a meditaciones fructíferas, hombres correctos y reverenciosos, que sonreían perpetuamente, con una sonrisa que no despertaba nunca ni la más remota idea de alegría ni de emoción; y besaban mi mano servilmente, pronunciando para saludarme, los adjetivos más sonoros. Si, acosado por aquel fastidio enervante, salía de mi boca una estúpida necedad, los que me rodeaban decían:

—¡Pero qué ingenio, que talento maravilloso el de vuestra majestad!

Y mi majestad sentía deseos en-

YO ERA UN REY

Por Rafael Ruiz López

tonces de empuñar un látigo y fustigar despiadadamente a aquellos miserables.

—¿Dónde estáis, amigos míos — me preguntaba, — vosotros los que si aplaudís sinceramente mis aciertos, sabéis reiros cara a cara de mis tonterías, lo que equivale a disculparlas generosamente?

Las altas damas me trataban con dulzura antipática, con esa dulzura semejante a la de los jarabes que emplean los farmacéuticos para disimular el mal sabor de una pócima repugnante; claro está que todos estos mimos iban encaminados a pedirme después prebendas y privilegios para algún caballero.

Todo era elogio e incienso a mi alrededor. Yo no podía hacer cosa, por ridícula que fuese, que no me valiese aplausos. Recuerdo que un día me caí del caballo de una manera estúpida, quedando como un risible santirulo de ba-

—Podrán comer hoy todos los súbditos de mi vasto reino?

Y en las noches tempestuosas del crudo invierno me decía:

—¿Tendrán todos los niños, todas las mujeres, todos los hombres casa donde guarecerse, lumbré donde calentarse y camas mu-
llidas en que reposar?

Y un día el presidente de mis ministros me dijo:

—Majestad, os atormentáis torpemente. Es imposible mejorar la condición de los miserables; hasta sería impolítico. En todos los reinos hubo, y habrá siempre, súbditos ricos y súbditos pobres; hombres con palacios confortables y hombres sin una mala choza en que guarecerse; familias que comen bien y otras que pasan hambre; niños que ostentan vestidos primorosos llenos de gracia y criaturas descalzas.

LA MELANCOLIA

Cada siglo ama otro dolor, porque cada siglo ve otro destino. Las tristezas de la humanidad siguen un camino que se asemeja al nuestro, pero que es más largo y más seguro.

De ese dolor universal, que hoy es ansiedad, mañana recelo y más tarde impotencia, surge la melancolía que se adueña de nuestro ser sin que podamos evitarlo.

Estamos hoy al borde de un pesimismo nuevo, que tal vez logre coartar con el misterio de las almas.

Los sabios pasaron sin explicar nuestra melancolía. Y sentimos que trataban de darnos muchas otras más profundas que no supieron descubrir.

La melancolía del hombre, que parece bella, puede todavía ennoblecarse infinitamente, basta que un ser de genio prefiera aún la última palabra del dolor que acaso nos purifique eternamente.

La melancolía es el guía más seguro del alma: el gozo la aturde, la precipita, la hace perder toda su pureza. En cambio, esa resignación tranquila dilata en el amor. Es cuando estamos melancólicos que sentimos honradamente esa misteriosa fuerza que obra en nosotros y nos dirige.

Amar en la alegría, cualquier espíritu vulgar puede hacerlo. Amar en la melancolía sólo puede hacerlo el alma que está completamente saturada de amor.

MAETERLINCK

rrero, y no faltaron quienes me demostrasen que había caído con un gesto gallardo de elegancia suma. Después, como saliera con un chichón amoratado y fenomenal sobre una ceja que me desfiguraba monstruosamente, damas y caballeros se esforzaron en convencerme de que el chichón me hacía gracia como si se tratase de un adorno de gusto exquisito y refinado.

Lo más lamentable de todo esto es que entre tanta gente como me rodeaba no había ni hombre ni mujer a quien poder brindar los brazos cuando venían a besar mi mano con fingida devoción. Todo era frío y calculado en mi corte.

Pasadas las primeras emiciones, empecé a manifestar una tristeza infinita. Cuando me sentaba a la mesa preguntaba:

—Pero la pobre gente se queja con razón.

—¡Bah, bah! ¿Quién hace caso majestad, de esas minucias? Mientras no se quejen demasiado ruidosamente, todo va bien. Cuando el lamento se convierte en protesta, entonces echaremos mano de nuestros invencibles ejércitos, para demostrarles de un modo contundente que no admita lugar a dudas, que no se puede atentar así, por un miserable pedazo de pan, contra la tranquilidad de un reino.

Mi ministro decía esas monstruosidades sonriendo, como si estuviera entreteniéndose con un cuento ingenioso y agradable.

Quise estudiar profundamente los asuntos de hacienda. Me pareció muy justo imponer a los ri-

cos fuertes contribuciones para poder remediar a los pobres. Y ocurrió una cosa extraña. Empezaron a murmurar que yo era un rey loco que me empeñaba en destruir la pobreza de mi reino; quería yo igualar a los miserables con los privilegiados, sin calcular que cuando todos pudieran comer desahogadamente, se acabaría la sumisión y el orden, se perdería el equilibrio. Los impuestos ideados por mí, si bien rendían mayores rentas al Estado, no alcanzaban a cubrir los gastos asustantes de una administración cada vez más complicada y ruinosa. A más, comerciantes y productores aumentaron el precio de las mercaderías y de tal manera dificultaron la vida para saciar su codicia, que las miserias de mi pobre pueblo aumentaron en forma tal, que la existencia se le hacía insupportable.

Las damas daban, en obsequio de los pobres, fiestas de beneficencia que a nadie beneficiaban, y que eran sólo un pretexto para lucir galas costosísimas y joyas esplendentes que eran como un insulto terrible a las pobres gentes que no comían y que parecían contentarse con ir a las puertas de los teatros a presenciar la entrada y salida de aquel lujo irritante que tan dolorosamente contrastaba con las miserias del pueblo.

Entre todos los que me rodeaban pude observar que no había un hombre bueno. En vano eché mano de lo que se llamaba patrimonio de la casa real para realizar obras piadosas, que aliviasen a mis súbditos. Mi desprendimiento no servía más que para arruinarme; mi dinero no llegaba nunca a su verdadero destino.

Una noche tuve la ocurrencia de burlar la vigilancia de los que me rodeaban, que no me consentían dar un paso sin que dejase de saberlo todo el mundo. Y vestido de hombre, quise recorrer la ciudad. Vi niños desaharrapados, durmiendo en los quicios de las puertas, mujeres que me tendían la mano suplicándome, con ojos, en los que se reflejaba la angustia, el bien de una limosna, y a más muchas miserias vergonzosas y horribles.

Al otro día reuní a mi cortesanos, les invité a que corriésemos al socorro de todos; a que no perdonásemos medio ni sacrificio; a que estudiásemos rápidamente el modo de evitar que en mi reino hubiese niños sin hogar, viudas desamparadas y hombres sin trabajo. Pero mis cortesanos me hablaron de la imposibilidad de lo que pedía, y acabaron, ante mi insistencia, asegurándome que, sin duda, dejándome llevar de una emoción impropia de un rey, había perdido el dominio de mis facultades.

Indignado, requerí mi espada con ánimo de acuchillarlos a todos y... desperté.

Mi ensueño me había quitado lo único que podía quedar en mi espíritu de deseo de grandezas y suspiré satisfecho:

—¡Qué bien se está sin ser rey, en medio de estas miserias de la vida en que puede uno dar su pan y su corazón sin que le tomen por loco! !

Había una vez en Cueros, villorrio del sur de la provincia, un niño muy bueno, tan bueno que no era posible exigir que se acumularan mejores cualidades en él, sus nítidas facciones, una graciosamente desgreñada cabellera, celosa de su tradición, puesto que resistía el influjo civilizador del peine progresista, y un cuerpo esbelto, con músculos desarrollados por saludable ejercicio, inspiraban simpatía, notablemente acrecentada al conocer sus prendas morales, que no describiremos con la necesaria minuciosidad, en atención a que se encuentran en cualquier libro de cuentos infantiles, aplicados a personitas modelos.

Compréndese fácilmente que en la escuela jamás se viera al maestro en la necesidad de reprenderle. Sus deberes escritos, las lecciones orales, no desmerecían en nada el altísimo concepto que de él tenían formado sus preceptores. Por lo demás, no se entregaba a inacabable charla con sus estultos compañeros, ni, como ellos, ofendía a las desamparadas moscas, adicionándole prolongaciones artificiales, ni dirigía, de cuando en cuando, bolitas de papel a algún vecino de sentidos turbios, ni se preocupaba de convertir el pupitre en manuscrito que relatara sus hazañas.

Pero, a pesar de las excelsas virtudes de Pachín — tal era el apodo con que se distinguía a nuestro hombrecito — pocos cuidaban de infundirle con reconfortantes elogios, mayores bríos en la denodada lucha por el Bien. El maestro olvidábase de hacer desfilar en su honor a los alumnos del establecimiento. Su austeridad espartana no era señalada por el cura párroco a la consideración de los feligreses. Tampoco se reunían en la plaza los niños alrededor del banco desde el cual haría oír sus sibilinas palabras, porque allí lo que recibía el nombre de plaza, estaba tan distante de serlo, como el que esto escribe, de empuñar el cetro de los monarcas de Moata Yambó. Y en cuanto a bancos, en esa solana, brillaban por su ausencia, y sólo en las proximidades existía el de la Nación Argentina.

Mas, tantos contrastes no eran parte a abatir las fuertes condiciones que habían convertido al sumamentado chico en pontífice supremo de la religión del Deber, ya que en la del pagar, apenas si era humilde clérigo. Siempre se conservaba respetuoso con sus padres, con sus maestros, con sus semejantes y sus desemejantes, hasta que acaeció el hecho que vamos anarrar.

Una tarde, el reducido personaje que nos ocupa, regresó bastante pensativo del colegio. El anciano director, procurando despertar en los confiados a su custodia las buenas disposiciones que desde luengo tiempo dormían placidamente, leyóles algo muy treante aparecido en no sé cual revista. Pero el snecto educador era un truculento

PAGINAS OLVIDADAS EL CAMINO DEL BIEN

Por Leónidas Anastasi

oveablófago; la lectura fué, pues, un africano festín, en el cual devoró sin piedad infelices palabras, y apenas si una parte de ellas lograron llegar sanas y enteras al oído de los discípulos. Valiéndose éstos de las que escaparon a la matanza, infirieron el argumento que más o menos es el que sigue:

Un extranjero paseaba con su hija por las calles de Buenos Aires. Deseando adquirir un ramillete de flores, acércanse los paseantes a una pálida y demacrada vendedora que en rústica canastilla las tenía, pero descoloridas y de

huelga de hadas, y las desventajas del sistema republicano que no tolera la existencia de reyes que feudos al que venza determinados sortilegios. Y pensando en esto recompensen con la mitad de sus y otras cosas del mismo tenor, pasó el resto de aquel día casi recostado en el umbral de la casa que le cobijaba, dejando a la imaginación, ese Faetante de los menesterosos, vagar locamente por los espacios. Aprestábase a descender al mundo de la realidad, cuando detúvose frente a él un currutaco de refinado porte y ele-

tras el prosaico conductor interrumpíales en sus meditaciones, sacudiéndoles ásperos latigazos, prodigados en todo sentido. Allí apareció el honrado caballero que atravesó el pantano y hubiese atravesado el mismísimo Aqueron-te, a tener la osadía de oponerse a sus designios. Metió un pie en el inseguro estribo del vehículo, y la cabeza dentro de él yendo a dar casi con la del lechugino. Abordó de lleno:

—Señor, ¿pertenece a usted esto?

—Sí, hijito, ¡como no! trae acá; ¡qué muchacho honrado! — Y después de una larga disertación sobre la necesidad de gratificarle, dió a Pachín, dió... veinte centavos. Las nubes descendieron sobre los ojos del tan cruelmente burlado en tus designios. Salíó anquilado, inconsciente, después de haber creído que las esferas indignadas alteraban su celeste armonía, y nuestro planeta se preparaba a engullir al desagradecido, a la humillante retribución, y

¡650.000!

CLIENTES DE NUESTRA SECCION

CREDITOS

ATESTIGUAN QUE OFRECEMOS LAS VENTAJAS MAS LIBERALES QUE JAMAS SE HAYAN CONCEDIDO.

TENEMOS EL MEJOR SURTIDO LAS MAS ALTAS CALIDADES Y LOS PRECIOS MAS VENTAJOSOS.

A.CABEZAS

SARMIENTO ESQ. SAN MARTIN (B. A.)

relativa longevidad. No hubo nada a satisfacción de los compradores, por lo que se alejaron. Pero antes, la joven, notando la tristeza que se dibujo instantáneamente en la que perdía ocasión de dar salida a sus insignificantes artículos, dejó caer, como inadvertidamente, cincuenta pesos. No dieron muchos pasos sin que la así favorecida les llamara, presentándoles no bien torharon, lo que supuso habían extraviado. Mutua mirada de inteligencia cambiósse entre ambos, y el caballero, sacando su cartera del bolsillo, apartó varios billetes que entregó a la atónita mujer, diciéndole: mi hija os dió cincuenta pesos por vuestra pobreza; yo os doy quinientos por vuestra honradez.

—¡Qué bueno sería que me sucediera algo parecido! — se dijo Pachín. Remedíaba esta maldita

gancia sin igual. Aguardó la llegada de una carrindanga, a cuyo auriga hizo las señales de práctica. En uno de sus movimientos, cayósele al suelo un pequeño envoltorio.

El coche — permítasenos la hipérbole — aproximóse, a fin de que penetrara en él nuestro atusado ciudadano, y partió luego con la velocidad consabida (un kilómetro por hora). Ver el chico el citado envoltorio, y precipitarse sobre él fué obra de diez centésimos de segundo; un vistazo al contenido una enormidad de billetes, quitóle el tiempo destinado a la reflexión. A todo correr siguió el trayecto del maltrecho carruaje. En una poética laguna, los caballos, poetas también, habíanse detenido, tal vez a pensar con Segismundo que no hay mayor delito que el de haber nacido, mien-

a qué sé yo cuantas cosas más.

Días más tarde, repuesto del terrible golpe que hizo montón informe de ruinas de los opulentos castillos que su mente edificó, dirigióse a lo de don Sulfuro el boticario — que por su irascibilidad habíase hecho acreedor a tal denominación — comprándole un paquete de pastillas. Entrególe la moneda que provenía del malhadado suceso. Observóla el farmacéutico... ¡falsa, falsísima! — exclamó — y sin más trámites, asien-dolo de un brazo, confiólo a un vigilante que por rara coincidencia pasaba.



Como dos hermanas

Por Eduardo Barrios

Eran las nueve de la noche.

Un húmedo olor de agua y vinagre aromático refrescaba la atmósfera tibia. El cuarto, a causa de los preparativos de Laura para el teatro, estaba más iluminado que de costumbre. La lámpara desprendía por sus cuatro bombillas un torrente de luz; sobre las paredes tapizadas en blanco, destacaban con firmeza los retorcidos contornos del amueblado Luis XV y los mil cuadritos y monerías que son frívolo y amable adorno en el dormitorio de una soltera.

Encima de la colcha rosa del lecho, un traje pintaba entre gasas un brochazo de azul pizarra; y al lado, Margarita, sentada en una butaca, esperaba que su amiga terminara su tocado. Entreteniase examinando un delicado abanico veneciano del siglo XVIII, con esa minuciosidad que exige el tiempo a quien ha de soportar una larga espera.

—¡Qué preciosidad! ¡Qué primor de abanico! — exclamó de repente, entusiasmada. — ¡Y qué perfección en las pinturas!

—Sí, es una obra de arte — repuso Laura sin volverse y mientras hundía, para esponjar el peinado, los dedos largos y pálidos en su grávida cabellera negra de criolla.

Luego añadió:

—No te lo ofrezco porque es de mamá, pero...

Margarita no la dejó concluir:

—¡Qué ocurrencia, niña! — dijo. — Aunque fuese tuyo...

Cambiaron dos o tres frases más, de pura cortesía, y el silencio sólo fué entonces interrumpido por el sonido seco de los utensilios que Laura manejaba sobre el mármol del tocador, a medida que daba realce a sus encantos. Con un poco de carmín reforzó el garabato de su boca, tornándolo ardiente y provocativo; luego limpió los polvos de las pestañas, y los ojos resurgieron en su fulgor sombrío, mareantes y profundos como dos simas cuya oscuridad exigía admirar la tez pálida, de esa blancura desfalleciente y mate que da la vida entre tapices y cortinas.

De pronto llamaron a la puerta. ¿Quién?

—Yo, señorita. Una carta para usted — respondió la criada desde afuera.

—Margarita, hazme el favor: recíbela tú, que yo no estoy visible.

La amiga se levantó entonces y fué a recibir la carta.

—Es de Valparaíso — dijo, volviendo con ella.

—A ver... La letra es de Constanza Cabero... Déjala sobre la cómoda, para saborearla con calma cuando esté vestida.

—Constanza Cabero... — repitió Margarita, como escudriñando en su memoria. — ¡Ah! ¿Es aquella amiga que tenías cuando te conocí? ¿Aquella que se paseaba contigo y ese joven alto en la Plaza.

—La misma. Una de las amigas que más quiero, una alhaja.

—Muy linda.

—Y de tanto corazón como hermosura.

—La verdad es que era preciosa — confirmó la otra con entusiasmo. — Y óyeme una cosa: cuando las veía yo a ustedes dos juntas con aquel joven, no acerté

a explicarme nunca de cual estaba él enamorado.

—Como que nosotras mismas no lo sabíamos. A las dos nos cortejaba. ¡Figúrate!... ¡Ay! No sé... Si no peleamos, fué por el cariño realmente grande, entrañable, que nos teníamos. Cuando me acuerdo...

—¿Cómo!... ¿De manera que a las dos?...

—A las dos.

—¿Qué divertido! Cuéntame, cuéntame eso...

Sin interrumpir el pulido de las uñas, cedió Laura a la curiosidad de Margarita, y empezó a hilvanar recuerdos y acoplar detalles.

Evocó en primer término a Carlos Romero, que así se llamaba el galán. No era posible hallar tipo más seductor: alto, esbelto, de facciones correctísimas, elegante y distinguido; tanto, que ambas sentíanse igualmente atraídas por sus ojazos castaños y dormidos, de largas pestañas que daban una expresión acariciadora, avasallante, al mirar. Fino y oportuno en sus atenciones, descubría al hombre avezado en las costumbres sociales. Como decía Laura, tenía un refinamiento natural de expresión, una confianza en sí mismo, un no sé qué de exquisito en sus galanteos, que les ocasionaba subidísimo, incomparable deleite y hacía titubear en ellas la educación, el recato y... casi el pudor. No ignoraban que era algo tunante, trasnochador y hasta que trataba ciertas amigas poco escrupulosas, y, no obstante, esto le rodeaba de un aura seductora que las envolvía y las fascinaba. Aquella vida adornada por aventuras, amores ilícitos y fiestas galantes producía en ellas como en la mayoría de las muchachas solteras del "gran mundo", un encanto misterioso a la vez que mortificante. Cuando, en las noches, separábanse de él y pensaban en los goces que otras más libres que ellas le proporcionarían, quedábanse largo rato tristes y aun pesarosas de no haberle permitido, siquiera tal cual vez, alguna pequeña libertad de esas que el estricto recato llega a vedar con exceso a las señoritas...

Tras de estos silencios meditabundos, solían buscarse, presas de invencible necesidad de expansión.

—A mí, — decía entonces Laura, en un arranque de intimidad — me entran unos deseos de ser libre, de acompañarlo a todas partes...

Constanza callaba unos momentos, y al fin añadía:

—Se me figura que esas mujeres deben ser muy interesantes, muy zalameras en su trato, en su... ¡quién sabe en qué!... para que trastornen de ese modo a los hombres. Créeme, a ratos, pensando en ellas, me siento muy insignificante, sin atractivos poderosos, demasiado severa, desabrida, fú-

nebre en mi conducta y... llego a renegar de... No, no ¡Por Dios! ¡Lo que iba a decir!...

—No, no lo digas. No hay necesidad de que me lo digas. Otro tanto me pasa a mí. Y son los celos, niña, los celos, que la hacen a una disparatar.

—En mí no son los celos; es rabia, mira, una rabia atroz. Yo, a esas mujeres las pulverizaría.

—¿Por qué existirán. ¿Debían prohibirse.

—Así es.

Siempre concluían de semejante manera estas confidencias pero se repetían casi a diario. Los corazones, de las dos muchachas se exaltaban, desfallecían, alternativamente sensatos y enloquecidos.

Cuando Laura, entre acomodos al corsé y retoques al peinado, hubo expuesto a Margarita, con cierto dejo nostálgico, aquellos amores, la curiosa amiga arguyó aún:

—Por lo visto, estaban ustedes muy enamoradas. Y, realmente, se me hace incomprensible que no hayan peleado nunca.

—¡Ah! — dijo Laura con vehemencia. — Eso hubiera sido imposible entre nosotras, que nos queríamos tanto, que nos queríamos ya como dos hermanas.

—Pero también las hermanas pelean en tales casos.

—Pues nosotras, no. Por el contrario, habíamos convenido que cada una, por su parte, hiciera cuanto estuviese a su alcance para decidir a Carlos Romero en su favor, naturalmente que siempre que para soliviantarlo en sus inclinaciones, no usara de medios indignos.

—¡Ah!

—Ya ves. Con este convenio no cabían disgustos. Además, te repito, nuestra amistad fué siempre demasiado firme para que un advenedizo la desbaratara.

Y Laura continuó así, recorriendo la gama de los elogios para ponderar aquella inquebrantable unión. ¿Iteñir ellas, pues? No, ni pensar se podía, en semejante absurdo.

—Aunque me lo hubiera ganado ella — concluyó — mi cariño habría sido el mismo, como es hoy.

Y al fin, ¿en qué pararon los amores? — preguntó intrigada Margarita, mientras pasaba a Laura el vestido, recogido como aro, por encima de la cabeza.

—¡Pse!... en que nadie triunfó. Carlos fué llamado a Valparaíso por su padre, para hacerse cargo de sus negocios, y tuvo que abandonar Santiago sin decidirse por ninguna de las dos.

—¿Qué tontas! Lo más discreto hubiera sido que una de las dos renunciase.

Una vez llegamos a sortearnos: pero en seguida anulamos el juego, alegando trampas y jugarretas; aunque me parece que la verdadera causa era que ninguna po-

día sufrir indiferente el sacrificio de la otra. Nos queríamos tanto...

Pronto Laura terminó de vestirse, y, cogiendo la carta, se acercó a la lámpara, a fin de leer mejor.

Su silueta robusta irradiaba en la luz, que se escurría por el descolte fresco, afelpado y con marfileños reflejos. El vestido insinuaba las caderas de morena fogosa y caía en levisimos pliegues.

Con la esquelita entre los dedos, leía Laura en silencio, descubriendo a ratos, con una sonrisa, la línea brillante de los dientes. A su lado, Margarita, con mirada interrogadora, esperaba impaciente alguna noticia; sus ojos seguían el zig-zag que describían los de Laura sobre el papel. Aquel semblante de rubia vivaracha era un espejo de los gestos de su amiga; en él se repetían, con el poder del contagio, las muecas y las sonrisas.

De pronto, la sonrisa de Laura dejó de ser la flama producida por el goce de las nuevas agradables; trocóse primero en indecisa, luego en amarga, después en irónica, indefinible, mientras las pupilas ávidas se dilataban para releer un trozo de la carta. Por último, los brazos se descolgaron a lo largo de los flancos. Laura quedó abismada. Su respiración se había hecho fatigosa, su pecho se agitaba en reprimidas ondulaciones, cual si en su interior una tempestad de ira despertase. La cólera llevó de repente una oleada oscura a los ojos, que chispearon. Los labios se entreabrieron como para decir algo... Pero la muchacha vaciló, cohibida, unos instantes.

Al fin, no pudo reprimirse. Su ira estalló, desbordante, incontinente ya.

—¡Falsa, infame, ruin! — dijo, mordiendo las palabras. — No merecía mi cariño. ¡Desleal, mezquina, miserable!

—¿Qué te pasa? ¿Qué hay — preguntó alarmada Margarita.

—¡Qué desengaños causan las amigas, hija! Imagínate que...

No prosiguió. La razón se sobreponía a la cólera. Limitóse a pronunciar, con tono desdenoso y lágrimas en los ojos, estas palabras:

Nada; falsas, que es mejor olvidar.

Estrujó la carta, la arrojó a un rincón y, sacudiendo altanera la cabeza para despejar de un rizo la frente, salió diciendo:

¡Voy a ver si mamá está lista!

Margarita, alelada, no podía explicarse tan repentino cambio. ¿Por qué Laura, después de ponderar tanto las buenas cualidades de su amiga, de su hermana, como la había llamado, la insultaba ahora?

La curiosidad invencible de las mujeres la indujo a faltar a la buena educación.

Temblorosa, mirando a todos lados, recogió la bolita de papel, la estiró y leyó en no de sus párrafos:

"Te llamará mucho la atención que nada te haya dicho hasta ahora de mis famosos flirts. Pues bien, Laura, se acabaron las tonterías. Estoy de novia. Y ¿a que no adivinas con quién?... Con Carlos Romero. Ya estoy pedida y el primero de septiembre es el día convenido para el matrimonio. Todo ha sido muy rápido..."

De codos sobre la mesa abotagada de la taberna de la tía Gila, Felipe dejaba caer el rugido de su dolor, que era un garfio para sus entrañas. Había bebido más de la cuenta con unos y con otros, huyendo del puñalón que llevaba dentro, que ahora precisamente se le excitaba con el vino y le hacía hervir la sangre en un fuego de rabia no sentida.

Se lo dijeron días atrás, camino del "Olivarillo", en el silencio de la mañana, blanca y asustada.

Fué Bastián, el de la Antonia.

—Mia Felipe, yo no quisiera que me tomaras encono; pero es la verdad que yo tengo que decirte, que tu compadre es un mal hombre.

Sintió con esto como si le hubieran dado un empujón. ¡Su compadre!

Pero Bastián, tardamente, envenenando las palabras con una intención de plomo, tanteándolo primero, le aclaró el por qué.

—Sí, un mal hombre. Toa la amistad que te brinda no es más que pa tapar la infamia que te jace. S'ha metio en tu casa pa jacer peazos tu honra. Lo sabe ya too er mundo menos tú.

Felipe no podía comprender, aun cuando se lo explicara la misma realidad, tamaña villanía. ¿Era posible aquello? Dudó en un principio, a pesar de la sentencia de Bastián y por delante de sus ojos pasaron las palabras "pa jacer pedazos tu honra" con un guiño de burla. Pero Bastián no era capaz de eso. Le había dicho sencillamente la verdad.

Llevaba en la taberna una, dos horas, despedazado por dentro, retorciéndose las manos chatas, hinchadas de sangre y de mala intención. Lo dejaron allí los amigos envuelto en palabras compasivas y en miradas piadosas, de una piedad cortante, que se le había metido en el pecho y le desgarraba silenciosa, segura y firme del destroz.

Por un momento su bondad de hombre simple se enturbiaba, se encenagaba en una ola espesa de cólera que se le licuaba en los ojos. Entonces se alzaba de lo más hondo de su pecho un rugido que lo estremecía y le extrañaba como si no fuera suyo y que le daba una fuerza imprevista y un coraje a borbotones, machacado a golpes de sangre.

—Lo mataré, lo mataré — gritó, golpeando la mesa.

La tía Gila, una vieja liada toda en la toca de sus arrugas, se le acercó entonces.

—Bueno va, Felipe. No ties tú la culpa. Toos sabemos que eres un hombre de bien. Siempre has sido bueno a carta cabal. ¿Vas ahora a perderte por ese mal nacio?

—¿Qué remedio tengo, tía Gila? No puedo vivir. De un lao, mi casa, que ya no me parece mía. Y de otro, la gente.

—Pero tú eres bueno, Felipe.

—Eso m'ha perdo, tía Gila.

—Naide está libre de una puñalá. Ea, no pienses más en eso y orvía, hombre...

Quedó otra vez solo ante la mesa oscura y el vaso de vino, anudado bajo el zumbido de su cabeza.

¡Su compadre!

Se revolvió dentro de él una ira ciega, que parecía estrellarse en la curva del costado. Dolor en oleadas de sangre, en chasquidos de

FELIPE, EL BUENO

Por Adolfo Carretero

venas enfurecidas y febriles, reducido al interior del cuerpo, igual que un condenado a vivir en la mazmorra. Se tambaleaba por dentro, con los ojos vacíos y las manos huérfanas, sin asidero y sin resolución.

—Lo mataré, lo mataré—repetía

mecánicamente, colgado de aquel hilo invisible de su voluntad, donde ya era un péndulo.

No le importaba nada su vida; los afanes del trabajo; el "Olivarillo", que sólo a su tenacidad de labriego silencioso se había ido convirtiendo en finca de seguros rendimientos. Ni su casa. ¡Ah, su casa! La María Josefa, su mujer, qué asco. Le daba asco de ella, de sus chambras rameadas, de sus faldas espesas y abultadas de labradora rica. De sus hijos. ¿Serían suyos? Todo le repelia, le empujaba hacia otros sitios, donde las cosas no le hicieran burla y donde su carne no se sintiese desgarrada por aquellos garfios tan sin conciencia.

Pero tenía que matar. Era forzoso para reparar el daño. Ya se lo indicó Esteban:

Ties que quear como un hombre, Felipe.

Quear como un hombre... ¿Qué era éso? Y ahondaba con los dedos de la incertidumbre en su cerebro remachado.

Salió de la taberna. Una terrible soledad, que partía de él, ponía a todo lo largo de la calle una desangradora de su alma, fibras y piltrafas de su carne y le parecía que a cada pisada vacilante se hería él mismo, con un bárbaro dolor de castigo supremo.

Su sombra bailaba delante de él. Las casas se achataban y se escondían a su paso. Tal vez la suya, en la que ya dormían los hijos inocentes y la madre mala, habría desaparecido por completo, hundida en la vergüenza de su deshonra.

Pero él se sentía bueno, infinitamente bueno y desahuciado. Una bondad que nadie comprendía en el pueblo, y que sólo él, a pesar de todo, veía bien clara, con un temblor de adolescencia y de agua virgen en el fondo de los ojos.

¿Cómo iba a matar? Quería desentrañar el misterio alucinante de su pregunta espoleándose la voluntad con el desamparo de sus pasos, que inadvertidamente estaban ya cerca del "Olivarillo", en la lina de muerte por la noche.

¿Cómo iba a matar? Y subía al cielo la mirada en súplica, mirada de penitencia y de agonías inexplicables. Y, no obstante, era preciso, fatalmente preciso, según el fallo de la gente y el de su conciencia propia. Y lo horrible, lo dramático, lo que le ponía en toda su carne espantos de muerte, estaba aquí, muy dentro de él, que le decía secamente: "Mata, mata."

¡Ay, Señor! ¿Cómo era posible un martirio tan grande? ¡Si él no podía matar! ¡Si sus brazos se desgajaban inútiles! ¡Si sus ojos se cegaban en una niebla de niño abandonado! ¡Si todo su cuerpo se abatía como un tronco herido!

Rugió con un zarpazo final, reacción que le llegó hasta las entrañas. Miró con odio, con asco de él mismo también, y, rápido, con agilidad de tigre, saltó el cercado de alambre de su finca, y de la casucha donde guardaba los aperos de labranza cogió una soga y con ella en alto, ondeándola como un triunfo, exclamó: "¡Ya estoy salvao".

Y al día siguiente, Felipe el bueno, como Jadas, el asidero, con un signo de felicidad eterna, amaneció colado de un olivo.

EL AGUA

Cristalina a simple vista y que usted cree pura, contiene en la mayoría de los casos

Gérmenes nocivos para la salud

PREVÉASE: Asegúrese que el AGUA que BEBE es pura y buena

El Botellón Esterilizador del Profesor Dr. HOTTINGER

en su misma casa, sin ningún trabajo ni gasto, esteriliza el AGUA más contaminada, al mismo tiempo que la refresca

Hoy mismo lleve un botellón a su casa, pues con él entra la HIGIENE DEL AGUA

EN LA CAPITAL, DE VENTA EN LAS SIGUIENTES CASAS:

Farmacia Franco Inglesa, Sarmiento y Florida. — Farmacia Belgrano, Cabildo 1901. — Droguería del Indio, Rivadavia 1501. — Beretovide & Leonardini, Piedras, 170. — Farmacia J. T. Raffo, Esmeralda, 301. — Heinlein & Cia., Av. de Mayo, 1402. — R. Martínez & Cia., Rivadavia, 1001. — Bazar Solanas, Santa Fe, 2138. — Guanzaroli & Cia., Sarmiento, 1431. — Angelieri, Jacuzzi & Cia., Callao, 98. — Cerini Hnos., Sarmiento, 1202. — Juan Fasopare, Bartolomé Mitre, 2599. — Medina & Cia., Rivadavia, 865. — Schmitz Hnos., Alsina 2639. — Alejandro Oolven, Viamonte, 933. — Spinedi & Grunwald, Callao, 666. — Rafals & Cia., Moreno, 862. — Casa Uhalde, Maipú, 327. — Pablo Kolbe & Cia., Moreno, 1202. — B. Greshake, Esmeralda, 146. — Federico Clarfeld y Cia., Paseo Colón, 746. — A. Pfeiffer & Cia., Perú, 425. — Portes Hnos., Rivadavia, 1982. — Vicente Scannapieco, Tucumán, 800. — Farmacia del Norte, Carlos Pellegrini y Santa Fe. — Francisco Wackerhauser, Santa Fe, 4512. — Farmacia Chialvo, Sarmiento, 1302. — Farmacia Mugica, Chile esq. Entre Ríos. — Carlos Dietsch, Las Heras, 3501. — Souto & Cia., Rivadavia, 3000. — Dr. Carlos A. Peiti, Carlos Pellegrini, 163. — Silveira Rosa Hnos., 25 de Mayo, 11. — Farmacia Nelson, Suipacha, 477. — Farmacia Vázquez & Cia., Florida y Lavalle.

A quienes se pueden solicitar precios y detalles.



El testamento perdido..... y hallado en el difunto

Un viejo australiano muy rico y muy original falleció últimamente rodeado por el pesar de toda su familia. Calmada esa legítima expansión de los sentimientos de cariño familiar, los herederos se pusieron en busca del testamento del causante, pues se sabía que lo tenía redactado con anticipación; pero todas las búsquedas fueron inútiles y el documento seguía perfectamente incógnito. Todo se sabía: el monto de la fortuna, el número de herederos y legatarios, la distribución de la fortuna, las condiciones que exigía; pero, en cambio, el testamento auténtico no se sabía dónde hallábase depositado.

Después de consultar en todas las oficinas pertinentes y registros notariales, como así hasta el más escondido rincón del "home" y aun los de las demás propiedades del causante, solamente quedó por ver un lugar: el propio féretro del difunto.

Una vez obtenida la indispensable autorización de exhumación, los herederos, en presencia de un escribano y de otros oficiales públicos, procedieron al examen de la última morada del excéntrico, hallando, con la consiguiente sorpresa y satisfacción, que el testamento, juntamente con unos anteojos y una cartera llena de billetes, hallábase en el fondo de uno de los bolsillos del traje con que se enterró al difunto.

CURIOSIDADES

Se cree fundadamente que Egipto fué el país en que antiguamente se tenía más predilección por los perfumes. Entre los objetos hallados en las tumbas se encuentran frascos de perfumes, aceites, substancias colorantes y unas cucharas de madera, talladas cuidadosamente, que seguramente sirvieron para contener pastas y pomadas. Tenían las egipcias, la singular costumbre de pintar sus párpados de negro, con polvo de antimonio, y se trazaban una raya horizontal desde el borde exterior de la órbita, dando así a sus ojos una expresión marcada de languidez.

Pero no son sólo las egipcias, sino todas las mujeres antiguas y también muchos hombres de aquella época, quienes consumían a discreción estas especies de tocador. El centro principal de fabricación estaba en Arabia, y sus importadores eran los traficantes fenicios. Eran estas esencias extraídas de vegetales y minerales, y se usaban en pasta, secas y líquidas.

Ya en aquellos tiempos se apreciaba mucho el perfume de Chipre, el de nardo, de rosa y de jazmín; a menudo se fabricaban nuevos perfumes, que se vendían en bonitos frascos de marfil, de vidrio, de arcilla o de alabastro, de cuyos envases conservan variadas y grandes colecciones los museos. Esos recipientes, tan prolijamente terminados, demuestran la afición que tuvieron nuestros antepasados por los perfumes.

En Francia, en el año 1856, uno de los miembros de la Sociedad de Literatos, llamado Pablo Auguez — agreguemos que no se conserva de él más recuerdo que este cómico proyecto —, sometió a Napoleón III, por intermedio de la Prensa, la proposición de formar un Cuerpo de literatos, voluntario y regular, compuesto de escritores y hombres dedicados a las letras, de todas clases, que hubieran prestado servicios a la patria con las obras, escritos y las publicaciones hechas por ellos. Este Cuerpo se llamaría de la manera siguiente: Cuerpo imperial de la literatura francesa.

Una ley debía fijar los títulos y dignidades jerárquicas, que serían acordadas por el Emperador, al Cuerpo literario, lo mismo que el uniforme a vestir y las insignias que en ciertas circunstancias deberían lucir los miembros de dicho Cuerpo. Se rió mucho del famoso proyecto en los medios literarios, y el autor, no sabemos si por los resultados obtenidos o porque realmente era así, afirmó luego que su propósito había sido, divertir por algunos días a sus camaradas con la idea del famoso Cuerpo.

Se sabe que el cometa Halle, descubierto en 1843, había desaparecido sin dejar rastro, como un malhechor cualquiera. Pero acaba de ser sorprendido por los ojos avizores del doctor Baade, de Bergedvig, después de cuatro meses de incesantes pesquisas.

La Buttgenbachite es el nombre de un nuevo mineral cristalizado que se encuentra en forma de agujas entrelazadas y recubre algunos terrenos del Likasi (Congo belga). Este nuevo mineral, debe su nombre a M. Buttgenbach, profesor de la Universidad de Lieja, a cuyo descubrimiento se ha dedicado mucho tiempo.

Un árbol recto y uniforme, es, por ahora, una excepción; pero en el porvenir, podremos tener árboles completamente con arreglo a nuestro capricho.

La Escuela Forestal de Cambridge, afirma haber descubierto el modo de obligar a los árboles a crecer con arreglo a un patrón determinado. Dicha escuela posee un maravilloso ejemplar de un árbol oblongo de medio metro de grueso por diez de alto.

La causa de este fenómeno, fué una o dos pequeñas contusiones que lo obligaron a crecer más rápidamente en una dirección que en otra. Los experimentos han probado que una ligera magulladura producida por la simple presión de las puntas de los dedos puede obligar a un árbol a desarrollarse en la deseada dirección.

Con este procedimiento, la Escuela ha conseguido criar un árbol con una especie de mesa en lo alto.

No hay, pues, razón para dudar de que cuando se haya desarrollado suficientemente este arte, no podamos criar árboles cuadrados, redondos exagonales o de cualquier otra forma.

Según la Real Sociedad Geográfica de Bélgica, los diamantes existentes en el mundo pesan 38.000 kilogramos.

La India, la sola productora, hasta mediados del siglo XVIII, ha contribuido a esa suma en la cantidad de 2.000 kilos; el Brasil, durante los siglos XVIII y XIX, en igual cantidad de 2.000 kilogramos; el África Austral, desde hace cuarenta años, en una suma de unos 34.000 kilos.

En los últimos treinta años, el precio medio de venta de la tonelada, alcanzó la "interesante" suma de un billón de francos.

En su consecuencia, ateniéndose a este cálculo aproximativo, nuestro globo posee actualmente 38 billones en diamantes.

Las mujeres de Gencia, consideraban un adorno, pintarse en la cara figuras de insectos y animales.



En el Período de los Estudios

Empezaron las clases y todos, profesores y alumnos, después de haber descansado bien durante las vacaciones, van a trabajar con bríos y con la mente despejada.

Pero... dentro de un tiempo más corto para los unos que para los otros, las cabezas van a empezar a cansarse; las ideas no serán tan claras; las explicaciones del profesor no serán comprendidas con tanta facilidad como al principio; las lecciones no serán bien sabidas; los alumnos estarán más distraídos... ¿Qué quedará decir esto? Simplemente que empiezan a cansarse y será entonces el caso de acordarse de la bienhechora

NUCLEODYNE

el tónico que da fuerza y que a dosis de dos copitas por día, tonificará esos organismos que empiezan a debilitarse y les permitirá llegar frescos y brillantes a los próximos exámenes.

Es que la NUCLEODYNE, creada en nuestros laboratorios, es realmente un tónico asombroso. Su fórmula misma lo indica: Fósforo fisiológico, regenera las células; estricnina, tónico por excelencia de los nervios, y zumo testicular de toro, que favorece las secreciones de todas las glándulas del cuerpo.

FARMACIA FRANCO-INGLESA

LA MAYOR DEL MUNDO

SARMIENTO y FLORIDA

BUENOS AIRES



Celebración del aniversario patrio del 25 de Mayo



El presidente de la República, doctor Marcelo T. de Alvear, acompañado de los ministros del Poder Ejecutivo y demás comitiva oficial dirigiéndose al Tedeum oficiado en la Catedral, en conmemoración de nuestra gloriosa efemérides.



El coronel Luis J. García a cuyo mando estuvieron las tropas que formaron en los actos oficiales con que se celebró el 25 de mayo.



El abanderado del Colegio Militar.



Abanderado y alumnos de la Escuela Naval, cuyo correcto desfile llamó la atención del público.



Los cadetes del Colegio Militar que, como siempre, se distinguieron por su presentación y marcialidad.



Inauguración de la Exposición de Vialidad, Transporte y Turismo



Con la asistencia del presidente de la República, doctor Marcelo T. de Alvear, llevóse a efecto el acto inaugural de la Exposición de Vialidad, Transporte y Turismo organizada por el Touring Club Argentino, e instalada en el local de la Sociedad Rural, de Palermo. — El primer mandatario y los ministros de Obras Públicas, Relaciones Exteriores y Guerra, en el palco oficial, escuchando el discurso del presidente de la Sociedad Rural, ingeniero Pedro T. Pagés.



El ministro de Obras Públicas, doctor Ortiz, haciendo uso de la palabra



El doctor Alvear, acompañado de la comitiva oficial visitando el pabellón donde se exhiben dos aviones Bréguet, pertenecientes al servicio aeronáutico del ejército, originalmente suspendidos, como en acción de vuelo.



El célebre "Plus Ultra", que piloteara el comandante Franco, y que el presidente contemplara con detenimiento, emplazado en una de las pistas de la Sociedad Rural



Pabellón del Ministerio de Guerra. — Uno de los aviones Bréguet expuestos por dicha repartición nacional. Similares a este aparato, son los usados por los aviadores españoles en el raid Madrid-Manila.



El presidente Alvear, el ministro de Obras Públicas, doctor Ortiz, el intendente municipal interino, doctor Casco y el presidente de la Sociedad Rural, ingeniero Pagés, recorriendo las instalaciones



Entre los elementos que exhibe el Ministerio de Marina, pueden verse cañones, torpedos, ametralladoras, bombas y otras máquinas infernales, que forman el más risueño comentario contra la conferencia del desarme.



Un detalle del salón destinado a la exposición de las diferentes marcas y tipos de automóviles



Conjunto de artistas de la Compañía Argentina 'Arte de América', que acaba de debutar con éxito en el teatro instalado en la Sociedad Rural y que seguirá actuando mientras dure el plazo de la Exposición.

Adhesión de la Liga Patriótica Argentina a la celebración del 25 de Mayo



Como un homenaje a la efemérides patria del 25 de Mayo, la Junta Central de Gobierno de la Liga Patriótica Argentina organizó el VII. Congreso de sus afiliados. Vista parcial de la concurrencia que asistió a la sesión inicial de dicho Congreso



Baile de gala en el Club de Flores



Festejando el aniversario patrio del 25 de Mayo, la Comisión Directiva del Club de Flores organizó un gran baile de gala que se llevó a cabo con todo lucimiento. — Reproducimos varias vistas de la selecta concurrencia de familias que asistió a la interesante fiesta, realizando el brillo de la misma.

Trigésimo aniversario de la campaña de Curá-Malal



Uno de los actos con que la comisión organizadora conmemoró el trigésimo aniversario de la campaña de Curá-Malal, consistió en la visita efectuada a los generales Victoriano Rodríguez y Carlos E. O'Donnell, que participaron en aquellas operaciones. — A la izquierda: la comisión en el domicilio del general Rodríguez. — A la derecha: los visitantes rodeando al general O'Donnell en su residencia particular.



Football - Sportivo Almagro v. Quilmes - Demostración



Team de Sportivo Almagro que tras una accidentada lucha, logró imponerse a Quilmes por un "score" de 1 a 0 goals



La oportuna intervención de Micelli, aleja el peligro.



Una vista parcial de la tribuna popular del field de San Lorenzo de Almagro, mientras se realizaba el partido.



Cuadro de Quilmes, vencido en su encuentro con Sportivo Almagro

(Fot. Giraz)



Durante el lunch servido con motivo de la entrega de un reloj y una medalla de oro, a los jugadores Croti y Morganti, con que el Club A. "La Paternal" les obsequió por su brillante actuación deportiva.

TEATROS



Elena Sánchez del elenco de revistas que actúa en el teatro San Martín



Aurora Buades, mezzo-soprano de la compañía del teatro Colón, que acaba de hacer su presentación con halagüeño éxito.



Enriqueta Mesa, dama joven del elenco del teatro Smart

Banquete al señor Eduardo García Uriburu



Grupo de comensales que asistieron al banquete organizado en honor del doctor Eduardo García Uriburu, por un núcleo de compañeros y amigos, con motivo de su reciente graduación de abogado.

ACTUALIDADES CINEMATOGRAFICAS



Hoot Gibson y Anne Cornwall, que, con Dustin Farnum son protagonistas de "El grito de batalla" película Non Plus Ultra, que la Universal estrenará en estos días.



Viola Dana y Ben Lyon en una escena de "El mal necesario", film que interpretan con Franck Mayo y Gladys Brockwell, y que Max Glücksmann exhibe desde el viernes pasado.



Escena de "La puerta 42" cine drama interpretado por Allene Ray, Bruce Gordon, Anna May Wong y David Dumbar, que la Corporación distribuye desde la semana anterior.



Escena de "Sangre pura de carrera", cine drama que interpretan J. Farrell, Mac Donald, Gertrude Astor y Henry B. Walthall, y que la Fox distribuye desde el jueves anterior.



Escena de "Ojos de acero", cine drama interpretado por Lionel Barrymore, Ruth Clifford, Robert Ellis, Montague Love, etc. y que la General estrenará el sábado próximo.



Escena de "Compradores del placer", cinta que interpretan Irene Rich, Olive Brook, June Marlowe, Frank Campeau y Winter Hall, y que la New York Film exhibe desde el domingo último.



Escena de "La Venus americana", cinecomedia que la Paramount estrenará en la primera quincena del corriente. A la izquierda de la silla libre, se vé a Miss Fay Lamphier, ganadora del concurso de belleza de Atlantic City.



Laboratorio de psicología y psicopedagogía, dirigido por el doctor Alfredo D. Calcagno

La Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación es uno de los institutos universitarios más progresistas de nuestro país, gracias a la labor de conjunto del decano doctor Enrique Mouchet y del presidente de la Universidad, doctor Benito A. Nazar Anchorena. Su acción no sólo beneficia a sus alumnos, pues viene practicando con toda intensidad la extensión universitaria, la cual

se lleva a cabo mediante conferencias dadas por sus profesores en la misma Facultad, y cursos y conferencias que organiza en los centros culturales de La Plata y de los principales pueblos de la Provincia. El lunes 3 de mayo, el decano doctor Mouchet inauguró, ante una gran cantidad de alumnos, los cursos nocturnos para adultos, dedicados a los obreros, y el curso para analfabetos,

atendidos y dirigidos por estudiantes de la facultad. Hablándonos de esta actividad, el doctor Mouchet nos decía: "con estos cursos la Universidad de La Plata se relaciona hasta con los analfabetos, y esto es su mayor timbre de gloria." El doctor Mouchet ha transformado totalmente los métodos pedagógicos y la organización de la Escuela graduada

La Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación de La Plata.-Una institución progresista



Doctor Benito A. Nazar Anchorena, presidente de la Universidad de La Plata



Doctor Enrique Mouchet, decano de la Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación



Una clase de trabajo manual, en el taller de carpintería



Durante una clase de ejercicios físicos



Laboratorio de biología y sistema nervioso, a cargo del doctor Chr. Jakob

anexa a la Facultad, que cuenta con 500 alumnos. Primeramente, la trasladó al bosque para que los niños vivieran entre los árboles y en contacto con la naturaleza, y después creó en ella el hermoso taller de manualidades, el taller de modelado, la copa de leche, la plaza de ejercicios físicos, la enseñanza de la horticultura y jardinería, las clases de declamación, a fin de edu-

car mediante la actividad. Además, las clases se dan al aire libre, debajo de los árboles. El doctor Mouchet nos decía al respecto: "en un edificio humilde he organizado una escuela del porvenir, una escuela del trabajo y de la virtud, y eso es mi gloria!" En ella funcionan una cooperativa infantil para la adquisición de los útiles y libros, una biblioteca infantil y un Instituto de hi-

giene escolar, de reciente creación, y que dirige el profesor Restagnio. Es, pues, una escuela modernísima y un laboratorio pedagógico. La Facultad de Humanidades edita la Biblioteca Humanidades, que cuenta ya cuatro volúmenes publicados y uno en prensa, y la gran revista "Humanidades", en dos gruesos volúmenes anuales, llevando ya publicados once volúmenes.



La Copa de Leche — Los pequeños beneficiados con esta simpática institución, saboreando el agradable líquido.



Alumnos de cuarto grado, en clase de horticultura



De Cacheuta



Señora María C. de Spinetto y señoritas Beneda Spinetto y Anita Mordasini



Un nuevo juego que se practica en las termas



Señora Micaela Avalos y su sobrino Sergio Arveleche



Señorita de Girando



Matando el tiempo con el sapo



Señora de Reynoso



La murga que ameniza las fiestas



Señoritas Alicia Durando Girando, Telma Buzzi y Alma Fernández Goltia



Señora de Cambusio y su hermana



Señor Pedro López y Señora (Pots. Bejarano).



SOCIALES



La señorita Marjorie D. Ray y el señor J. T. O'Ryan, después de su enlace



Enlace de la señorita Amanda N. Serrano con el señor Domingo Brescia. — Los contrayentes y los padrinos



Enlace Rodríguez-Montes. — Los novios después de la ceremonia nupcial.



La señorita Beatriz Puchuré y el señor Gabriel Elicabe Urriol, recientemente desposados.



La señorita María Elena Peña y el señor Manuel Maño, cuyo matrimonio se efectuó últimamente



Enlace de la señorita María Lo Mónica con el señor Cayetano Lo Mónica. — Los novios e invitados al acto.



Los esposos Eduardo Taboada y Severina Freijedo, rodeados de su familia, en ocasión de cumplir sus bodas de oro matrimoniales



La señorita Rita Los Arcos y el señor Ricardo Álvarez que recientemente contrajeron enlace.



Desde las ruinas del fuerte de San Pedro en la Colonia (R.O.)

(Especial para FRAY MOCHO)



Convento de San Francisco

En un plácido atardecer de otoño, vagando tranquilamente, invadido de nostalgias por las cosas lejanas, en las risueñas playas blancas salpicadas de rocas, donde llegan las olas y se deshacen, coronándolas de espuma, llego a las sólidas murallas que restan en pie del fuerte de San Pedro. Desde ese punto dominante donde está el emplazamiento de un cañón, recorro con la vista las inmensidades de las aguas, y contemplo a gran distancia, una barca que se aleja, ampollada su vela latina que recorta en el horizonte como un triángulo de brumida plata, a un extenso brochazo bermellón del día que agoniza. Los postrimeros reflejos escarlatas vienen a dejar un suave toque de luz en las piedras de las ruinas, que durante varios sitios se tifieron de rojo en los tiempos pasados.

Lugar y momento propicios para las profundas meditaciones, desde donde va el pensamiento donde no alcanza la vista.

Apartando recuerdos presentes de cosas lejanas, observo la muralla consagrada sobre una inmensa roca que se interna en el río, y admiro la solidez de la obra, hecha en esos tiempos heroicos de las homéricas jornadas, que



Ruinas de la casa del virrey

la acción de las aguas y el transcurso de los años han agrietado, primeramente con titánicos hachazos, para derrumbar luego grandes trozos de fortaleza en block sin que se resienta la mezcla que liga las rocas. Ha realizado el tiempo, lo que no han podido en las encarnizadas luchas, las bocas de fuego con sus formidables tempestades de hierro.

Hoy, el silencio predomina en esos lugares, donde tronó el cañón de dos poderosas naciones, y la naturaleza adorna con notas alegres de esmeralda, las grisáceas piedras históricas que han contemplado el desfile de varias generaciones. Primeras construcciones de esta ciudad, que ya han entrado en período agónico, siendo una ingratitud que se las deje morir en un radical abandono, pudiendo salvarlas con ciertas reparaciones si se aprobaran algunos proyectos que hace tiempo están en carpeta.

Desde este punto se observan pintorescos ranchitos de teja colonial cubiertas sus paredes con tupidas cortinas de enredaderas, salpicadas con flores azules y violetas. Asoman por detrás, algunos edificios algo modernos que vienen a la vanguardia de las grandes obras arquitectónicas, que no tardarán en levantarse en estos lugares. Dirigiendo la vista hacia donde llegan los vapores que vienen de la gran capital por

teña, a poca distancia, tropieza la mirada con la fortaleza no menos importante de Santa Rita, también en lamentable estado de ruina y la vegetación ha dado una carga decisiva cooperando con el agua que azota consecutivamente y al final esa perseverancia, terminará con todas estas reliquias, que al observarlas, se siente esa tristeza que despiertan las cosas que se van.

II

Regresando de la fortaleza de San Pedro, por la ciudad vieja, de callejuelas inclinadas y casitas bajas con sus techos de tejas de canaletas rojizas, oscurecidas por el tiempo, llego a la casa del virrey Ceballos, observando detenidamente el muro de piedra y el interior del edificio bastante deteriorado; la escalera de roca con peldaños de una sola pieza, se encuentra en buen estado; por ella subía meditando aquel valiente guerrero español, que en 1777 dió al gobernador portugués don Francisco José da Rocha, 48 horas de plazo para que entregase la isla San Gabriel y la Plaza, penetrando con dos banderas y ciento treinta y siete cañones del enemigo, mandando al Gobernador da Rocha, a Buenos Aires con parte de su gente a pedido suyo. A poca distancia, en una estrecha calle que mira hacia las



El fuerte de San Pedro

azuladas superficies del Plata, se eleva la torre blanca del faro, que por la noche esparce su luz roja; parte de un costado de la torre, el muro del viejo convento de San Francisco, decorando los largos agujeros donde estuvieron sus ventanas, la hierba salvaje y algunas aves de paso van a turbar el silencio de esos lugares con alegres gorjeos, como queriendo mitigar un instante la tristeza de las ruinas. Al mirar las rejas de las casas de la ciudad secular, pienso que en las lejanas épocas habrán sido muchas de ellas, teatro de románticos idilios en las noches serenas, al rielar la luna en las aguas del caudaloso río, y más de una vez, saldrían por entre esas rejas, a deleitar oídos sedientos de armonía, tiernas canciones impregnadas de nostalgias. Pensando todas estas cosas que sugiere el ambiente colonial, caminaba distraído internándome en la ciudad nueva y al escuchar la banda militar del 7º que ejecuta en la plaza; prosigo hasta tomar asiento en un banco, y contemplo el desfile de chicas hermosas, que son las mejores flores de este suelo.

Luis A. de León.

Colonia, mayo de 1926.

GENTE MENUDA



María Raquel Gimeno



Ismael Félix, Miguel Angel y María Hilda Centeno



José Raúl Bueno



Luis Juan Castagnasso



José A. Aurtenechea



Por las calles del Municipio



Aunque hace varios meses que esta enorme reja se recuesta contra la pared, en la calle Carlos Calvo, entre las de Bolívar y Defensa, la gente del barrio no ha podido averiguar qué hace o qué espera. Hay quienes creen que está allí para ofrecer generosamente la virtud de su férreo contacto, al transeúnte que padezca "jetta" crónica; pero nosotros sospechamos que aguarda solapadamente el paso del cristiano elegido para aplastarle sin mayor escrúpulo.



Como los carros recolectores de la administración de limpieza tienen la poca atención de visitar nada más que una o dos veces, por semana, esta zona municipal, los vecinos de la misma han elegido la esquina de las calles Seguí y Pasaje Sin Nombre para depositar las basuras, con gran satisfacción de las innumerables colonias de microbios conocidos y por conocer, que se multiplican al infinito, con deliciosa fecundidad.



Venecia no es la única ciudad que puede ostentar sus maravillosos canales edilicios. He aquí la esquina de las calles Camarones y Trelles recientemente adoquinadas, que gracias a los malos niveles y a la falta de desagües, presenta un acabado aspecto lacustre, de aguas servidas, ferozmente agresivas al sentido del olfato.



Este vehículo recolector de basuras, que de tarde en tarde recorre la avenida San Martín, fué fotografiado a las 16 horas y a la altura del 1.500 de dicha arteria, cuando todavía le faltaba recoger los residuos domiciliarios de más de treinta cuadras. ¡Arduo problema de continente y contenido!



No sólo en los pic-nics de las asociaciones recreativas y en las farras de los comités políticos, ha de disfrutarse el placer de saborear un asado con cuero. El grabado representa una respetable familia canina, de festín corrido, engulléndose una vaquillona al natural, en un lugar no lejos de la quema de basuras.

FRAY MOCHO EN ROSARIO DE SANTA FE



Escuela Gratuita "Isaac Newell's" — Esta altruista institución que fomenta la enseñanza primaria, realizó una fiesta como homenaje al aniversario patrio. — La directora con un grupo de alumnos del establecimiento



Alumnas de la academia gratuita para hijas de obreros que sostiene la Sociedad Protectora de la Infancia Desvalida, en una clase de costura. Auspician dicha academia las señoras de Semino, Durando, Brebbia, Monserrati y Ortiz.



Concurrentes al banquete con que fué obsequiado en el Hotel Colón el footballer Francisco Jové, por la comisión y jugadores de Newell's Old Boys, al ausentarse para Mendoza.



General Francisco Medina, recientemente nombrado comandante de la 4a. región militar.



Aspecto del salón a la sociedad "Giuseppe Garibaldi", durante la fiesta con que se celebró el 24° aniversario de su fundación. — En dicho acto se hizo entrega de una medalla de oro al antiguo y meritorio socio, señor Giacomo Tarricone.



Campeonato Vila. Team de Belgrano, que triunfó sobre Estudiantes, por 2 a 1 goals



Cuadro de Tiro Federal a quien correspondió la victoria por un "score" de 4 a 0 goals, en el match sostenido con Provincial.



Representantes de R. del Paraná que empató con Atlantic Sportsmen, mediante un goal de cada parte.



Team de Atlantic Sportsmen, cuyo encuentro con R. del Paraná, se resolvió por un empate. (Fots. Flores Toledo).

Información gráfica del interior

GUAMINI. Enlace Bellada-Scopa. Los contrayentes y un grupo de invitados a la fiesta realizada en casa de los padres de la novia.



SANTIAGO DEL ESTERO. — Pilotos y pasajeros que se trasladaron en vuelo a Tucumán, para asistir a la inauguración de los nuevos hangares instalados en dicha ciudad.



Los cuatro aparatos Curtis-Oriole empleados en la excursión aérea, momentos antes de emprender el vuelo, rumbo a Tucumán.



Aramayo con nuestro corresponsal en Jujuy, señor E. Pérez.



Raulito Pucio, el más pequeño lector de FRAY MOCHO.

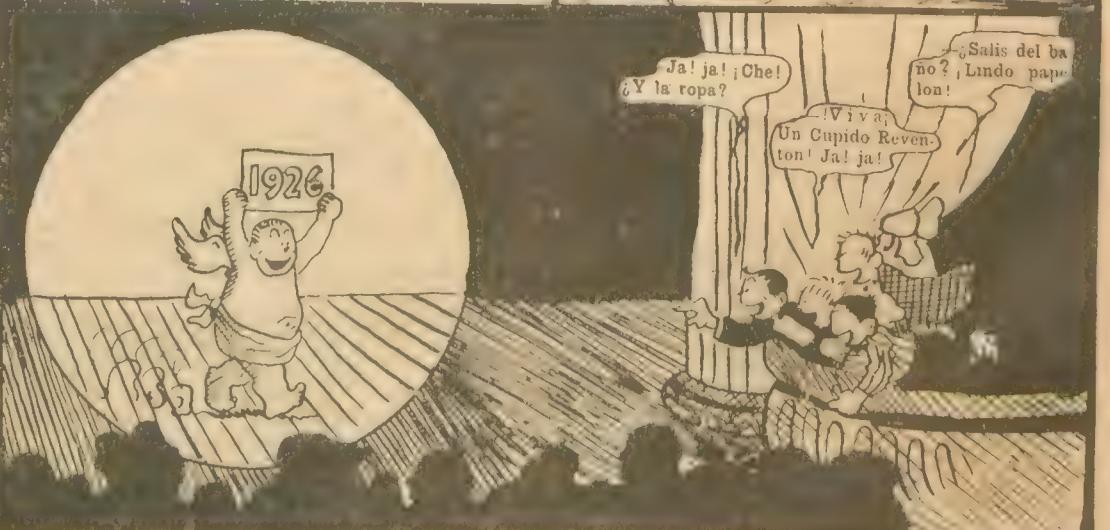
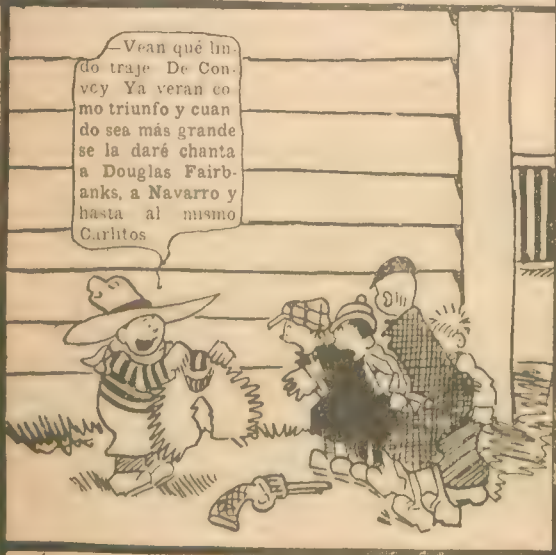


Un alto en el camino, durante un paseo campestre realizado a los cerros de los alrededores.



QUEMÚ - QUEMÚ. — Concurrerentes a la conferencia agrícola dada por la Federación A. Argentina, Sección Quemú - Quemú.

(Fots. Rício, Pérez y Carretero).



¿Por aquí no suele venir una mujer rubia con una cicatriz sobre la ceja derecha? Se llamaba Anita Johnson, en Liverpool...

La mulata lo miró con curiosidad manifiesta.

Era un hombre de unos cincuenta años, delgado y atlético, con el rostro curtido por todos los soles de la tierra y por todos los vientos del océano.

—¿Anita Johnson?... No...

—Me dijeron que vino a Buenos Aires en 1911, y que andaba por estos lugares.

La mulata volvió a mirarlo con atención.

—Yo nunca he conocido a ninguna mujer que tuviese una cicatriz sobre el ojo derecho, señor... Además, ¿por qué da usted su nombre? Usted sabe que en estos lugares nadie da nunca su nombre verdadero... Yo, por ejemplo, no me llamo Mercedes Fonseca, como todos creen...

Pero al hombre del mar no le interesaban las confidencias de la brasileña que estaba sentada frente a él, clavándole en el rostro sus ardientes y penetrantes ojos africanos.

—Entonces... ¿No me puede dar ninguna noticia?

—De esa Anita Johnson, o como se llame ahora, no, señor... Y lo siento, porque usted parece una persona excelente...

El cumplimiento vulgar cayó en oídos sordos. El hombre se levantó para irse, pero la mujer lo detuvo tocándole suavemente el brazo.

—No se vaya, señor... Tome alguna otra cosa... Aquí tocan piezas muy lindas... Y no parece que estuviera muy apurado...

El marino se encogió de hombros, y permaneció sentado, paseando su mirada alrededor.

Aquella noche había bastante gente en el bar Rossini. La concurrencia habitual. Desde el tablado de viejo terciopelo que un día fué rojo, los dos violines y el piano arrojaban ondas estridentes de rumor sobre la sala humosa y abigarrada del café. Cada vez que se abría la puerta, cubierta por una manchada cortina verde, un hálito glacial pasaba sobre las mesas, y la mulata se estremecía.

—¿Qué frío debe hacer afuera!... — dijo mirando entrar a un grupo de marinos españoles vestidos con sombríos uniformes.

—Mucho.

—Yo siempre tengo frío aquí, en este país — confesó la mujer, tratando de romper el hielo. — Soy del Brasil, ¿sabe? ¿Usted nunca ha estado en el Brasil, señor?

—Sí, varias veces — respondió secamente el hombre.

—Allá nunca hace frío, ¿ah, no!... Pero aquí...

El marino había quedado meditando. Oía la charla de la mujer sin prestarle atención. Un anciano barbudo, envuelto en un rofoso sobretodo que casi llegaba hasta el suelo se acercó a la mesa y dijo algo en un idioma incomprensible.

—Pobre Demetrio... — explicó la mulata, — es un griego... Era médico, en su país... Aquí vive de limosna... Dicen que está loco... Dele unas monedas, señor.

Maquinalmente, el marino echó mano al bolsillo y dejó unas monedas de plata en un ángulo. El anciano lo miró con expresión in-

La Camarera del Café Rossini

Por Héctor Pedro Blomberg

terrogadora y pedigrifeña un instante, y luego las hizo desaparecer rápidamente.

—Entonces... ¿Usted no puede darme ninguna noticia de esa mujer que tiene una cicatriz y que se llama Anita Johnson?

Mercedes Fonseca, que había levantado su vaso de "creme de menthe", lo dejó sobre la mesilla, intacto, y sus ojos sombríos volvieron a fijarse en el rostro de su interlocutor.

obscuras del café internacional.

La mulata volvió a levantar su vaso y bebió lentamente el licor.

Después se inclinó hacia el hombre del mar, hasta bañarle el rostro con su aliento.

—¿Por qué la busca, señor? ¿Era su... su hija?

Un surco livido cruzó la frente bronceada del desconocido.

—No. No era mi hija... No la ví más que una vez en mi vida...

—¿Entonces?...

Pidan

"QUILMES de INVIERNO"

La mejor cerveza
para la estación

—En Buenos Aires hay tantas mujeres — dijo. Su mirada penetrante, experimentada, trataba de sondear el alma de aquel desconocido que preguntaba por una mujer también desconocida en aquel antro del bajo fondo porteño.

Los violines chillaban desesperadamente en el tablado de terciopelo rojo. Un gran retrato al óleo de la Fornarina, una obra de arte adquirida en un remate del Paseo de Julio por el dueño del bar, sonreía sobre las tragedias

—Tengo un encargo para ella... Sonreía al decir estas palabras a ella le turbó extrañamente aquella sonrisa fría y misteriosa.

—¿Un encargo?

—Sí, un encargo... ¿Qué tiene de particular?

Volvió ella a mirarlo curiosa-

mente.

—Mire, señor... Cuando un hombre viene a una ciudad como Buenos Aires, preguntando por una mujer rubia, con una cicatriz en la frente, que se llamaba Anita Johnson, en Liverpool...

—Sí, ¿y qué?

Que ese hombre no puede estar en su juicio, señor...

La angustia estridente de los violines proseguía en el tumulto del bar, y la Fornarina seguía sonriendo a los desconocidos.

El hombre parecía meditar sobre las palabras de la mujer. Nunca se le había ocurrido pensar que lo pudieran tomar por un loco.

—Es que yo sé que está en Buenos Aires...

La mulata suspiró con aire de alivio. Temió por un instante que sus palabras imprudentes hubieran molestado a su interlocutor.

—Eso ya es otra cosa...

—Está en Buenos Aires — repitió el hombre del mar, como hablando consigo mismo, mientras sus dedos tamborileaban en la mesilla.

—Pero Buenos Aires es tan grande, señor...

—Londres es más grande que Buenos Aires, y la encontré en Londres...

Los hilos misteriosos del drama empezaban a asomar.

La mulata llamó al mozo y pidió más "creme de menthe".

—Beba, señor...

Débil y distraído, el hombre obedeció.

—En Londres la encontré... La iba siguiendo desde Liverpool... Esa clase de mujeres siempre se encuentran... Siempre...

Entonces ella creyó comprender.

—Sí, señor; las mujeres como nosotras siempre se encuentran... El mundo es muy grande, pero nunca nos perdemos del todo; nunca, señor...

Demetrio, el griego volvió a pasar junto a la mesa. Sus ojillos enrojecidos miraron al hombre que le había dado las monedas de plata, y luego se detuvieron en el rostro de la brasileña. Después desapareció en las profundidades misteriosas del bar Rossini.

—Anita Johnson... ¿Era joven, o era vieja ya, señor?

—Era joven, como usted...

—Y está en Buenos Aires...

—Sí.

—¿Quiere que yo le ayude a buscarla, señor?

—¿Usted quiere?

Mercedes Fonseca se encogió de hombros.

El marino la envolvió en una mirada escrutadora, profunda. Luego se inclinó hacia ella.

—Si usted me ayuda a encontrarla, le daré...

Los violines del bar gemían como almas atormentadas.

—Sí, señor... Sí...

—¿Comprende?

—Sí, señor...

La puerta del bar volvió a abrirse detrás de la cortina verde, y un soplo glacial, cargado con el olor de los navíos inmóviles, con el aliento acre de la ribera, penetró en el lugar.

La brasileña se estremeció vivamente.

Eran los marinos españoles, ebrios ya, que salían en demanda de sus barcos, con marcha vacilante, pero silenciosos, solemnes, como habían entrado.

La mulata comprendía. Aquellos dramas desconocidos, aquellas mujeres perdidas que los hombres venían a buscar desde el otro lado de los mares, en las tabernas cosmopolitas de los puertos... Ella también se había perdido, un día,

hacia muchos años... Recordó vagamente. Tuvo por un instante la visión de los muelles asoleados de Pernambuco, el rostro de un hombre... Ese hombre también la había buscado por los muelles de otros puertos... ¡Ah! ¿No la volvería a encontrar nunca?... —Sí, señor... Sí...

La sonrisa de la Fornarina se apagaba en la niebla acre y viscosa del bar Rossini.

Hasta mañana... Mañana volveré...

Hizo ella un gesto de vaga decepción. Después se encogió de hombros y encendió uno de los cigarrillos turcos que el hombre había dejado olvidados sobre la mesa, temblando violentamente, porque el hombre, al salir, había dejado abierta la puerta. La cortina verde ondulaba como una bandera en el viento del Paseo de Julio.

Los violines habían enmudecido.

II

Fué cruel aquel invierno, especialmente para las almas perdidas del Paseo de Julio, agazapadas en el turbio amparo de las posadas internacionales, de los cafés oscuros y misteriosos.

Mercedes Fonseca volvió a ver al hombre del mar, al hombre que buscaba una mujer llamada Anita Johnson.

Supo que su nombre era Lucas Svensson, capitán mercante, de Rotterdam, y aprendió algunas cosas relativas a la mujer buscada.

Anita Johnson había sido camarera en un bar de los muelles de Liverpool. Por el año 1909 se trasladó a Londres. Lucas Svensson había encontrado en un café-concierto del West India Dock Road, en ese rincón del Támesis donde hierve la resaca de las razas. Pero allí también la había perdido. Supo que patiera para las Antillas, y que de un teatrillo de Trinidad, en Barbados, pasó a Río de Janeiro. En la capital tropical perdió el rastro.

—Debe haberse ido a Buenos Aires — le dijeron los pilotos ingleses que bebían whisky en la Rúa de las Carretas.

Y el capitán Svensson, de Rotterdam, se vino a Buenos Aires.

Escuchaba atentamente la brasileña el relato incoherente del hombre del mar. Quería preguntarle algo más.

Pero al encontrarse con la mirada fría, inexorable, de Lucas Svensson, la pregunta se le helaba en los labios, y reflexionaba.

¿Qué era, o qué había sido aquella misteriosa Anita Johnson en la vida de Lucas Svensson?

Recordaba la mulata que el mismo Svensson le dijera la noche que la conoció en el bar Rossini, que sólo había visto una vez en su vida a Anita Johnson. No era su hija, le había asegurado. No podía ser ni la querida, ni la mujer...

¿Quién era, pues, aquella Anita Johnson que Svensson estaba buscando por las ciudades y los puertos de los continentes?

En las tardes del bar Rossini, antes que los clientes empezaran a rodear las mesitas llenas de mugre y que los violines atormentados comenzaran a torturar los oídos de los fogueiros, la brasile-

ña contó la extraña historia a Jeanette la martiniqueña y a la Paloma de Valencia, sus compañeras. La Paloma de Valencia, que alocaba el romanticismo de las corlesanas otoñales y que solía leer trabajosamente los romances sentimentales de los libreros del Paseo de Julio, antes que empezaran a llegar los marineros al bar, creía adivinar una novela de amor en todo aquello.

Jeanette la martiniqueña, más práctica, más prosaica, estaba segura de que el capitán Svensson buscaba a aquella Anita Johnson para recuperar algún robo de que fuera víctima el marino de Rotterdam.

La Función Social de la Mediocridad

Todo lo que existe es necesario. Los mediocres son útiles para el equilibrio social: poco importa que ellos se cuenten por millares y los idealistas en dedos de una mano. Sin la sombra ignoraríamos el valor de la luz. La infamia nos induce a respetar la virtud; la miel no sería dulce si el acibar no enseñara a paladar la amargura; admiramos el vuelo del águila porque conocemos el arrastramiento de la oruga; encanta más el gorjeo del ruiseñor cuando se ha escuchado el silbido de la serpiente. De igual manera todo hombre posee un valor de contraste, si no lo tiene de afirmación; es un detalle necesario en la infinita evolución del protohombre al superhombre. El mediocre, peldaño social entre el imbecil y el genio, representa un progreso comparado con el primero y ocupa su rango si le comparamos con el segundo. Si fuera inútil no existiría: la selección natural habría exterminado. Ello no ocurre. Sus idiosincrasias son relativas al medio y al momento en que actúa. Es tan necesario para la sociedad como las palabras para el estilo; pero no basta alinearlas para crearlo. La mediocridad yace en el diccionario; el estilo es originalidad individual.

Los temperamentos idealistas, románticos, imaginativos, sea cual fuere su escuela filosófica o su credo literario, le son hostiles. Toda moral individualista o estética condena la mediocridad: desde Renán y Hugo hasta Guyau y Flaubert. La creación de belleza es un esfuerzo original; la historia del arte conserva los nombres de pocos creadores y olvida a inúmeros secuaces que los imitan.

Pero ante la moral social, utilitaria siempre, los mediocres encuentran una justificación, como todo lo que existe por necesidad. El contras-

cho lo mismo... Lo haría en cuanto pudiera... Con tal de salir de una vez de aquellos infiernos de alcohol y de marineros brutales... Se iría a St. Pierre, donde nació. Se compraría un "estaminet" cerca de la estatua de la emperatriz Eugenia... Adiós, Buenos Aires, Paseo de Julio, bar Rossini...

El chillido estridente de los violines interrumpía las dulces ensordecidas de la martiniqueña.

—No... Yo digo que no es eso...

Mercedes Fonseca y la Paloma continuaban discutiendo el enigma.

Agotadas las versiones novelescas, la valenciana se volvía práctica, como Jeanette.

te eterno entre las fuerzas que pugnan en las sociedades humanas, se traduce por la lucha entre dos grandes actitudes que agitan la mentalidad colectiva: el espíritu conservador o rutinario y el espíritu original o de rebeldía.

Bellas páginas les consagró Dorado. Cree imposible dividir la humanidad en dos categorías de hombres, los unos rebeldes en todo y los otros en todo rutinarios; si así fuera, no sabría decirse cuáles interpretan mejor la vida. No es factible un vivir inmóvil de gentes todas conservadoras, ni lo es un inestable ajetreo de rebeldes e insumisos, para quienes nada existente sea bueno y ningún sendero de seguirse. Es verosímil que ambas fuerzas sean igualmente imprescindibles. Obligados a elegir ¿obtendría la preferencia una actitud conservadora? La originalidad necesita un contrapeso robusto que prevenga sus excesos; habría ligereza en fustigar a los hombres metódicos y de paso tardío si ellos constituyeran los tejidos sociales más resistentes, soporte de los otros. Lo mismo que en los organismos, los distintos elementos sociales se sirven mutuamente de sostén; en vez de mirarse como enemigos deberían considerarse cooperadores en una obra única, pero complicada. Si en el mundo no hubiera más que rebeldes, no podría marchar; tornárase imposible la rebeldía si faltara contra quien rebelarse. Y, sin los innovadores, ¿quién empujaría el carro de la vida, sobre el que van aquellos tan satisfechos? En vez de combatir, ambas partes deberían advertir que ninguna tendría motivo de existir como la otra no existiese. El conservador sagaz puede bendecir al revolucionario, tanto como éste a él. He aquí una nueva base para la tolerancia; cada hombre necesita de su enemigo.

JOSE INGENIEROS

—Claro — explicaba, — dice que la vio tan sólo una vez, en Liverpool. Estaría borracho, como todos los marineros mercantes, y ella, aprovechando la ocasión, le habrá robado sus economías, o alhajas, quién sabe... Al darse cuenta, después, la habrá ido a buscar, y encontró que ella ya no estaba en el bar... Es por eso que la está buscando.

Jeanette guardaba silencio, meditando sobre el monto de lo robado. Debía ser una buena cantidad, reflexionaba. Si no, aquella Anita Johnson no hubiera huido y desaparecido de un modo tan completo...

¡Qué diablos! Ella hubiera he-

—Mira, hija — decía, desperezándose; — si es verdad lo que tú dices, que ese capitán quiere encontrar a esa mujer, y esa mujer está en Buenos Aires, y el te dará todo ese dinero si le ayudas a dar con ella, lo mejor que podemos hacer, es buscarla entre todas y repartir el dinero...

Pero a la brasileña no le hacía maldita gracia esta propuesta. Ayudaría ella sola a Svensson en su busca. Por eso, prudentemente, se abstuvo de revelar a sus compañeras la vaga filiación de la desconocida, de mencionar el detalle de la cicatriz.

A los dos o tres días de la conferencia inicial con Svensson, la

mulata empezó la busca por su cuenta.

Hacia cinco años que moraba en las profundidades del Paseo de Julio, y muchos de los tenebrosos secretos de las arcadas le eran familiares. Conocía los empresarios de aquellos abismos ribereños: al francés Pinaud, el propietario del hotel Montecristo; a Kuehlmann el austriaco, dueño y señor de varios infiernos subterráneos y vecinos; a Marieta Wolff, ave de presa y princesa de la trata de blancas en la ribera; a los hermanos Allí, los amos del barrio árabe...

Las relaciones de Mercedes Fonseca, como se ve, eran extensas y recomendables.

Fué por allí donde inició sus investigaciones.

Estuvo ausente del bar Rossini varias tardes y varias noches, con gran disgusto del obeso propietario, haciendo el circuito de los abismos resplandecientes de luz y resonantes de música durante las veladas invernales, sombríos y misteriosos durante las tardes largas y solitarias.

A todos decía lo mismo, con cautela profesional. Todos, por otra parte, la conocían. Muchas veces la mulata había declarado en su favor, en circunstancias policiales o judiciales y no ignoraban las aves de rapiña de las arcadas, que convenía estar bien con la brasileña del bar Rossini.

—Es una mujer rubia, de unos veinticinco años... Tiene una cicatriz aquí... Vino de Río de Janeiro, hace un año y medio o dos años... Es inglesa, de Liverpool...

Pinaud, Kuehlmann, Marieta Wolff, los hermanos Allí, procuraban hacer memoria. Eran tantas las mujeres que habían pasado por sus dignos establecimientos en el espacio de aquel tiempo...

—No, Mercedes — terminaban por decir, — no recordamos... Creemos que no ha estado por aquí...

La brasileña regresaba al bar Rossini llena de decepción. Una decepción que trataba de disimular cuando veía a Lucas Svensson sentado a una mesa, esperándola. No había que desanimarlo, porque el hombre de Rotterdam, a manera de estímulo, le facilitaba algunas de sus interminables monedas de plata.

Durante la noche, las noches largas, glaciales, siniestras, recorría Mercedes, estremecida de frío, las luminosas cuevas de las arcadas. Contemplaba con ansiosa mirada, el desfile de las palomas negras en el resplandor y el tumulto de los conciertos.

Pero la busca era estéril.

Anita Johnson no estaba ni había estado nunca, al parecer, en el Paseo de Julio.

III

Lucas Svensson se instalaba en la idéntica mesilla del bar Rossini y esperaba durante horas enteras a Mercedes Fonseca.

La Paloma de Valencia, indiferente y romántica, lo abordó una tarde, aprovechando la ausencia de su compañera. Ella, poseída su romanticismo de trastienda, también quería participar de aquellas monedas de plata que encontraban un camino tan fácil a las medias

de la brasileña y hasta a los gra-
sientos bolsillos de Demetrio el
griego.

Pero Lucas Svensson la recibió
fríamente. Ni siquiera la invitó a
tomar nada, violando el protocolo
del Paseo de Julio.

Disimulando su disgusto, la Pa-
loma volvió a la carga.

—Hágame el favor de no pre-
guntarme nada...

La echaba de la mesa.

Encogiéndose de hombros, la va-
lenciana se volvió a su rincón,
desde donde Jeanette la martini-
queña asistía curiosamente a la
escena.

—Estas gentes de mar, hija —
dijo, — son unos brutos... Para
mí que toda esa historia que nos
ha contado la brasileña son patra-
ñas... Que Anita Johnson ni qué
diablos... Los dos se traen una
combinación que... allá ellos. Yo
no quiero líos con la policía ni con
los jueces, hija...

Jeanette, alisándose sus motas
relucientes, guardaba silencio, y
seguía pensando que aquella Ani-
ta misteriosa habría despojado de
una verdadera fortuna al capitán
de Rotterdam.

Este esperó durante varios días.
Alojándose en un turbio hotel de
la calle 25 de Mayo, y pasaba las
mañanas ambulando por los di-
ques. Por las tardes divagaba ba-
jo las arcadas resonantes, hundía-
se taciturno en la miseria sinies-
tra de la vía sin sol, y los sueños
amargos de su existencia asaltá-
banle como pesadillas de las que
nunca acababa de despertar en el
corazón de la inmensa ciudad des-
conocida.

"Anita Johnson..."

El nombre estaba grabado con
fuego y con sangre en su cerebro.
La tenía que encontrar, aunque
transcurrieran los años.

Las palabras doloridas de la mu-
lata volvían a sus pensamientos:

—Las mujeres como nosotras
siempre se encuentran... El mun-
do es muy grande, señor; pero
nunca nos perdemos del todo;
nunca señor...

¿Sería verdad?

Detrás del nombre inolvidable y
aborrecido de la mujer a quien so-
lo vio una vez en el teatrillo de
Liverpool, y a quien buscaba por
todos los caminos del mundo, por
las encrucijadas de la miseria,
aparecíasele otro nombre también
inolvidable, pero adorado...

Se sumergía en el abismo del
bar Rossini al tiempo que los vi-
lines desgarradores iniciaban sus
espeluznantes sinfonías. El rostro
luminoso de la Fornarina sonreía
desde el muro.

—No la encuentro... No la en-
cuentro todavía, señor... Pero...

Mercedes Fonseca continuaba
sus secretas correrías por el mun-
do sumergido, sin encontrar el me-
nor rastro, pero siempre sin per-
der la esperanza.

Un día Lucas Svensson exhibió
una cartulina borrosa.

—Este es el retrato de Anita
Johnson — dijo, colocándolo so-
bre la mesa, como si la tarjeta le
quemara los dedos.

Mercedes Fonseca lo acercó a la
luz y vio una mujer al parecer
muy joven, de rostro angular, ca-
si bello, ataviada con un traje de
ballarina de café-concierto.

Jeanette y La Paloma, sin poder
resistir la tentación se acercaron.
Las tres mujeres observaron

con atención profunda el rostro
del retrato. La brasileña lo dio
vuelta y leyó al dorso, casi ilegí-
ble, con una escritura torpe y la-
boriosa como la de un niño, en
inglés, lo siguiente:

"A mi querido Eric, con el co-
razón de su Anita."

Seguía una fecha.

—Eric... Usted se llama...

—Lucas — murmuró Svensson,
clavando una mirada de descon-
fianza en Jeanette y la Paloma,
que se alejaron discretamente.

—¿Quiere usted prestarme ese
retrato? — preguntó Mercedes,
volviendo a estudiar las facciones
borrosas de la desconocida.

Svensson pareció vacilar.

—No — respondió al cabo de
un instante.

—Es igual — dijo ella, — creí
que con esa fotografía sería más
fácil encontrarla... Aquí tiene us-
ted...

oscuro, se doblaba convulsiva-
mente bajo la racha glacial que
barría el paseo de Julio.

—Venga, señor...

Atravesaron varias cuerdas, sin
salir de las arcadas. En las pen-
dientes de las calles transversa-
les tenían que hacer alto para dar
paso a los tranvías.

—Es aquí... Entre señor...

Lo empujaba suavemente. Esta-
ban frente a un bar-concierto. En
los cristales pintados de rojo,
Svensson alcanzó a leer: "Regina
Bar".

Un vaho de alcohol, una onda de
sonido, un hálito de cuerpos hu-
manos febriles, los envolvió a los
dos.

La mulata lo guió hasta una me-
sa. En derredor, marinos ingle-
ses, españoles, italianos, noruegos,
norteamericanos, bebían y canta-
ban. Mujeres horriblemente pin-
tadas iban y venían, o dialogaban

Svensson dijo el nombre en voz
baja, como hablando consigo mis-
mo. La mujer, que lo había visto
mover los labios, no había oído.
Sonreía con aire conciliador, algo
furtivamente. Sus hermosos ojos
azules brillaban en el resplandor
del bar.

—Anita Johnson...

Ella palideció. Esta vez había
oído claramente. Se hizo atrás,
con el gesto medroso de un animal
perseguido.

—Ese no es mi nombre... ¿Por
qué me llama usted así?

El rostro atezado de Mercedes
Fonseca iba y venía entre las me-
sas. La brasileña observaba a una
distancia prudente, presa de cu-
riosidad temerosa y febril.

—Ese no es mi nombre — vol-
vió a decir, apoderándose de su
sombrero, en actitud de huir, la
mujer.

—¿Por qué mientes?

La había tomado de una muñe-
ca. Ella se ponía lívida bajo su
pintura, aterrada, sin comprender.

—¿Quién es usted? — balbuceó.

Lucas Svensson sonreía.

Y aquella sonrisa helada inun-
daba de un espanto sin nombre,
de una angustia indecible, el co-
razón de Anita Johnson.

El tumulto del "Regina Bar"
proseguía en torno de ambos.
Ebrios y cortesanas estaban muy
preocupados con sus asuntos para
reparar en la pareja trágica.

—Déjeme ir... Tengo miedo...

Quiso levantarse y huir. Pero
la mano implacable de Lucas
Svensson la retenía allí, clavada
en su asiento, y los ojos claros,
sinistros, del desconocido, la fas-
cinaban.

—No... Vamos... Vámonos de
aquí...

Anita Johnson, aterrada, miró en
torno suyo. Vio un rostro atez-
ado, unos ojos negros y ardientes
que la miraban fijamente con cu-
riosidad extraña, siniestra, una
mano morena que se apoyaba en
su hombro.

—Vaya usted con él... No le
hará nada... Hace mucho que la
está buscando...

Era Mercedes Fonseca.

Anita Johnson vaciló poniéndose
de pie.

Vámonos de aquí.

Lucas Svensson la arrastraba
fuera, imperioso, implacable. La
mulata la empujaba con suave in-
sistencia.

—Vaya con él, Anita Johnson...
No tenga miedo...

Se encontró en el Paseo de Ju-
lio, con el desconocido. El viento
glacial jugaba con la pluma de su
sombrero. El hombre del mar le
apretaba el brazo con fuerza sal-
vaje.

—Venga... Venga...

Se perdieron en el sombrío pa-
isaje de las arcadas.

La brasileña los miró alejarse,
inmóvil en la puerta del "Regina
Bar", lleno de músicas y de blas-
femias y de luces. Los veía teñir-
se de verde, de rojo, de azul, al
pasar frente a los antros lumino-
sos y cerrados.

Cuando los vio desaparecer en
el recodo de la calle Córdoba, se
encogió de hombros y echó a an-
dar lentamente bajo el viento, ha-
cia el bar Rossini.

V

Quien hubiera visto llorar al ca-
pitán Lucas Svensson, de Rotter-



La dejó sobre la mesa. Svens-
son la guardó con indiferencia.

IV

—Venga conmigo esta noche, se-
ñor...

Svensson miró a la mulata con
sus ojos escrutadores, y no pudo
reprimir un gesto de repugnancia.

La cortesana de color compren-
dió, y disimulando su humillación,
se explicó.

—Espéreme esta noche en la es-
quina del bar Rossini, a las diez...
Tenga algo que decirle, señor...

Y Svensson la esperó.

El viento de junio, mortífero y
sutil, silbaba entre los pilares, ge-
mía con voces extrañas bajo las
arcadas. Los antros estaban cerra-
dos, y por sus empañados crista-
les, pintados de verde, de azul, de
rojo, las luces ponían tonalidades
lúgubres en el paisaje.

—Venga, señor...

De los interiores iluminados sa-
lían voces sofocadas, acordes fa-
miliares, blasfemias cosmopolitas.

La figura frágil y esbelta de la
brasileña, envuelta en un tapado

animadamente con los argonautas.

—Síntese, señor...

Dócilmente, Svensson, de Rot-
terdam, se sentó y miró en torno
suyo.

Sus ojos claros y penetrantes,
enrojecidos por el viento, se pa-
searon por aquellos rostros pin-
tados o curtidos por el sol.

Una mujer venía lentamente
por entre las mesas, envuelta en
un tapado verde. Un sombrero de
alas anchas casi le cubría el sem-
blante.

Al verla acercarse, Mercedes
Fonseca se levantó de su asiento
y se perdió entre la concurrencia.

La mujer llegó hasta Svensson,
permaneció indecisa un instante y
luego se sentó resueltamente.

Lucas Svensson sintió un frío
extraño que le penetraba hasta las
entrañas. La mujer lo miraba con
expresión melosa y calculadora.
Suspiró, como con alivio, y qui-
tándose el ancho sombrero, cuya
pluma blanca barrió la mugrienta
mesa, lo dejó sobre una silla.

Una cicatriz borrosa dibujábase
sobre su ceja derecha.

—Anita Johnson...



dam, no creyera nunca el drama doloroso que se ocultaba entre los pliegues de su alma. El capitán Svensson no había llorado nunca, durante los cuarenta y seis años que rodó por la vida y por el mar, hasta el día que lo llamaron de una casa de pensión en los muelles de Liverpool, al volver de un viaje a Australia, y una vieja llorosa e indignada le dijo:

—Aquí fué donde su hijo, ese bribón de Eric Svensson, mal oficial del "Waverley", se pegó un tiro... ¿Qué me dice usted? Lo encontramos por la mañana con un balazo en la sien en esta misma cama donde tantos honrados marinos han dormido, después de pagármela adelantada... ¿Qué me dice usted?

Y fué entonces cuando Lucas Svensson lloró, amargamente, trágicamente. Porque su hijo Eric había sido el único amor de su existencia. El lo había cuidado de pequeño, cuando la madre murió; lo había llevado en sus barcos, cuidándolo paternalmente; lo hizo marino, y a los 17 años le consiguió la patente y certificado de oficial mercante en el "trade board" de Liverpool.

Y aquel hijo estaba muerto. Se había pegado un balazo en la sien...

Mientras la indignada vieja desahogaba su llorosa ira, Lucas Svensson sentía que algo se partía dentro de su pecho. Se mantuvo sereno. Le dió un puñado de monedas a la vieja, que seguía lloriqueando:

—Matarse así, en mi honrada pensión... Vino el "coroner" a comprobar la causa de la muerte... Lo llevaron el mismo día... La policía en mi casa...

Svensson le dió más dinero, y la vieja pareció ablandarse un poco.

Pobre Eric Svensson... No era malo... Pagaba siempre puntualmente... Pero pegarse un tiro en mi casa... ¡Ah, señor!...

Cuando la vieja lo dejó solo, después de entregarle los papeles y las ropas del suicida, Lucas comprendió todo... Un montón de postales, de esquelas manchadas, de fotografías, le dieron la explicación de aquella muerte.

Eric Svensson, el hijo de su amor, el orgullo de su vida se había pegado un tiro por una miserable bailarina, por una mujer de music-hall, una antigua camarera de un bar de Liverpool.

Fuó a buscarla. Pero ella se había ido a Londres. De allí desapareció con rumbo a las Antillas. De Trinidad, en Barbados, le siguió el rastro a Río de Janeiro.

Hasta que la encontró en Buenos Aires.

Porque aquella mujer maldita, la mujer que causó la muerte de Eric Svensson en la pensión de Liverpool, se llamaba Anita Johnson.

La mujer contemplaba despavorida, silenciosa, la borrosa cartulina que el desconocido sacara de su bolsillo y le exhibiera sin pronunciar una palabra. Era un retrato suyo, con traje de bailarina. Debajo, con su propia letra, estaba escrito:

—A mi querido Eric, con el corazón de su Anita".

—¿Lo conoce usted? ¿Lo conoce usted?

Y ella recordó.

Volvió a ver a Eric Svensson, rubio, bello, juvenil, como lo conociera en el bar del "Red Anchor", en el "waterside" de Liverpool. Volvía a escuchar las palabras apasionadas del marino.

La había amado, sí. Pero...

¿Comprende Anita Johnson?

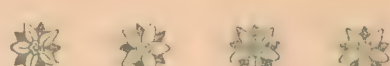
Sintió ella el escalofrío del miedo. Las frases tranquilas y glaciales de aquel hombre la helaban de pavor.

—Se mató... —dijo en voz baja.

Estaban en un hotelillo de la calle 25 de Mayo. El suspiro sofocado de los antros subía hasta ellos, los envolvía en una onda de misterio, de tragedia, de terror.

—Está muerto... Nunca lo volveré a ver, nunca más, como cuando era pequeño y se sentaba en mis rodillas... Cuando corría por los puentes de mi barco y mandaba a los marineros... ¡Eric! ¡Eric!...

Dejó caer la cabeza canosa en



se ella olvidado de su miseria y su vergüenza, de su pasado y de su presente. El dolor de Lucas Svensson agitaba sus entrañas.

—Si hubiera sabido... Viví conmigo ocho días... Creí que fuera un capricho... Como todos... Si hubiera sabido...

Levantó él bruscamente la cabeza, y clavó sus ojos enrojecidos en el rostro de Anita Johnson. Vió con asombro inmenso que lloraba, que lloraba de veras, con el dolor de las cosas irreparables, con la angustia imponente de las mujeres heridas en lo más hondo de sus entrañas.

—Si hubiera sabido... El no se hubiera matado...

Quiso acercarse a ella, pero se detuvo horrorizado. La sombra de Eric Svensson se levantaba entre los dos, en la turbia habitación del hotelillo de la calle 25 de Mayo, pálido, rubio, juvenil, con un balazo en la sien.

—No... No se hubiera matado... Perdón... Está muerto... Dios haya recibido su alma...

Sus manos rudas, convulsas, se extendieron hacia ella, que parecía no advertirlo, atontada en su súbita congoja. Estaba lejos de allí, del hotel siniestro, del Paseo de Julio, de Buenos Aires. Se veía de nuevo en el barrio lejano de los "docks" de Liverpool; oía otra vez las orquestas del bar del "Red Anchor" y del "music-hall" del "Blue Lion"... El semblante pálido y suplicante de Eric Svensson surgía entre la bruma de los recuerdos, entre la niebla del tiempo, y los ojos azules del marino la envolvían en una luz misteriosa...

Los sollozos, roncros, inconsolables, la sacudían.

Lucas Svensson la contemplaba, con estupor.

La vampiresa satánica, la hembra maldecida, lloraba por aquel muerto adorado que dormía en el fondo de los años... Lloraba con la angustia indecible de las cosas perdidas para siempre, de los amores que nunca habían de volver, de las vidas que pasaron junto a la luz y debían permanecer entre la sombra...

Y sintió, ante el llanto de la mujer desolada, que los rescoldos de su odio se apagaban dentro de su alma.

El vago suspiro de los abismos los envolvía.

Se dirigió a la puerta y la abrió luego tomó de un hombro a Anita Johnson y la empujó suavemente.

—Váyase... No quiero volverla a ver nunca... Váyase.

Dócilmente, ella obedeció. Sin detenerse a recoger su sombrero, que yacía en el suelo, se hundió en el oscuro corredor del hotel. Sus pasos lentos, inseguros, se oyeron en la angosta y sucia escalera. Después se hizo el silencio.



TO LUCY

Son tus ojos azules sin iguales
en su expresión de mística ternura.
y cobijas en tu pecho la dulzura
de las cuatro virtudes cardinales.

Ilumina tus rasgos virginales
el clásico esplendor de tu hermosura
que enciende la romántica locura
con que adoro tus dones celestiales.

Te amara mi fervor exactamente
si la gracia sin par de tu belleza
no ardonara tu ser tan raramente,
pues luce circundando tu cabeza
cual un nimbo de luz resplandeciente
la guirnalda ideal de tu pureza.

José Guerrero Locamoux.



—Se mató...

Ella no levantaba los ojos de la cartulina. Le parecía que hacía tanto tiempo que Eric Svensson se enamorara de ella, de su partida de Liverpool para librarse de su amorosa persecución...

—Se mató por usted... se pegó un tiro, porque usted se había ido...

Entonces, aquel infeliz se había quitado la vida. La amó de veras, como no la amaron nunca, en los cafés-conciertos de los barrios marítimos... ¡Pobre y tonto Eric Svensson!... Si ella hubiera sabido...

—Era mi hijo... Lo único que yo tenía en este mundo... Y se mató porque usted no lo quiso...

tre los brazos y un sollozo ronco, desolado, se escapó del pecho de Lucas Svensson.

—Yo no sabía... Yo no sabía...

Aquel dolor inmenso, sin resignación, la causaba un espanto sin nombre. Quiso acercarse al hombre. Pero él, absorto en su infortunio, parecía haberse olvidado de su presencia. La sombra adorada de Eric Svensson surgía de nuevo en su corazón y lo llamaba desde la eternidad... Lo llamaba desde el cementerio de Liverpool, el hijo que dormía bajo los cipreses, arrullado por la voz interminable y profunda del mar.

—Yo no sabía... Yo no sabía... Balbuceaba estas palabras gi-
miendo. En aquel instante había-



HISTORIA y BIOLOGIA

Por Ramón de Castro Esteves

Todos los fenómenos del mundo están estrechamente ligados entre sí, en una trabazón que sólo desmembra la especialización con el objeto de obtener un resultado más concreto y no perderse en el laberinto que otro sistema significaría. Empero, con lo último se va contra la relación directa que existe entre las partes del todo y que tanto se observa — verbigracia — en la historia, como en la anatomía.

Ya antes de ahora se han señalado los puntos de contacto que presenta la ciencia biológica con la histórica en la interpretación de los hechos cuyos orígenes tendrían sus fuentes en la primera. Sus concomitancias son también mayores que aquéllas que se manifiestan entre todas las ciencias. En efecto, estudiando una ciencia determinada se observa el caso de que ella, sin el auxilio de otras, muy poco significaría y, hasta muchas veces ocurre que, la tal materia se entremezcla de un modo tan confuso con otra parecida que no siempre se puede definir de una manera concreta cual es una y otra.

La persona que estudie biología y filosofía tendrá, indudablemente un claro sentido de la vida. Lo que la segunda tiene de subjetivo se suple con la objetividad de la primera, que demuestra las verdades de la filosofía. Así han surgido las grandes teorías filosóficas basadas en la naturaleza. Ella parece ser un inmenso laboratorio donde se plasman, renuevan y transforman las fuerzas del mundo, compensando y castigando con olímpica fatalidad.

No son razones de moral acomodaticia a creencias determinadas, sino el resultado de leyes biológicas. Muchas veces la moral familiar nos empuja a hacer el bien, pues seremos premiados. Nuestra comprensión exacta de la vida es, acaso, muy limitada, pues no llegamos a descifrar el porqué del mal que se cierne sobre nuestras buenas acciones, justificando la sentencia de aquel moralista francés que decía — con otras palabras — "que nada nos trae tanto mal como el bien que realizamos."

Quien contemple el caso sugerente de la longevidad que alcanzaron nuestros próceres militares, caso en el que hasta ahora, nadie ha parado mientes, lo atribuiría indudablemente a una recompensa ignota, siempre, claro está, que vivir mucho se a considerado como un premio.

Si tomáramos paladinamente un núcleo determinado de guerreros, podríamos demostrar la longevidad a que llegaron, pero el sistema sería, deleznable bien a las claras. Nuestro propósito es tomar el conjunto primordial de nuestras glorias militares al cual hemos agregado algunos de menor significación — y con él sentaremos la afirmación rotunda, de que

salvo contadísimas excepciones, inseparables a toda regla, nuestros próceres de la espada que no murieron en forma trágica, llegaron a una edad provecia.

¿Cuál es la causa de ello?

Si tornamos la vista a la biología, si nos preocupamos de conocer la higiene verdadera, la encontramos. Salimos del dominio de las meras casualidades, de las suposiciones absurdas para caer en el reino de la ciencia.

Las frases de admiración y de consideración que se oyen frecuentemente se pueden sintetizar en

LIED

(De «RIMAS DE DOLOR y ENSUEÑO», libro de próxima publicación)

Una mezcla es la existencia
A la vez dulce y amarga,
Y sus dones al acaso
Entre los seres derrama.

Dichoso del que en sus mieles
La sed recóndita apaga.
A mí el acibar ¡ay, triste!
Háame envenenado el alma.

Antonio Burich.

esta: "Esos hombres realizando marchas enormes a través de llanuras interminables, de selvas casi impenetrables y de montañas altísimas, soportando hambre y frío y todos los elementos desencadenados!..." Sin embargo, estas exclamaciones tienen un significado menos absoluto.

Sufrieron, soportaron penurias, pero esa vida a plena naturaleza salvaje, les formó un temple de hierro. Nietzsche lo dijo: "En la

batalla de la vida lo que no nos mata, nos hace más fuertes."

Mientras ellos, cumpliendo con su deber, realizaban la magna gesta de la independencia argentina, tostando sus rostros ante los soles del subtrópico, arrojando las ventiscas y las nieves de la cordillera, galopando leguas y leguas sobre los llanos — en viajes que hoy llenan de asombro a los que lo hacen cómodamente en vagón — alcanzaron los ochenta y aun los noventa años, otros seres, llenos de cuidados, de platos selectos y mullidas butacas, en una vida "fácil", de holganza, de burocracia o de salones sociales, temblando a la menor corriente de aire, o encogidos timoratamente frente al fuego del hogar, anemizan sus existencias como plantas de invernáculo, sin savia, sin luz, sin vida casi, llegando muchas veces, a vivir apenas la mitad.

Estos hombres que al decir de muchos, dormían hasta sobre el

caballo, en campamentos improvisados, azotados por los vientos, sin otro amparo nocturno que el cielo estrellado y sin otro alimento en muchas ocasiones, que un trozo de carne cruda, realizaron, empero, el sortilegio de llegar a la ancianidad con la fortaleza de los árboles seculares.

La naturaleza plena, el aire puro, el sol, realizaron la obra; esos hombres endurecidos por los agen-

EXTRAÑAS ETIQUETAS

Hace años era permitido, y aun exigido por la etiqueta, que todo el visitante que obtenía una audiencia del sultán de Turquía lo cogiese y besase la mano. Pero los anarquistas aprovecharon el privilegio para que en ocasión memorable un emisario traidor clavase un puñal en el corazón de su soberano, y desde entonces quedó prohibida dicha demostración de afecto y respeto.

Notable es también la regla de etiqueta que desde hace muchos años existe en la corte de Siam, según la cual nadie puede dormir en un aposento más elevado que aquel que ocupa el monarca. Una falta deliberada de esta regla ha sido muchas veces pagada con la muerte, y cuando el potentado siamés fué a Europa y estuvo en París, quedáronse consternados los personajes del séquito al ver que en el edificio en que se alojaban habían dispuesto dormitorios encima de las habitaciones del rey. Pero todo quedó arreglado cuando los escrupulosos cortesanos explicaron al aposentador la falta de respeto en que incurrían si se albergaban en lugar más alto que su señor.

En la familia de los Marlborough es costumbre tradicional que el duque regale un perro faldero a la duquesa que entra por vez primera en el palacio de Blenheim, como señora y consorte del aristócrata. Tan curiosa costumbre tiene por objeto conmemorar que durante la batalla de Blenheim, un perro de esta casta no se separó de los talones del gran duque hasta que la victoria quedó asegurada.

El Caloragua "LONGVIE"

proporciona

AGUA CALIENTE

BARATA AUTOMATICA Y PERMANENTE

VISITE LA

Exposición Longvie

TUCUMAN 727

tes físicos, permanecieron insensibles al paso de los años.

Son ellos, una muda y elocuente lección de los tiempos y de los hechos, ante los jóvenes anemizados por los vicios, los placeres y la vida artificiosa de la ciudad.

Algunas personas han de observar a estos razonamientos que el hecho de que esos militares alcanzaran edades avanzadas, era más bien un indicio de la época, y que, también los civiles — próceres o no — llegaron a frisar setenta o noventa años. En esa observación habría buena parte de razón, puesto que a la vejez propendían en aquella época lo sencillo y patriarcal de las costumbres, la falta de grandes ciudades de vida multiforme y atareada, y otras causas, pero el objeto primordial de nuestro trabajo es demostrar la influencia enorme que esa vida fuerte, al aire libre tiene en la salud, hasta el punto de neutralizar los efectos de las penurias y privaciones inherentes a esas campañas y las que, las gentes vulgares ven como terribles, comparándolas con la existencia de la ciudad.

Pero, aparte de estas consideraciones, hemos de decir que salvo tal o cual dolencia adquirida en esa vida ruda, la fortaleza de aquellos guerreros fué generalmente superior a la de los próceres civiles.

Y ahora, auxiliados por la innegable exactitud de los guarismos, remitámonos a las biografías de nuestros próceres militares y en ellas encontraremos los datos sugerentes de las extraordinarias edades que alcanzaron en medio de su borrascosa carrera de las armas.

En la siguiente lista se hallan dichas edades: (1)

San Martín	72 años
Bolgrano	50 "
Mitre (2)	84 "
Pueyrredón	74 "
Urquiza	70 "
Las Heras	86 "
Roca	71 "
Alvear	66 "
Balcarce	42 "
Brown	80 "
Zapiola	93 "
Mansilla	81 "
Azcúenaga	79 "
Guido (Tomás)	83 "
Alvarado	80 "
Viamonte	69 "
Rondeau	72 "
Saavedra	69 "
La Madrid	62 "
Paz	68 "
Martín Rodríguez	74 "
Necochea	57 "

Arenales	60 años
Escalada Manuel de	76 "
Espejo	88 "
Pedernera	87 "
Ocampo	69 "
Soler	66 "
Gelly y Obes	89 "
Deheza	81 "
Frías Eustoquio	90 "
Seguí Francisco	83 "
Etc.	

En la presente lista, sólo inadvertidamente habremos pasado por alto a algunos prohombres militares de primera fila, pero fuere lo que fuere, para nuestros objetivos sería lo mismo, pues encontraríamos en ellos la longevidad a que aludimos. Entre los últimos incluidos para demostrar nuestro aserto, encontramos las largas edades, que no haríamos otra cosa que ratificar si prolongáramos la lista. Vemos por ella que, excepción hecha de Belgrano que sólo vivió cincuenta años, Balcarce cuarenta y dos y Necochea cincuenta y siete, los demás generales alcanzaron 60 o más, o sea la edad en que, según la mayor parte de los fisiólogos, se inicia la vejez. Así también vemos que, entre los treinta y dos hombres de espada, argentinos, que mencionamos, entre los cuales figuran los más caracterizados, ocho exceden los setenta años, once alcanzan a ochenta o más y dos llegan a los noventa.

De la lista precedente hemos excluido tres nombres importantes, los de Lavalle, Dorrego y Güemes que no alcanzaron larga edad, por haber muerto trágicamente. Incluímos el nombre de Urquiza que, aunque murió asesinado alcanzó a ser septuagenario. Asimismo no consignamos a Sarmiento, por no ser destacada su actuación militar. (3)

Los próceres de nuestra nacionalidad, pues, al par que templa-

ron sus cuerpos y sus almas bajo todas las fuerzas de la naturaleza, dieron libertad a la tierra que les vio nacer y alcanzaron una vejez ejemplar y vigorosa, para orgullo y guía de las generaciones argentinas venideras.

(1) Datos calculados de las biografías contenidas en el Nuevo Diccionario Geográfico Histórico de la República Argentina, por J. Marrazzo.

(2) Según cuenta uno de sus biógrafos, Mitre fué un niño débil que halló el comienzo del fortalecimiento de su organismo, en la vida ruda de estancia que hizo a los trece años en el establecimiento de campo del Rincón de López, bajo la dirección de Gervasio Rosas, hermano del tirano.

(3) Como es lógico suponer, la sombría personalidad de Rosas no figura en esta lista, a pesar de que alcanzó ochenta y cuatro años de edad; si bien intervino poco en campañas militares, su robustez y longevidad procedieron de su activa vida de hombre de campo. Por ello consideramos errónea la apreciación que formulara cierto comentarista de su muerte que dijo — con otras palabras — que "su amor al campo acortó su vida". Si bien la afección aguda que contrajo trabajando en el jardín a edad tan avanzada y en un clima como el de Inglaterra, le produjo la muerte, es indudable que ese mismo amor a las faenas rurales fué el que le permitió vivir hasta sus años, con una fortaleza tan grande que hizo la admiración de todos, domando potros, una de las ocupaciones más rudas que se conocen, contando el número de décadas suficientes como para que muchos mortales apenas puedan caminar dos kilómetros.

EL DESCONOCIDO

Por Jean Madeline

La ciudad de Rennes quedó envuelta en un niebla tan espesa y consistente, que llegaba a tener casi la solidez de la materia. Cayó la niebla a media tarde, cuando los vecinos estaban fuera de sus casas, en sus negocios, en sus pasatiempos, en sus visitas. La noche se hizo casi repentinamente; una noche viscosa, pegajosa... Mis caballos se encabritaron; luego se detuvieron aterrados. Y los lacayos se apresuraron a encender las luces.

De todos lados se oían gritos de socorro y ruidos de gente que corre. Todos querían volver presuros a sus casas; pero no podían llegar a ellas. Se precipitaban contra las paredes o chocaban entre sí. Hubo quien cayó en el canal y se ahogó. Así pereció el consejero señor Percin.

Los más prudentes desistieron de encontrar el camino de sus casas, y en vez de andar entre tinieblas, corriendo mil peligros, prefirieron estarse quietos, como pegados al suelo... Las calles y plazas parecían así pobladas de numerosas estatuas vivientes. Los

malhechores aprovecharon las tinieblas para desvalijar a los extraviados transeúntes.

La primera autoridad municipal mandó que se encendieran los faroles; pero esta medida tan loable no nos sacó de apuros, porque los faroleros no pudieron cumplirla. Entonces, el señor delegado hizo que salieran antorchas a la calle; pero éstas no produjeron más que desagradables manchas de alquitrán, que no daban ninguna claridad.

Ya os he dicho que mi carretila se había parado, como si se hubiera hundido en un bache. Bajé creyendo que a pie podría deshacerme de aquel enemigo más fácilmente, pero no pude. Intenté volver a mi coche y llamé a mis criados; pero los pícaros me habían abandonado, y tuve que resignarme a aguardar en la obscuridad blanda y húmeda, en medio de una porción de menestrales asustados.

Ignoro cuanto tiempo estuve allí, tiritando quizá un par de horas, hasta que el valor empezó a faltarme y me puse a invocar en alta voz el santo nombre de María.

GRANDEZA DEL PERIODISMO

Cuando tomo en mis manos un periódico; cuando recorro las columnas; cuando considero la diversidad de su material y las riquezas de sus noticias, no puedo menos de sentir un raptó de orgullo por la época en que ha resplandecido el periodismo y a la vez compasión hacia los siglos que no conocieron este portentoso de la inteligencia humana: la creación de las creaciones. ...

Todavía comprendo sociedades sin máquinas de vapor, sin telégrafos, sin las mil maravillas que la industria moderna ha sembrado en la vía triunfal del progreso, ornada de tantos monumentos inmortales; pero no comprendo una sociedad sin ese libro inmenso de la prensa periódica, en la cual se registran por una legión de escritores que debían ser sagrados para los pueblos, vuestras angustias, vuestras vacilaciones, vuestros temores y los grados de perfección que vamos alcanzando en la obra de realización ideal de la justicia a la luz de la tierra.

Yo comprendo hasta la vida monástica, hasta el aislamiento de un hombre que renuncia la dilatación de la inteligencia en la sociedad y la expansión del corazón en la familia para consagrarse a Dios, a la caridad o a la meditación, al ocio si se quiere, en una de esas islas morales que se llaman monasterios.

Pero no comprendo que ese hombre renuncie a leer un periódico, a pensar diariamente con el cerebro de toda la humanidad, a sentir con el corazón de todos los hombres, a mezclar su vida en el océano de la vida humana, viendo correr sobre sus ojos el viento de todas las ideas.

Los antiguos chinos tenían una institución portentosa. Una institución de historiadores. Encerrados en un palacio y circuidos de jardines, se consagraban los historiadores chinos a escribir los hechos diarios con la severa majestad, propia de los jueces del tiempo de los dispensadores de la inmortalidad.

Pues bien, yo digo que los pueblos modernos debían de una manera análoga, honrar a los periodistas.

Importa poco la pasión de partido, sin la cual no comprendería esta obra portentosa que, como todas las obras humanas, ha menester, para moverse, del pavor de una gran pasión.

EMILIO CASTELAR

Entonces fué cuando me ocurrió la milagrosa aventura. Un hombre se me acercó y me dijo:

—¿Cómo! ¿Es usted señora condesa?

—¡Ay, sí! — le contesté. — Pero es usted muy hábil para haberme reconocido.

Pensé que fuera alguna de las personas que habitualmente me rodeaban, sin lo cual no me hubiera reconocido por la voz; pero no conocí yo el timbre de la suya.

—Si la señora condesa me lo permite — prosiguió el desconocido, — la llevaré hasta su hotel.

Me quedé yerta de asombro.

—¿Cómo! — exclamé. — ¿Puede usted guiarme con esta noche infernal?... ¿Acaso es usted el diablo?

El desconocido dejó escapar una risita.

—No tema la señora condesa. Yo me encargo de llevarla hasta la puerta de su casa.

Vacíé un minuto. Pero no tuve valor para rehusar el ofrecimiento maravilloso, ni para permanecer más tiempo en aquella zozobra. Estaba temblorosa, me daban escalofríos y sentía ya un poco de fiebre.

—A fe mía — respondí, — si es usted el diablo, creo que es un demonio que será buen compañero... Los bribones de mis criados me han abandonado... Me confío a usted.

Cogió mi brazo y nos pusimos en marcha.

Ibamos aprisa, en línea recta, sin vacilación alguna. Ni una sola vez tropezamos con una pared ni con obstáculo alguno. Oíamos constantemente a nuestro alrededor los gritos de los extraviados; pero nosotros seguíamos nuestro camino como si nos halláramos en plena luz. Mi acompañante me guiaba suavemente y con toda seguridad. Decíame sencillamente:

"Por aquí, señora... Torzamos hacia la izquierda." Comenzaba a creer en un milagro.

De pronto murmuré:

—¿Dónde estamos, santo Dios?

Mi guía contestó:

—En mitad del Puente Nuevo.

Yo exclamé:

—¿Pero ve usted, por ventura?

Volvía a oír su ligera risita, y quedé perpleja y ansiosa. Empezaba a espantarme aquel hombre misterioso, cuyos ojos atravesaban la niebla y veían cuando todo se hallaba sumergido en las tinieblas. Pero mi terror aumentó cuando me dijo:

—Por los gritos de la gente he comprendido que había niebla. ¿Pero es verdaderamente tan intensa que apenas permita andar?

—¿Cómo! ¿Usted no la percibe?

—No, señora — me respondió.

Cref desvanecerme. ¿Quién era aquel hombre que se hallaba "fuera de la niebla"? ¿De qué aislamiento maravilloso se hallaba rodeado?

Seguíamos andando. Yo había perdido el habla. Estaba persuadida de que me hallaba en poder de una potestad infernal que me conducía a su antro y no podía resistirme a seguirlo.

Me dejaba llevar. Encomendé mi alma a Dios, y cuando estaba a punto de desmayarme mi diablo me dijo con la voz más respetuosa del mundo:

—Señora condesa, ya ha llegado usted. Esta es la fachada de su hotel.

Hice un esfuerzo para ver, y vi en efecto, las luces familiares de la casa y oí la voz de una de mis criadas.

Mi angustia se disipó, pero no mi asombro. Y dije a mi extraordinario guía:

—Caballero, le doy mil gracias por su obra. Pero, en nombre del cielo, ¿quién es usted?

El desconocido me respondió:

Soy César Gerard, el ciego.

JUAN BONO

Por Apréndis de Liter

Serafín con halo.

Manso, confiado, amoroso en las acciones, dulce en el hablar, Juan Bono inspira lástima y algo de risa.

No es su traje, de corte impecable, lo que mueve a burla, ni el fino orlón que cubre sus rubios cabellos.

Pero que hable Juan, y casi balbucea. Que camine, y son saltitos de pato asustado los pasos que da.

Buey de carreta.

Cuando es preciso realizar un trabajo penoso o misión difícil, Juan Bono debe hacerlo.

No se queja jamás. Une a su bondad una paciencia y tenacidad admirable.

Empresa confiada a sus manos, obra hecha. Estos títulos no rectifican la mala opinión que sobre él se tiene. Precisamente su solicitud se juzga tontería; y su paciencia, característica de buey de carreta.

Los ángeles aman.

"God is love." Y sus servidores siguen el precepto. Las brisas del mar, los largos paseos por la playa y Totita Lalor han cooperado al fausto hecho: Juan Bono ama.

Parece extraño que una persona de sus merecimientos morales se haya fijado en Totita. Esta pasa por ser la niña más boba que existe en el balneario.

Cuéntase que en una boda, de puro distraída, se vistió de novia, y antes que la verdadera llegase, forcejaba con el novio en un salón retirado para conducirlo ante el sacerdote. Y como es robusta, estuvo a punto de lograr su propósito.

Padece también de sonambulismo y con frecuencia se queda dormida frente a la ruleta del Club.

La alteración de su personalidad se manifiesta en el hecho de creerse jugadora gananciosa. Y en tal carácter recoge el dinero que halla sobre la mesa.

Estas modificaciones de su "yo" producen resultados perniciosos, pero realiza sus actos con el mayor sigilo. Y la enferma, irresponsable al fin, substrahe con frecuencia, copiosas sumas.

Ni por esas.

Juan Bono extremó su bondad en su trato con Totita. No obstante, sufría la indiferencia de la joven.

Y Juan estaba triste.

Su enorme corpachón de gigante rubio era una caja de "papier maché" con un muñeco llorón adentro.

Ayer tarde inquirió a Totita el motivo de su desinterés hacia él.

Caminó de rodillas. Suplicó. Todo fué en vano. Totita Lalor, con aire compungido le dijo:

—Eres demasiado bueno para que te quiera.

Medicinas.

Juan Bono se hallaba inusualmente alegre y tranquilo. A semejanza de activísimas y eficaces pocimas así habían obrado en él las advertencias de Roberto Lalor. Roberto, hermano de Totita,

El ángel se transformó en un demonio. El buey de carreta en toro de feria. El manso corderillo en hiena hambrienta.

Bien pronto fué respetado en el balneario.

Nadie osó burlarse de su persona, si durante el paseo por la rambla un amigo llamaba a otro: "¡Juan!", cundía el pánico. Creer que estaba Juan Bono allí habría resultado malo para todos los transeúntes.

Las autoridades siempre enviaban tras él hábiles sabuesos, que lo seguían a prudente distancia para evitar incidentes molestos.

De boca en boca corrían las hazañas de Juan Bono.

Alguien le había visto luchar con una ballena y dominarla. Otros le sorprendieron derribando

DANZAS DE ORIENTE

Como los indios, algunos pueblos del archipiélago malayo — Siam, Java y Bali — son muy aficionados a la danza y la música.

"En mis recientes correrías a través de la Malasia — dice un viajero británico que oculta su nombre tras las iniciales de W. R. F. — presencié la representación del famoso bailable Wayang Wong, de Java, en un teatro de Djokjakarta.

El teatro era una barraca hecha de maderos y esteras, con un escenario erigido sobre una plataforma de postes de bambú. Solo y escena eran de una gracia pintoresca inenarrable.

Primero salieron al escenario unas cuantas mujeres y empezaron a evolucionar graciosamente a su alrededor. Vestían trajes de brillantes colores, y había entre ellas viejas y jóvenes, horriblemente feas y pasablemente bonitas.

Cantaba una, después otra, después otra... Una vez que había cantado la última, repetían todas, a coro, la misma canción. Era un canto monótono y triste, y díjase que salía de sus gargantas después de un esfuerzo sobrehumano.

Decididamente, sus vestidos eran mucho más alegres que sus voces y sus cantos, y mucho más que éstos, los movimientos y las actitudes de las danzarinas.

Aún no entendiendo una palabra de lo que decían, me encantaba el gracioso espectáculo de sus evoluciones y la deliciosa manera con que se recogían la cola de sus vestidos.

No menos interesante era el trabajo de sus manos y hasta de sus dedos. Cada simple movimiento expresaba un pasaje de la historia que representaban.

Pero, ¡ay!, para mí, su lenguaje mímico era tan incomprensible como la letra de sus canciones.

Lo que más me maravillaba era la flexibilidad increíble del cuerpo de las danzarinas, y más aún, la simplicidad con que realizaban las contorsiones más absurdas, con lo que conseguían dar una sensación de facilidad, de que todo se lograba sin el menor esfuerzo.

Por la noche representaron una danza "adaptada" de un pasaje de "Mahabahrata". Empezó hacia las ocho, y al amanecer, cuando yo abandonaba el teatro, aun continuaban público y danzarinas con el mismo ardor y el mismo entusiasmo que al principio de la representación.

En Bali, la pequeña isla al este de Java, presencié una representación de danza balinesa. ¡Os aseguro que no he visto cosa igual en todo el Oriente! Pero hablo en serio. Isadora Duncan y Genée hubieran llorado de emoción contemplándolo. Anna Pavlova encantaría a los pueblos de Occidente reproduciendo aquella danza y aquella "manera", tan graciosas, tan delicadas, tan indescribibles...

Hay que proclamarlo. La "Leggong", la danza de Bali, es toda una obra maestra capaz de hacer vibrar a las personas más indiferentes. Las "estrellas" eran dos muchachas, no mayores de diez años. No hice más que verlas y las proclamé: "Las hermanas Dolly, de Bali".

profesaba gran cariño al amante infortunado que era Juan.

En ciertas ocasiones los familiares resultan elementos de gran fuerza y Roberto había dicho con aire doctoral:

—El amor es una conquista. Las conquistas se han hecho a base de ingenio, decisión y energía. Nada de ilusiones dignas de serafinos y arrumacos sentimentales. Como conquistador hay que obrar.

Juan Bono decidió poner en práctica los sapientísimos consejos que había recibido.

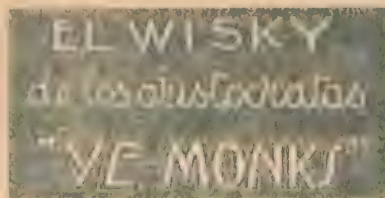
diez hombres sucesivamente.

Estas y otras hazañas prestigian su fama.

Inconveniencia de lo extraordinario.

Pasaron tres meses. Roberto Lalor juzgó que los hechos nada comunes que había realizado su amigo lo capacitaban para dirigirse nuevamente a Totita.

Juan Bono, lejos ahora de su desmañado "yo" de otrora, meditó antes de obrar.



Para impresionarla con iteligontes golpes de efecto, el día que concurrió a su casa no utilizó la puerta de la misma, sino el tejado.

Trepó ágilmente sosteniendo un hacha en su diestra. Golpeó las tejas, se descolgó en la habitación de la joven. "La impresionaré" — pensaba. Juan obraba fieramente, mas en su interior sentíase feliz.

Se creía un león que iba a disponer de su presa. Y la conciencia de su fortaleza le infundía una alegría serena.

La entrevista fué breve. Totita dormía y despertó dando golpes y gritando. Juan, sereno, dispuesto a lo imposible, la levantó por encima de su cabeza y amenazó arrojarla si no "guardaba juicio". Luego le exigió la promesa de que sería amado. Volvió a insistir. Totita desfallecía, rodeada por dos potentes masas musculares. No obstante, el gigante la asía con suavidad, temiendo dañarla.

Por su imaginación pasaban veloces sus tímideces de meses atrás. Confrontábalas con el presente y los músculos de Juan Bono se dilataban y perfilaban semejando unos macizos de granito.

—¿Me quieres? ¿Me querrás ahora? — preguntaba Juan anhelante.

Totita se estremecía. Balbuceando por efecto del terror, expresó: —Eres de—ma—sla—do malo pa—ra que te quie—ra.

Juan sintió sobre sus hombros robustos el peso de la cúpula de San Pedro. No se inmutó. Había aprendido a ser digno y altivo.

Totita Lalor, mientras languidecía en sus brazos pudo escuchar:

"Soy un hombre extraordinariamente grande para ser mediocre."

El gigante besó a la joven; finalmente, como se besa a un niño, con tanta dulzura como se besa a una flor.

Y la faz demudada, enhiesta la cabeza, miraba en el cielo raso, imaginario coro de angelitos...

Los pastorcillos

Con este nombre se conoció una secta fanática que en el siglo XIII fundó un apóstol cisterciense, de nacionalidad húngara, con ocasión de haber caído prisionero de los sarracenos San Luis, rey de Francia.

Jacob predicó que había tenido revelación del cielo de que los pastores estaban destinados a liberar al monarca, y logró que le siguieran multitud de aquéllos. Los excesos que cometían los pastorcillos, en su mayoría vagabundos, despertó el recelo de las gentes, que se pusieron abiertamente en contra, cuando aquéllos predicaron la desobediencia al Papa y desacataron las órdenes de las autoridades eclesásticas.

Entonces fueron excomulgados, y Jacob, muerto de un hachazo, y sus adeptos, exterminados por completo.

Otra vez la obsesión del oro.

Alaska, tierra henchida de porvenir

Cuando los Estados Unidos de América del Norte publicaron en 1821 la pragmática prohibiendo, bajo las más severas penas, a toda persona o sociedad particular la busca del noble metal en la Costa de Alaska, sin autorización previa del Estado, pareció que iba a desaparecer un tipo romántico especial del siglo XIX, una de las más notables figuras de la literatura de aventuras de dicha época, al parecer hija de la fantasía. La del americano buscador de tesoros.

En aquella pragmática, los beneficios de los hasta entonces descubiertos tesoros de la tierra de Alaska pasaban a ser beneficio de los inspectores del Estado y de las sociedades concesionarias. Donde antes aventureros de todas partes, en crueles combates con las fieras y la naturaleza, fatigosamente con sus picos y azadas trabajaban en busca del oro, la plata y el cobre, se establecieron modernas instalaciones de minería, con máquinas eléctricas de perforar y cavar, y las antiguas cabañas de madera y los antiguos Block-houses de los primitivos buscadores de oro, convirtiéndose en colonias, aldeas y pueblos.

Sin embargo, el primer decenio del siglo XX trajo un inesperado resurgimiento de la salvaje borrachera áurea. Viajeros y exploradores encontraron en el interior de Alaska ricas minas de oro y plata. El estado no podía pensar en llevar hasta ellas la explotación. El intenso frío invernal en el interior de Alaska; la falta de vías de comunicación y la consiguiente dificultad de aprovisionamiento de grandes masas de obreros, hicieron imposible una explotación racionalmente pensando de dichas minas, pues la provisión de todo lo necesario para ello hubiera costado más que lo que la más rica mina pudiera dar de sí, según el criterio del Estado Norteamericano.

Por estas razones decidió dicho Estado — con cierta cautela, sin embargo — conceder la libre explotación privada de estas minas del interior, como primitivamente lo fueran las de la costa en otro tiempo. Con este motivo se precipitó hacia ellas una enorme corriente de aventureros hambrientos de oro; muchos de los cuales tenían sobradas razones para cambiar de Patria por tan inhospita-

laria y mal poblada tierra. Muchos de estos buscadores de oro hallaron en los desiertos de hielo y en los bosques vírgenes de Alaska un fin desastroso; pero los supervivientes llegaron a establecer las bases de nuevas ciudades y nuevas viviendas, hoy todavía rudimentarias, aisladas del resto del mundo, formando tan sólo nominalmente parte de los Estados Unidos de América.

Hace pocos meses se volvió a correr por el mundo la noticia del hallazgo de nuevas minas del precioso metal, y otra vez acudieron a ella centenares de individuos atraídos por la noticia. La inmensa riqueza de Alaska hace de aquel país una de las más poderosas tierras del porvenir, capaz

grandes bosques de pinos y abetos que se extienden al través de todo el territorio, y una de las clases de madera más apreciada, el cedro, tiene en Alaska su patria. Su riqueza en animales de piel estimadísima en el comercio, si bien muy diezmos por el cada vez mayor número de cacerías, promete todavía la adquisición de inmensos tesoros. Nutrias, castores, zorras plateadas y de cruz, osos pardos y negros, martas y almizcleros pueblan los bosques vírgenes y las planicies de Alaska... Poco más o menos, una tercera parte de la total producción de ricas pieles del mundo, procede de allí, importantes ríos, abundantes en pescados, como el stikine, el takuy, el chilkatno, son utilizados

nieve descollarán las chimeneas de la moderna industria, y por ellas circularán resoplando los colosos de hierro de los ferrocarriles americanos.

LO QUE NO ROBAN LOS LADRONES

En 1894, una señora perdió su anillo en las minas de Chopping-ton, y tres años más tarde lo encontró una hija de quien lo perdió dentro de una patata preparada para la comida de la familia.

Una señora de Glasgow perdió su anillo de bodas en la isla de Arrán; doce meses después, en una subsiguiente visita al mismo lugar, una criada de la granja, que se hallaba aplastando patatas cocidas para los cerdos, encontró el anillo dentro de uno de los tubérculos.

Un hijo del jefe de las jaurías de la casa de Holderness perdió su reloj mientras se encontraba cazando en un sembrado de nabos; meses más tarde fué encontrado en el mismo terreno, que en el intervalo había sido arado, rastrellado y sembrado.

En un lago helado, donde se patinaba, en Huntingdon, se encontró un reloj de plata metido dentro de un trozo de hielo.

Una dama de Glasgow perdió un valioso diamante en una tienda; un par de meses más tarde se encontró el diamante embutido en el tacón de un zapato de la hermana de la señora, quien la había acompañado a la tienda. Durante ese lapso de tiempo el zapato había conducido a su poseedora por toda clase de caminos, sin que la piedra sufriera el menor daño.

Mientras efectuaba un paseo en coche, un caballero de Clapham perdió un brillante valuado en 65 libras esterlinas. Ocho semanas después, el cochero de un médico de la localidad lo encontró metido en un trozo de barro que había sido arrojado por el vehículo al rodar.

Una sortija que se le cayera a una señora mientras daba de comer a unos cisnes en un estanque fué encontrada al cabo de siete años por un chico que trataba de averiguar con un bastón la profundidad del estanque, y que la recogió con el extremo del instrumento.

Una dama dejó caer un broche de brillantes, valuado en varios cientos de libras, desde la borda de un yate que se encontraba en la rada de Dover. Le fué devuelto algunos días después por un marinero que, pescando ostras, extrajo la joya desde el lecho del mar.

El gorrión del galeote

Es un suceso que me contó Ives, una noche que arribó al puerto, llevando en su cañonero una legión de condenados a la deportación de Nueva Caledonia. Entre ellos se encontraba un forzado viejo, de setenta años lo menos, que viajaba en compañía de un pajarillo preso en su jaula. Ives, por pasarla mejor, había entrado en conversación con aquel bandolero de caminos, detenido por sexta o séptima vez y que decía:

—Cómo no robar cuando ya se ha hecho en otra ocasión, cuando no se tiene oficio, cuando se es, en fin, despreciado? Es fuerza comer, no obstante mi última cadena fué por un saco de papas que hurté en una camión. ¿No se pudiera haberme dejado morir en Francia, tan viejo como estoy?

Y muy contento por ver que lo escuchaba Ives, con atención, le enseñó a seguirlo toda su fortuna: la jaula y el gorrión domesticado, que conocía la voz del viejo, y que había vivido un año con él, en la cárcel... ¡Ay! qué trabajo le costó el permiso para llevarlo al destierro!

Al llegar aquí, me acuerdo de la frase textual de Ives: ¡pobre gorrión! Comía en su jaula un pedazo de ese pan moreno que se da en las prisiones; y parecía estar contento, a pesar de todo, saltando siempre alegre y ágil.

Algunas horas después, cuando los deportados se iban a embarcar para el gran viaje, Ives pasó por allí, vió de nuevo al viejo y éste le dijo: —Tómalo — y le extendió la jaula, — os podrá servir de algo.

—No, gracias — contestó Ives — llevado, será vuestro compañero allí. — ¡Oh! — contestó el viejo — ya no está aquí... Y dos lágrimas de indecible dolor corrieron por sus mejillas. En los vaivenes de la travesía, la puerta de la jaula se había abierto: el pájaro asustado, quiso por un momento volar y cayó al mar a causa de sus alas cortadas.

¡Qué angustia tan horrible! Ver al gorriónillo debatirse y morir arrastrado por el oleaje, sin poder hacer nada por él. Al principio, dieron ganas al viejo de gritar, de pedir auxilio a Ives, implorar, suplicar... Pero se detuvo, reflexionando en su degradación personal: un miserable como él, no podía interesar a nadie. ¿Acaso hubiera detenido el barco para recoger a un gorrión que se ahoga... ¡y de un galeote! ¡Qué absurdo! Y entonces guardó silencio, viendo alejarse sobre la espuma del mar, el cuerpecito gris que se debatía siempre. ¡Oh! ya se sentía horriblemente solo! y gruesas lágrimas de desesperación solitaria y suprema le nublaban la vista, mientras su joven compañero reía de su dolor.

¡Pobre galeote, solo en el mundo, el ave más bella del Paraíso no habría reemplazado al humilde gorrión que supo despertar en el fondo de su endurecido corazón las exquisitas ternuras de llanto.

Y ahora que el avecilla no vivía, no quiso guardar la jaula construido con tanta solicitud para el muortecito, y se la regalaba al marino que había querido escuchar su historia, como un legado valioso, antes de partir para su largo y último viaje.

PIERRE LOTI.

de realizar los ideales y las esperanzas de los pobladores tanto del antiguo como del nuevo mundo, afligidos por las necesidades y escaseces de la civilización.

Alaska será dentro de poco tiempo, cuando se haya completado la red de vías de comunicación, uno de los países más ricos y dignos de visitarse del mundo. Aparte de sus minas de plata, oro y cobre y de los grandes yacimientos de hierro y carbón, posee enormes riquezas en madera;

aun con su "carbón blanco", a pesar de no ser su importancia en este sentido menor que la de los más poderosos ríos del interior de Norteamérica.

En donde hoy todavía viven los europeos en diseminadas chozas y blockhouses, mezclados con las cuevas de piedra de los naturales, probablemente dentro de pocas decenas de años se levantarán grandes ciudades en enormes rascacielos, y en las hoy enormes superficies de tierras cubiertas de

FRAY MOCHO

SE PUBLICA LOS MARTES

Oficinas: BOLIVAR, 879

Buenos Aires

De 9 a 12 y de 14 a 18

U. T. 428, B. Orden

Sábados: de 9 a 12

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

En la Capital	En el Interior	En el exterior
Trimestre. . . \$ 2.50	Trimestre. . . \$ 3.00	Trimestre \$ oro 3.00
Semestre. . . . 5.00	Semestre. . . . 6.00	Semestre. . . . 4.00
Año. 9.00	Año. 11.00	Año. 9.00
N.º suelto. . . 20 cts.	N.º suelto. . . 25 cts.	
N.º atrasado. 40 "	N.º atrasado. 50 "	

No se devuelven los originales ni se pagan las colaboraciones no solicitadas por la Dirección, aunque se publiquen. Los repórters, fotógrafos, corredores, cobradores y agentes viajeros, están provistos de una credencial de esta revista.

Encuadernación de ejemplares

	En cuero	En tela
Encuadernación en formato grande. cada tomo	\$ 12.—	3 70
" " " chico. " " "	8.—	3.—
Tapas sueltas " " grande. " " "	9.—	2.—
" " " chico. " " "	6.—	1.50

NOTICIAS DEL CINE

"ROMOLA" POR LILIAN GISH

La tierna y delicadísima imagen de Lilian Gish está grabada en el recuerdo de todos, desde su primera aparición en la pantalla. No son, estas características de su temperamento de artista que la han singularizado tan bellamente, lo que necesita ser destacado, sino su innegable talento de intérprete.

En efecto: Lilian Gish se ha dado cuenta de que aquellas condiciones, podían caer en el sentimentalismo fácil y vulgar. Para evitarlo se ha esforzado en elegir asuntos que, por su calor de humanidad y por su nivel artístico, ennobleceran sus cualidades personales.

Así, entre sus últimos trabajos, realizó "La Monjita" que constituyó, como se sabe, uno de los éxitos más grandes del cinematógrafo en nuestro país y "ROMOLA" que la casa Max Glucksmann estrenará en breve.

En "ROMOLA", Lilian Gish ha tenido uno de los mayores aciertos de su carrera artística, no sólo por la elección del personaje, que no podía estar más adecuado a su figura y a su temperamento, sino por la calidad de su interpretación. Lilian Gish llega a lo más hondo de la emoción en el drama de esta heroína, con la máxima sobriedad.

En efecto: ni un gesto, ni una actitud, ni siquiera un ligero visaje de su finísimo rostro, que esté demás en la expresión infinitamente matizada de los estados de ánimo de ese personaje.

Lilian Gish, para decirlo en una palabra, por la comprensión del carácter de su heroína, por la belleza emotiva con que lo exterioriza, reafirma y supera sus prestigios de artista.

En contraste con ella, todo recogimiento, todo espiritualidad, aparece en la película Dorothy Gish, la hermosísima, vivaracha y graciosa hermana de Lilian.

Esta última, es la hija de un sabio florentino, aquélla es la hija de una verdulera. Ambas son en ganadas por un apuesto galán, aventurero audaz y ambicioso que aspira llegar al gobierno de Florencia, mediante sus maquiavélicas intrigas.

Esta película ha sido dirigida por Henry King, el ya célebre director de "La Monjita" y se filmó en Italia, en la misma Florencia, y en otras ciudades y lugares que indica la novela de George Elliot, en la que, como se sabe, está inspirada la película.

La vida florentina en aquella gloriosa época del Renacimiento, que se llamó "la edad de oro de Florencia", tan esplendorosa, magnífica, y las escenas populares provocadas por las prédicas del austero monje Savonarola, que termina su vida en la hoguera, han dado oportunidad para realizar una de las reconstrucciones más perfectas del pasado que haya ofrecido el cinematógrafo mundial, como lo atestiguaron, según se ha

hecho público, los más eminentes hombres de Europa: eruditos, escritores, historiadores, artistas, etc.

Con Lilian Gish, trabajan en esta película, además de Dorothy Gish, Ronald Colman, William H. Power, Buenaventuran Ibañez, Franck Puglia, Charles Lane y otros artistas de prestigio.

ALGUNAS OPINIONES SOBRE "ROMOLA"

Como la autoridad, de quienes las emiten, no pueden ser sospechadas de parcialidad, transcribimos a continuación el juicio que ha merecido "ROMOLA", película basada en la célebre novela de George Elliot, la famosa novelista inglesa del pasado siglo, dirigida por Henry King, el "metteur-en-scene" de "LA MONJITA" e interpretada por Lilian Gish, Dorothy Gish, Ronald Colman, William H. Powell y varios artistas europeos en los principales papeles.

De Santiago Alba, exministro de Bellas Artes de España:

"Con mucho placer expreso mis congratulaciones por el film "ROMOLA", una de las producciones cinematográficas que más me han agradado. Es una página del más delicado arte, como es muy poco frecuente hallarla en otros films. No dudo que será aplaudida en el mundo entero.

De Fernin Gémier, el célebre actor y director del Odeón de París:

Pienso que "ROMOLA" es admirable. La reconstrucción de la edad de oro de Florencia, me ha proporcionado una de las mayores sorpresas de mi vida. Es este el glorioso momento de una época que todo verdadero artista ama apasionadamente y que hubiera deseado vivir. Espero con impaciencia que el film "ROMOLA", sea exhibido entre el público francés.

De Giovanni Poggi, director de la Galería degli Uffici:

En "ROMOLA" se reproducen exactamente los aspectos de la Florencia del siglo XV, las costumbres, los usos, todo ha sido estudiado minuciosamente y con el mayor cuidado y respeto.

De P. Bonnard, el afamado pintor Francés:

Estoy satisfecho de haber visto "ROMOLA". Hace revivir ante nuestros ojos el pasado glorioso y estimula a los espíritus que siguen un ideal.

De John Barrimore:

Recuerdo a la Duse y también a Sarah Bernhardt, pero por su juego brillante y emocionante obtenido con tanta simplicidad y sinceridad de método, creo que es Lilian Gish una artista americana, que iguala, sino sobrepasa a aquéllas.

AVISOS ESPECIALES

MEDICOS

Dr. Amadeo Natale
Jefe del Servicio del Hospital Pirovano
ENFERMEDADES DE LOS OJOS
Consultas de 14 a 18
SARMIENTO 735 U. T. 7362, Avenida

Dr. Juan E. Carulla
Médico del Hospital Alvear
ATIENDE ESPECIALMENTE
ENFERMEDADES INTERNAS
MEJICO 1360
Horas de consultas: de 2 a 4 p. m.
Unión Telefónica: Libertad, 0819

Dr. Victor Moraschi
OCULISTA
JEFE DE CLÍNICA DEL HOSPITAL
OPTALMOLÓGICO "SANTA LUCÍA"
DE 2 A 4 P. M.
BERNARDO DE IRIGOYEN 257
U. T. 4723, Rivadavia

Dr. Alberto T. Barragan
DENTISTA CIRUJANO
De 14 a 18 SAENZ PEÑA 218
U. T. 38, Mayo 6837

Dr. A. R. Zambrini
Prof. Suplente de la F. de Medicina
Jefe del Servicio de nariz, garganta y
oidos del Hosp. San Roque
VIAMONTE 726 De 2 a 4
Menos los Miércoles

Dr. Jorge I. del Piano
Médico del servicio de garganta, nariz
y oídos del Hospital San Roque
Asistente a la clínica del profesor
Sebileau (París)
Consultas: de 2 a 4 p. m.
LIBERTAD 1375 U. T. 6857, Juncal
BUENOS AIRES

Dr. Alejandro Pintos
MÉDICO CIRUJANO
Ex-Practicante Interno de los Hospita-
les San Roque y de Niños de la Capital
Federal.—Señoras y Partos
Bmó. Mitre 1272 ADRUGUE

Dr. ELOY A. ESCOBAR BAVIO
Médico oficial del Círculo de
La Prensa y Director del Ser-
vicio Médico del Jockey Club.
LAS HERAS 1877
Consultas: de 3 a 5 p. m.
Unión Telef. 5728, Juncal

De Georges Clemenceau:

"Es un trabajo artístico que merece el mayor éxito."

El Ministerio de Agricultura ha instituido la semana del maíz.

El Ministerio de Agricultura con el propósito de provocar mayor consumo de este noble producto de nuestra agricultura, ha instituido la semana del maíz.

Con tal motivo el Ministro ha dispuesto que durante la semana comprendida del 31 de mayo al 6 de junio, se realice una intensa propaganda en toda la república, tendiente a un mayor consumo de este grano en el país, tanto en la alimentación del pueblo, como en la granja, la estancia, y también recordando las aplicaciones industriales del maíz.

Con este fin se editará una serie de folletos de divulgación y aprovechamiento del maíz, en quintas, chacras y estancias, numerosas aplicaciones en la industria, sea aceites, azúcar, almidón, alcohol, etc., y recetas para la preparación de platos alimenticios, pan, tortas, bizcochos, dulces y postres en tal forma que la población urbana y rural utilice el maíz ventajosamente en la economía doméstica.

Al efecto, también los agrónomos y veterinarios, darán ciclos de conferencias, con el propósito de persuadir a los agricultores y ganaderos, de las ventajas que reportará la diversificación en la

producción como igualmente los beneficios que obtendrán transformando el maíz en carne, no sólo en el engorde de los vacunos y ovinos, sino muy especialmente en la de cerdos y aves en general.

También se insinuarán normas para una mejor organización en las ventas, contribuyéndose con ello a una mejor organización agrícola económica en lo tocante a producción.

Se solicitará, a las escuelas fiscales y nacionales de la Ley Láinez en provincias y territorios su cooperación para el mejor éxito de esta campaña en favor de un mayor consumo de maíz.

En la comunicación que va a ser dirigida a las mencionadas escuelas, se indicará la conveniencia de que cada una pida al vecindario un lechón, para que sus alumnos tomen a cargo, la alimentación de los mismos a base de maíz, como verdadera enseñanza objetiva, para que los niños puedan apreciar el engorde del porcino con ese cereal y la propaganda vaya en ese sentido, de la escuela, a la estancia, chacra, quinta o huerta.

Considerando que todo ello es un deber del Estado el citado departamento espera que esa propaganda que noticiamos redundará en beneficio del productor y a la vez contribuya al convencimiento de las ventajas que se obtendrían si se resolviera la diversificación de sus labores rurales.

En las Escuelas de Agricultura, dependientes del Ministerio se servirá un almuerzo, en cuyo menú se incluirán platos preparados con maíz.

En la Dirección de Economía Rural y Estadística, se están confeccionando gráficos que serán fijados en todos los sitios públicos.

En donde no hay más ley que la fuerza. Los feroces bandidos tibetanos.

Los "goloks" son las más feroces tribus nómadas del Tibet — en la frontera occidental de China — y tienen fama por su amor al bandolerismo, a la vida libérrima y trashumante, al margen de toda convención y de toda ley.

El viajero inglés, doctor Gordon Thompson, ha publicado recientemente un libro, en el que relata sus correrías y aventuras por aquellas apartadas regiones asiáticas.

En una ocasión, hallándose a orillas del río Amarillo, fué capturado por unos bandidos. La superficie del río aparecía en su mayor parte helada. Los "goloks" esperaron a que las aguas se helaran completamente, y entonces transportaron en carros al doctor y a sus acompañantes, a través del inmenso río helado, a la región en que dominan como dueños y señores, cerca del desierto de Ordos.

Ocho días después, con ayuda de un funcionario chino, los prisioneros consiguieron escapar, llegando sanos y salvos, a ditritos fuera ya del libre alcance de los malhechores.

Días después la barcaza que sirve para pasar viajeros de una orilla a otra del Jangtze, cerca de la frontera tibetana y el pueblito a que pertenecía habían sido reducidos a ceniza por los terribles foragidos.

El matrimonio y los alquileres. Un casero inglés echa de su casa a los solteros.

Los periódicos de Londres se ocupan extensamente de los procedimientos que emplea un millonario llamado Mr. Samuel Walbrock, que posee numerosos inmuebles en la aglomeración londinense.

Dicho casero es enemigo encarnizado de los solteros, y ha decidido dedicar su tiempo, su influencia social y su dinero a hacer la propaganda del matrimonio.

El mes pasado compró una casa de varios pisos, y se encontró con que 18 de esos pisos estaban habitados por solteros. Y a todos éstos los ha echado a la calle.

Al mismo tiempo ha despedido de sus otras casas a 300 solteros más.

Ha publicado anuncios en los periódicos en los que dice que sólo alquilará los pisos vacantes a las familias con hijos, porque cree que un soltero no tiene derecho más que a una habitación.

Además, ha rebajado los alquileres y establecido para éstos una escala, según un matrimonio con dos hijos paga un cinco por ciento menos que otro matrimonio con un solo hijo, y así su-

cesivamente, hasta la cifra de siete hijos.

Como varios de los solteros expulsados por este casero original se consideran lesionados en sus intereses, se han reunido y han acordado llevarle a los tribunales y exigirle el pago de daños y perjuicios.

Un redactor del "Daily Mail" ha celebrado una entrevista con mister Walbrock, y ha obtenido de éste las siguientes declaraciones:

"Es completamente cierto que he echado a la calle a 318 solteros, viejos en su mayoría, que habitaban en los pisos de mis innumerables casas.

Sé que esto me traerá disgustos, pero no me importa. Yo considero que todo cónyuge es un egoísta y un cobarde.

Cuando tantas mujeres hay solteras en Inglaterra no se debe permitir que los hombres sanos, de más de veinticinco años renuncien al matrimonio.

Yo estoy casado y vivo feliz.

Y por cierto que, como en Londres no abundan las casas vacías, varios solteros a quienes he expulsado se han casado inmediatamente y han venido a rogarme que les devuelva su antiguo piso, lo que he hecho con mucho gusto. Si todos los caseros procedieran como yo, antes de diez años no habría apenas solteros en Inglaterra."

Los animales en las películas.

Al público agrada siempre la intervención de los animales en las películas, bien como protagonistas o bien, más modestamente, como simples figurantes.

Las películas en las que intervienen como protagonistas son ge-

neralmente filmadas en estudios preparados para ello por verdaderos especialistas.

Con ternura y paciencia se puede conseguir todo o casi todo de los animales. La mayor dificultad estriba en hacerlos vivir juntos sin que se produzcan las más formidables batallas. Y esta dificultad también suele vencerse con facilidad relativa.

En un estudio de Niza vive tranquilamente una pequeña zorra en compañía de una gallina y sus pollitos. No es extraño verla adormecida bajo las alas de su compañera de habitación y hasta abrigando maternalmente a sus hijuelos. En el mismo estudio, un águila convive con unas palomas y un magnífico gato con media docena de ratas y ratones.

Quien haya visto la película "Como entre los hombres", habrá podido asombrarse de la paciencia de M. Alfredo Machin, que logró representar una verdadera comedia interpretada por monos, cerdos, perros, gatos, conejos, gallinas, zorras, palomas...

Dice Alfredo Machin que los que más le dieron que hacer fueron los conejos. En un abrir y cerrar de ojos devoraban sus vestidos, hasta el extremo de que fué necesaria una guardia especial para los roedores durante todo el tiempo que duró la elaboración del film.

Las palomas se dejan amaestrar más fácilmente. En la película que filmaba Max Linder pocos días antes de su muerte, el gracioso artista debía ocupar un pequeño carro tirado por palomas. Aunque el truco no dejaba de ofrecer dificultades, se pudo, al fin, lograr con el mayor éxito.

Evidentemente, los animales de más inteligencia son los monos y los perros. Dos de ellos han llegado a ser célebres en el mundo cinematográfico: el chimpancé "Augusto", perteneciente a Alfredo Machin, y el perro "Ritintin". Es tan grande su comprensión del arte a que el azar le ha dedicado, que basta ensayar una o dos veces una escena para que "Augusto" empiece a actuar, tan seguro de sus facultades como de las indicaciones que le han sido hechas.

Un director de escena ha dicho del simpático chimpancé:

—Me da que hacer mucho menos que algunas actrices...

Su dueño, por su parte, deja en muchas ocasiones que "Augusto" se deje llevar por su libérrima fantasía, de lo que, hasta ahora, no ha tenido aquél que arrepentirse.

En una película "Augusto" debía golpear a un hombre con una botella. Durante los ensayos se hacía uso de una botella de cartón, y el mono daba con ella al pobre artista cada golpe que temblaba el estudio. Llegó el día en que debía ser impresionada la película y dieron a Augusto una botella de cristal muy fina, para que se pudiera romper sin hacer al artista. Pero nuestro amigo Augusto comprendió que el arma que ahora le entregaban era realmente peligrosa, y no hubo forma de obligarle a que se sirviera de ella.

¿Deben fumar las mujeres?

Las muchas controversias que han surgido en los últimos tiempos originadas por las polémicas sostenidas en el seno de varias sociedades acerca de si las mujeres deben o no fumar, tuvieron en Filadelfia un resultado inesperado: un sermón que pronunció el doctor Russell H. Couwel, presidente de la Universidad de Temple y pastor del templo bautista.

El ministro, hablando sobre el mismo tema, vino a dar a una conclusión que, para muchas mujeres, fué lógica y aún justiciera, pero que para la mayoría de los hombres no fué del todo admirable desde el momento que si se lleva a la práctica, tal y como el pastor lo predicó, no tardaremos en ver por las calles a las más hermosas mujercitas ostentando en la diestra un anómalo cigarrillo. Las expresiones más interesantes del sermón pronunciado por el doctor Couwel versaron sobre un principio de igualdad, concediendo razón a la mujer para que en determinadas circunstancias de la vida hiciera uso del tabaco sin que en ello hubiera motivo aparente de disgusto.

"Si la mujer busca el suave deleite del tabaco para arrojar las penas y las tristezas que la vida misera pone en su camino; si la mujer encuentra en ello solaz y consuelo, y ve en el cigarrillo el amigo discreto que limpie siquiera por un momento de contrariedades el horizonte de su existencia, la mujer tiene tanto derecho como el hombre para utilizar el cigarrillo como paliativo a sus penas."

"¿Por qué razón los hombres deben tener el exclusivo derecho de usar de este medio? ¿Por qué motivo el egoísmo de ellos ha de ser inmenso privándolas a ellas, el sexo débil y escudador, de las delicias del tabaco? ¿Por qué

negarles a ellas lo que nosotros buscamos avaramente: de lo que no podemos prescindir de contento, de gozo inocente y de placer discreto?

No, no podemos negar el tabaco a las mujeres si les permitimos a los hombres hacer uso de él. No debemos impedirlo, si nosotros lo acostumbramos, y en muchos casos hasta con exceso. Negárselo a ellas sería una falta imperdonable; sería cometer un grave pecado contra el más rudimentario principio de igualdad y sería pronosticar la bancarrota de la equidad entre las colectividades sociales.

Dejemos fumar a la mujer; permitámosla que encuentre en el cigarrillo las dulces y suaves sensaciones que el hombre encuentra en él, ya que su vida desgraciadamente no está exenta de las tristezas, de las penas y de las contrariedades que turban la tranquilidad de los hombres."

"Por lo demás — concluyó el sacerdote protestante, — debo confesar que yo, en lo personal, no creo en los milagros que opera el tabaco, ni conculgo con la teoría de que el vicio de fumar tiene necesariamente que existir en uno y otro sexo."

"Yo soy refractario a ese vicio y abomino sinceramente de los fumadores..."

Su declaración última, no cabe duda, revela un espíritu ajeno a todo interés, y por lo mismo las damas se valieron de ello para proclamar a todos los vientos que el pastor había estado en lo justo al despojarse por un momento de sus miras personales y predicar colocándose en el terreno de los intereses colectivos.

Si acaso, alguna dama chapada a la antigua murmuraría al salir del templo:

"¿Caray, con este sermón, qué manga más ancha tiene!..."

RENÉ DONAY

El reflejocopiador

Es éste un aparato ingeniosísimo, por medio del cual se puede obtener la copia exacta de la página de un libro, de un manuscrito, etc. Consiste en una hoja de celuloide, preparada, una de sus caras, con una composición especial sensible a la luz. La luz obra sobre la hoja por reflexión.

La luz solar pasa, por decirlo así, tamizada por el papel blanco mate a través del celuloide, y se refleja en los claros del original, que impresionan la cara sensible, mientras que los oscuros, como absorben, total o parcialmente, los rayos de luz, no reflejan ninguna o reflejan en cantidad insuficiente.

Por tanto, en la copia resultan blancos sobre fondo oscuro los negros del original; y mientras más marcada la tinta con que está escrito, más contraste ofrece.

Este aparato se debe al padre Rafael Koegel, benedictino del monasterio de Wessobrunn (Baviera).

La sordera del autor de "Gil Blas"

El autor de "Gil Blas", Le Sage, era sordo como una tapia. No podía oír sino por medio de una trompetilla acústica.

Pero la sordera no le impedía, por otra parte, estar casi siempre de broma.

—He aquí mi bienhechor — solía decir, sacando el aparato del bolsillo. — Yo voy a una reunión; si veo que en ella hay algunas personas agradables e inteligentes hago uso de mi trompetilla. Pero si veo que la mayoría son gentes tontas e indeseables, me la guardo cuidadosamente, diciendo para mí sayo: os desafío a que me pongáis de mal humor.

Los extranjeros clásicos en la Atenas clásica

Los residentes extranjeros, siempre numerosos en Atenas, eran allí atraídos por los placeres y la instrucción, o ya para dedicarse al comercio.

Estos extranjeros no podían poseer allí bienes raíces. Como no formaban parte de la ciudad y tenían que relacionarse con sus miembros, cada uno de aquéllos tenía que escoger, para patrón, un ciudadano que le servía de intermediario en sus negocios y respondía, además, de su conducta.

Cada familia de extranjeros pagaba un impuesto anual de 12 dracmas, reducido a seis cuando el jefe de la familia era una viuda.

Los extranjeros se hallaban, por otra parte, sometidos a las diversas cargas que pesaban sobre los ciudadanos. Estaban obligados a servir en el ejército o en la armada, en el interior o en el exterior, para la defensa de la ciudad.

Podían obtener ciertos privilegios, como la excepción del impuesto, el derecho a recurrir a los tribunales y tratar sus negocios sin intervención del patrón de que antes hicimos mención, el de casarse con una ciudadana ateniense, etc. Los derechos de ciu-

dadanía se concedían por servicios prestados al Estado.

Cuando un extranjero aspiraba a ser nacionalizado, su demanda se veía ante dos asambleas sucesivas. Era preciso que en la segunda fuese sancionada la solicitud por el voto de 6.000 ciudadanos, cuando menos. Caso de que el escrutinio le favoreciera, el decreto concediéndole la admisión (como todos los demás decretos) permanecía expuesto a reclamación durante un año.

El tubo Londres - París

Un proyecto que se renueva. Nuestros lectores recordarán haber oído hablar de él cuando andaban a vueltas con el biberón, si la memoria les es fiel hasta este punto. Trátase de la comunicación entre las dos grandes capitales europeas por medio de un ferrocarril submarino a través del canal de la Mancha. El proyecto

por algún modo, ha de ser a impulsos del gran sentimiento que apostoló el buen Cristo.

El "tren puerco-espín"

¡El "tren puerco-espín"! Tal es el sobrenombre pintoresco que se da en Inglaterra a un convoy de nuevo género lanzado a la circulación sobre la red de la Southern Railway. Se trata de un tren gálbo o calibrador, compuesto de los más recientes modelos de vagones — no experimentados todavía, — el cual va adornado con una especie de collares que sirven precisamente para experimentarlos.

¿Cómo circularán los diversos tipos de vagones al atravesar los túneles, o bajo los puentes y pasarelas, etcétera? Esto es lo que registrará escrupulosamente el mecanismo de que va provisto el tren de ensayo.

ADELGAZAMIENTO

Caminaba melancólicamente por la gran feria anual de la avenida del Mesías, cuando encontré a mi amigo San Haward, al que no había visto desde hace dos años. Apenas si lo reconocí, tan flaco me pareció; ¡él, cuya obesidad era legendaria y le había valido la presidencia del Club de los gordos!

—¡Querido Sam! — exclamé al darme cuenta de quién era.

—¡Dichosos ojos! — me contestó el esqueleto dándome un fuerte abrazo. — Ya veo en tu sorpresa que me encuentras muy cambiado. He empezado a adelgazar desde mi último viaje a Nueva York... Aquí donde me ves he perdido 66 kilos y 400 gramos; a diez dólares el kilo; esto me ha costado 664 dólares, que al cambio actual son 17.264 francos.

Y como yo no saliera de mi asombro, prosiguió:

—Me he dirigido al doctor Sfevad-Bill. Este nombre no te dice nada; pero en Nueva York es famosísimo. Su consulta está siempre abarrotada de enfermos. Es un desfile incesante de hombres gordos y señoras obesas que quieren desprenderse de unos cuantos kilos de carne sobrante.

—Pues al verte, mi pobre Sam, se ve que no ha robado su fama.

—Sí; es un adelgazador de

primer orden. La primera vez que estuve en su casa me recomendó que fuese a verle todas las mañanas a las nueve y treinta y ocho, y todas las tardes a las seis y dos minutos en punto.

—Por cada kilo que pierda usted me dará diez dólares. Por lo demás, las visitas son gratuitas.

—Es extraña esa puntualidad tan excesiva — murmuré.

—No te choques — me contestó mi amigo Sam. — El célebre especialista no puede perder un segundo. Ya te he dicho que los clientes hacen cola en el vestíbulo. Te diré cómo los trata. Entró en el despacho del médico, me estrecha la mano, y mientras me pregunta cómo estoy, me hace subir a una balanza, comprueba la diferencia de peso, la registra automáticamente en un ticket y me confía a su secretario, que me envía a la caja.

Belój en mano, la visita dura un minuto veinticinco segundos.

—¡Fabuloso! — exclamé. — ¡Pero quieres explicarme cómo con un régimen tan sencillo has podido perder tantos kilos en tan poco tiempo?

—Es que me olvidé decirte que el doctor Sfevad-Bill vive en el piso 65 del Fingerbuilding, y que el uso del ascensor está excluido y rigurosamente reservado a los 6.850 inquilinos de la casa.

RENÉ KERDYCK.

nació un día y murió otro, volvió a nacer y murió de nuevo una y veinte veces. Ahora parece que va de veras.

No hace falta ponderar su importancia. La realización de esta gigantesca obra aportaría un poderoso elemento, un factor eficazísimo al ideal generoso de acercamiento de hombres y pueblos que figura en las tablas de la ley de la civilización más humana.

Haciendo fácil la comunicación de los hombres, se facilita su mutuo conocimiento y comprensión. Conocerse es amarse, nos han dicho por modo axiomático. Y la redención humana, si ha de venir

Las puntas del techo, en forma de bayonetas o pararrayos, están numeradas y en contacto, por la parte inferior, con un dispositivo eléctrico en comunicación con un timbre de alarma que suena en el momento en que alguna de las puntas toca en cualquier parte. Los encargados del control se suben entonces sobre el techo y se dan cuenta exacta del defecto denunciado.

El "tren puerco-espín" lleva bajo los ejes paletas de hierro igualmente numeradas y en conexión con timbres de alarma que tienen el mismo objeto que los puestos en contacto con los collares del techo.

La mujer en Norteamérica

En los Estados Unidos, las mujeres casadas tienen derecho a conservar su nacionalidad en virtud de la reforma a la ley federal del sufragio, el voto del "Cable Act", que les concede el derecho de defender su nacionalidad después del casamiento. Esta reforma ha sido secundada por todas las sociedades feministas de importancia nacional, y es causa de esto una de las reformas en que los candidatos a la Presidencia, no importa de qué partido, se encontrarán obligados a hacer figurar en su programa de las últimas elecciones. El acta firmada por el presidente Harding, el 22 de diciembre de 1922, está concebida en estos términos:

1.º Una mujer americana, esposa de un extranjero, no pierde su nacionalidad a menos que:

a) Ella renuncie formalmente, delante de un Tribunal aceptado, a ser ciudadana norteamericana.

b) Si su marido no tiene derecho a ser ciudadano norteamericano.

2.º Una mujer extranjera que se casa con un norteamericano no se hace por esto norteamericana; pero puede adoptar esta nacionalidad naturalizándose en el país. No será necesario que declare su intención, ni que haya habitado en Norteamérica durante cinco años y un año en el territorio o estado donde se hace su demanda. Simplemente bastará con haber habitado un año consecutivo en Estados Unidos o Hawai, Alaska o Puerto Rico, antes de hacer su demanda de naturalización.

3.º Una mujer norteamericana casada con un extranjero antes de la promulgación de esta ley, y que, por consecuencia ha perdido sus derechos de mujer norteamericana, puede ser naturalizada con las mismas ventajas que una extranjera, esposa de un norteamericano, a menos que su marido no tenga derecho de ciudadano.

¿Han existido los dragones chinos?

Se admitía generalmente que el dragón, motivo de decoración característica en el arte chino y que se encuentra reproducido hasta el infinito sobre todo aquello que lleva el sello del milenarismo país, era de origen mitológico. Pero parece que después de descubrimientos realizados hace algún tiempo en las inmensas cavernas de las gargantas de Ichang a Ping-Shan-Pa, parece, repetimos, que los famosos dragones han existido realmente y que la imaginación china no ha hecho más que perpetuar su recuerdo.

Unas excavaciones hechas en las cavernas ha puesto al descubierto una serie de esqueletos de serpientes prehistóricas de 25 a 30 metros de largos, con dos pares de patas muy cortas y que presentan un asombroso parecido con los clásicos dragones decorativos que continuamente figuran en las obras artísticas de Oriente.

EL TEATRO

CRÍTICA-GLOSAS -HUMORISMO-

"LA TIERRA EN ARMAS" DE JUAN CARLOS DAVALOS Y RAMON SERRANO, EN EL ATENEO

No cuenta el teatro poético entre nosotros con cultivadores expertos que obtengan de este género el fruto que puede lograrse desde el punto de vista artístico. Género socorrido, sin duda, ya se trate de la reencarnación de personajes históricos o de la presentación de creaciones puramente imaginativas, ofrece, sin embargo, el inconveniente de la armonización de dos factores pocas veces paralelos: el dominio de la técnica teatral y la ductibilidad del verso. Por esto, el caso más frecuente en este género de trabajo es la falta de uno de estos dos elementos, ya sea que la concepción poética extravíe al autor en la construcción del engranaje escénico o ya que, encadenado por éste, se vea reducido en la expansión lírica de su estro.

En el caso de "La tierra en armas", posiblemente se ha tratado de salvar el obstáculo bipartito a que nos referimos, lográndolo en cuanto a la impresión de conjunto pero a costa del mérito substancial de cada uno de los factores a que aludimos. No creemos que el poeta haya tratado de presentar en esta obra un estudio de la personalidad psicológica del caudillo salteño, sino más bien la expresión de su significado histórico. La intervención de Güemes, no como personaje central del conflicto dramático, sino como trasunto y síntesis de la época y del ambiente, su influencia meramente episódica aunque decisiva desde luego en el desarrollo de la acción y la falta de motivos y rasgos psicológicos en lo que no sea su actuación militar, demuestran que el autor no se ha ceñido a la reproducción escénica de un personaje histórico. Más bien, lo que ha pretendido y logrado es darnos una visión exacta de un momento de la vida nacional, como viene a corroborarlo el mismo título de la obra con la expresiva imagen que encierra.

Dadas las dificultades de una obra de esta índole para contemplar en ella aspectos genuinos y diversos de un período histórico regional, dando a todos ellos una orgánica trabazón que no rompiese la unidad del conjunto, puede decirse que constituye un loable acierto. En cambio, desde el punto de vista poético, son pocos los valores que encierra, por la falta de brillantez y de emotividad del verso, la falta de rima en muchos pasajes y la ausencia casi absoluta de imágenes y de estrofas de armónica musicalidad. El verso es en toda la obra pobre y frío, lo que hace que no lleguen al público con fuerza de emoción las pasiones de los protagonistas.

Camila Quiroga, aunque interpretando con cariño y acierto su papel, no alcanzó a entusiasmar al público, acaso por las mismas deficiencias de la obra. Bohuier, en la encarnación de Güemes, compuso una figura bien meditada, consiguiendo destacarla con éxito. Muy simpática e interesante, resultó la Arneodo en su papel de Mariquita. Muy bien el actor Blanco y correctos los demás.

Merece franco elogio la admirable presentación escénica, por la propiedad con que ha sido vestida la escena y el lujo de detalles desplegado para dar una acabada reconstrucción de época.

EL SÁLPICON DE LA COMEDIA

Dentro de las características en que ha venido encuadrando sus espectáculos la compañía de la Comedia, ha dado a conocer últimamente una nueva producción del mismo género, denominada "Salpicon de piernas", de la que son autores los señores Botta, Osorio y De Bassi.

Han sido reunidos en esta revista, varios cuadros de coreografía, canto, caricatura y recitado, que constituyen un conjunto agradable y ameno con el que se logra divertir al público sin mayores pretensiones.

Se destacan especialmente los títulos: "Cuando me dejarás tranquila", donde se reproduce en acción la letra del conocido tango "Trago Amargo", "El debut de Carlitos", en el que Casaravilla y la Pomar representan los primeros tiros amorosos de un soltero.

te a una mundana; "Las chicas quieren casarse", grupo de novias que exponen sus sueños y desepciones nupciales y otros más en que campea el espíritu travieso que caracteriza este género entre nosotros.

Entre los números de la revista ha sido intercalado — ¡Cuándo no! — el tango "Bendita seas", muy bien cantado por Spaventa.

Los elementos con que cuenta la compañía de la Comedia, incluso las abundantes piernas del salpicon, llenan cumplidamente sus respectivos papeles, logrando imponerse con un éxito muy li-

"PATRIA NUEVA" EN EL NACIONAL

Es innegable que nuestros buenos escritores de teatro, aquellos que tienen conciencia de su responsabilidad en la marcha de la escena nacional, procuran, en estos tiempos batallánicos, desviar la atención del público, encandilada por la obra hueca y espectacular, y reconquistarla para el buen teatro. Con tal finalidad, es visible el esfuerzo de algunos de los más destacados — Martínez Cuitiño, Martínez Payva, Discépolo — por renovar las fórmulas o procedimientos, ofreciendo en nuevos odres vinos viejos, que es en rigor todo lo que puede exigirse en materia de arte teatral.

Con "Patria Nueva", drama en dos actos recientemente estrenado en el Nacional, no puede asegurarse que su autor, don Armando Discépolo, quiera innovar nada; pero es evidente, la inquietud del dramaturgo, que ha planeado mucho en un asunto para que en su desarrollo se desdoblara en dos: uno de orden sentimental, y el otro de carácter técnico. Interesantes los dos, hay que admitir el segundo, por las sugerencias teatrales que contiene, domina y al mismo tiempo sufre el contacto del primero, que en cierto modo estorba su desenvolvimiento. Es así como no es posible seguir con facilidad ambos asuntos, que se diría se disputan la primacía en la obra, y tienden a restarle claridad a la exposición y desenlace.

La lucha entre nativos y extranjeros, quizás fué traída por el autor, dado el lugar en que ubica la acción y en algún momento ha monopolizado la cerebración del dramaturgo, arrancándole frases sentenciosas que dan, a veces, al diálogo, una apariencia tribunicia y tendenciosa. Esta parte de la obra, presiona la emoción del asunto sentimental, muy humano por cierto, y que tendría muchísimo valor, si se deslizará sin obstáculos. Con efecto, la unión conyugal de Ramón y Emilia, aparentemente felices durante muchos años, no fué tal, según vemos al mediar el segundo acto de "Patria Nueva". Ella, como muchas mujeres, ha convivido con el hombre a quien no amaba, pues su corazón fué siempre de Manuel, quien, cuando todos están en el ocaso de la vida, reaparece para revelar el drama íntimo. La situación es bellísima y el autor la ofrece en toda su belleza. Vale un buen diamante.

EN EL MAYO

Nunca, de algunos años a esta parte, se ha visto más poblado el pequeño coliseo de Avenida y Lima. La fortuna de la temporada actual, claro es, debe atribuirse en mucho al actor español Rogelio Juárez, tan estimado por nuestro público, ante el cual ha reaparecido tras largos años de alejamiento por hallarse en España.

Bien es cierto que ya desde el año pasado, en que ocupó este escenario la compañía de Julio Sanjuán, una buena corriente de público reconquistó la sala, gracias al prestigio de dicho comediante.

En estos momentos, al éxito de los últimos estrenos, hay que agregar el del gracioso juguete cómico en tres actos de García Álvarez y J. Abatí, "Clara Luna", que termina de ser ofrecido con aplauso general y al que haremos referencia en otra edición.

"AQUI HACIA FALTA YO", GUSTO EN EL BUENOS AIRES

Don Horacio V. Dutra, autor de algunas piezas de teatro, estrenó con la compañía de Enrique Muñoz una obra

cómica, titulada "Aquí hacia falta yo", que fué amablemente recibida por el público, el que tras la escena final, llamó al autor para que recibiera desde las candelillas, las expresiones de aprobación.

"Aquí hacia falta yo" es una suerte de pochade de relativo interés, sobre todo en el segundo cuadro en que las situaciones se repiten, y pierde entonces fuerza teatral, que en las piezas acentuarse a medida que se desarrolla de este jaez no debe disminuir, sino la acción, y hasta el momento en que el equivoco se aclara y, como consecuencia, termina la obra.

La fábula ideada por el señor Dutra, sin ser sumamente ingeniosa, habría logrado en manos de un autor más experto — el señor Sargentí, por ejemplo — mantener atento y divertido al auditorio, al mismo tiempo, merced a una mejor disposición de las escenas y más claro sentido teatral. Es así como el autor de "Aquí hacia falta yo" no ha sabido, a partir del segundo cuadro, encontrar la forma de sostener el enredo con la aparente naturalidad que tienen las pochades bien construidas, donde la madeja es cada vez más intrincada y no se sabe cómo se aclarará el equivoco.

Empero, justo es reconocer que Dutra logra arrancar en muchos pasajes, la hilaridad y que demuestra aptitudes discretas para el género. Muñoz y sus compañeros de escena, jugaron ágilmente sus roles.

MAÑANA SE REABRIRÁ EL VICTORIA

Según está anunciado, mañana debe presentarse en el escenario del Victoria la compañía dramática española que encabezan los conocidos comediantes señora Mari y José Serrador, quienes de regreso de una gira artística, harán su reaparición poniendo en escena por primera vez "La condesa María", comedia de Juan Ignacio Luca de Tena, escritor español de reconocidos prestigios.

DON PEPE PODESTA

El veterano actor que hace su aparición en Buenos Aires durante el verano, se pasa casi todo el invierno en provincias, al frente de su conjunto criollo que, como se sabe, es especialista en el género autóctono.

Actualmente, don Pepe se encuentra en Paraná, en cuyo teatro 3 de Febrero acaba de presentarse ante una sala repleta, que aplaudió al viejo comediante y a sus huéspedes denodados.

NUEVAS AVENTURAS ESCENICAS DE PARRA

Escribimos este suelto a tres días de la renovación del cartel del Argentino y esta circunstancia no nos permite asegurar que al salir este número se haya estrenado: "Desventuras y aventuras del indio Pilú-Pilú", en los dominios del gran bufo, de quien hay que esperar toda clase de sorpresas en materia teatral. Y decimos tal, porque recordamos que en aquella temporada que podría llamarse la temporada de "Melgarejo", se anunció el cambio de cartel varias veces, y apenas el público se enteraba, invadía el Argentino, dispuesto a no dejar archivar aquella famosísima pieza, el éxito más sostenido de Parra autor y comediante.

Por eso, ahora, pese a la formalidad del anuncio, no nos resolvemos a decir que ya se habrá estrenado la adaptación criolla de la hilarante obra de Mirande y Geroulé, Pero, en caso de haberse producido, prometemos en el próximo número dar cuenta de las aventuras y desventuras del indígena perseguido por el "sorris gris".

"CAZO MI PERRO UNA MOSCA", DE ELEODORO PERALTA EN EL APOLO

Esta pieza que con el mismo fundamento que lleva el título transcrito, podría denominarse "El raid de Franco" o "Obras Sanitarias de la Nación", nos presenta, no uno, sino una docena de conflictos perfectamente embrollados y en los que se pasa de la nota hilarante a la melodramática con la

misma facilidad con que cambia de estación el selector de un receptor radiotelefónico. Difícil e inútil sería narrar el argumento de esta obra Baste decir que su acción se desarrolla en una casa de pensión, entre gentes de un gran desenfado moral, mezcladas con otras de una estrechez de conciencia verdaderamente magallánica. Para muestra basta el botón final, que consiste en el arranque generoso de un mozo honesto, que después de apalear a un explotador de mujeres que le ha seducido la novia, se marcha al campo con la esposa legítima del maltratado. Como se ve, el asunto no es de novedad, tampoco es de interés ni de lógica. A pesar de estos pequeños inconvenientes el público que está acostumbrado a estas cosas en el teatro nacional, aplaudió con entusiasmo, dando muestras de quedar muy satisfecho de aquella ensalada polivalente que se le había servido.

La interpretación a cargo de Emma Bernal, Margarita Blanco, Arata, Morganti, Chicharro, en los papeles principales, fué quizás la única razón del éxito obtenido por la susodicha ensalada.

SE PREPARA A UNA DAMA

Como si se tratara de vestir a una novia, Casaux prepara la presentación en el escenario del Nuevo de "La mujer de Chapelgorría", la dama hija de dos padres el maestro Payá y el ingeniero Hicken.

TEATRO FLORIDA

Ha sido estrenada por la compañía de revistas que actúa en este teatro una nueva producción del género, titulada "El traje de la mujer desnuda", que firman los señores Bourrel, Bellini y Doblas, con música del maestro Fonrat.

Como en obras anteriores, se explota en ésta la nota picaresca, pero mantenida en los límites del buen gusto. Los cuadros son animados y graciosos, matizados todos dentro de una entonación verdegrisada, acentuándose en algunos de ellos la ironía o el sarcasmo en forma muy eficaz. Con esta obra se presentó al público del Florida la primera tiple Concha Sánchez, que constituye un buen refuerzo para el conjunto. Tiene también actuación destacada en esta revista la característica Herminia Mancini.

ESTRENOS, MUCHOS ESTRENOS

Salvo error u omisión, he aquí la tanda de estrenos efectuados la semana anterior y que comentaremos en la próxima:

—En el Maipo, una nueva revista titulada "En el Maipo no hace frío". Un prólogo y 12 cuadros.

—En el San Martín, "Vengan todos a oír esta milonga", también revista, de 12 cuadros.

—En el Liceo, "Mal haya tu corazón", pieza en tres actos de Alejandro Flores.

—En el Smart, "Las aventuras de Pancho Talero" o "Cuadros cortos" o vice versa.

—En el Avenida, "Los muñecos" opereta de Stolz.

LA COMPANIA DEL SARMIENTO

Viene obteniendo un discreto éxito la pieza poética de Yamandú Rodríguez, "1810", cuyas sonoras imágenes acuden a la dormida sensibilidad de algunos espectadores a quienes se les despierta a versos épicos o a balazos únicamente. Porque todos sabemos que la masa del público no tiene paladar para gustar exquisitos líricos y sólo cree en la excelencia del rugido poético, que ha dejado de tener en estos tiempos el valor que tenía en la época de Zorrilla.

Ensayan los elementos de Real, la comedia del doctor Pico, "A la luz de un fósforo", que tiene que ser buena, visto quien la firma.

CAPITOL

"Romola", la peliula estrenada en este cine con carácter de exclusiva, se exhibe ante salas llenas y el público la ha reconocido como una de las mejores producciones cinematográficas de estos últimos tiempos.

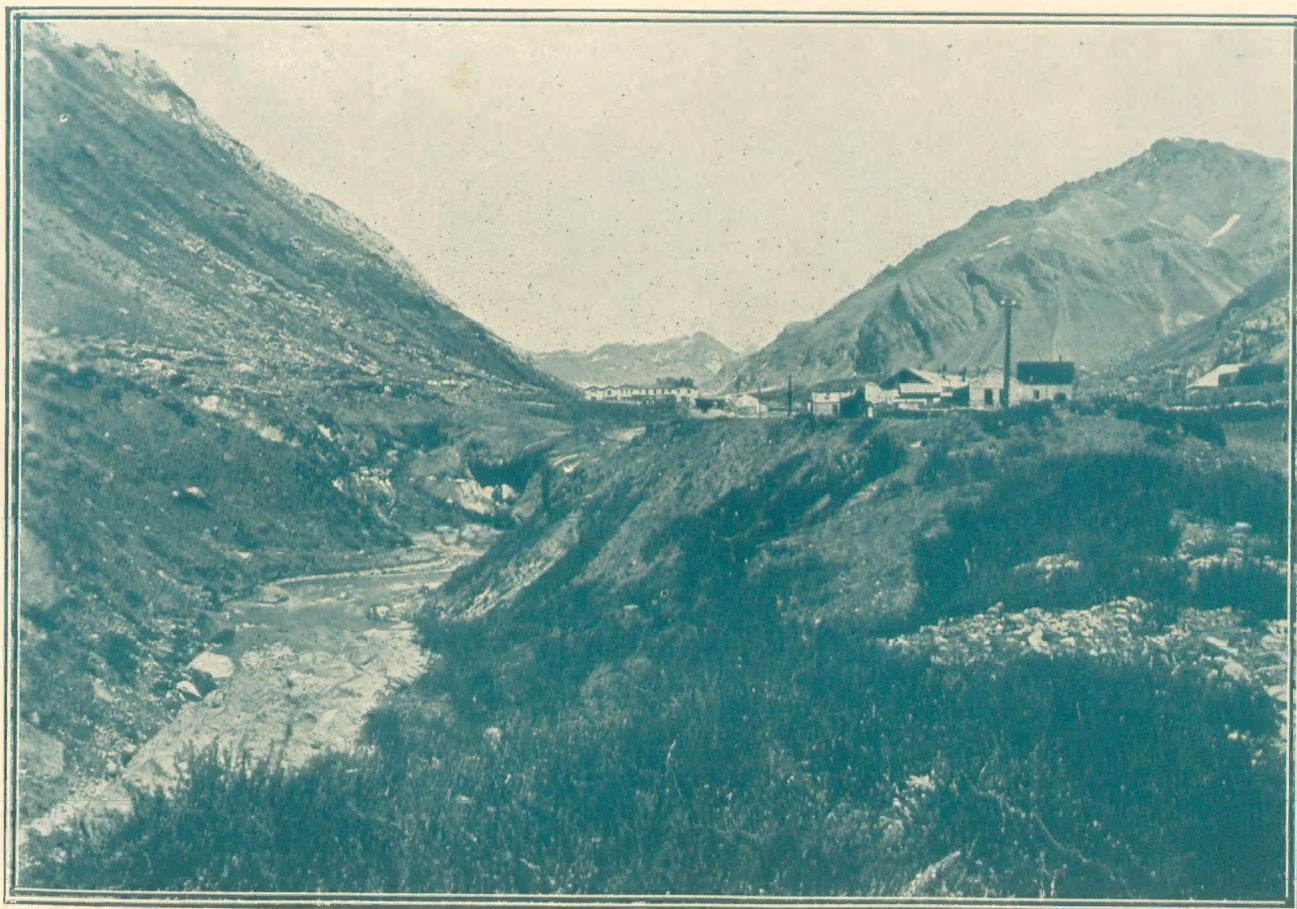
Fotografía Artística



Un interesante aspecto del Río Grande, en Ushuaia



Camino que conduce al Monte Olivia (Ushuaia),
que es el que se observa al fondo



Vista general del Puente del Inca, en la Cordillera de los Andes

Fot. Dantiacq y Villalón



Juventud

Como las flores cultivadas con esmero conservan por más tiempo su frescura y su aroma, así el cutis se mantendrá terso, diáfano, lozano y fragante, si es protegido por el uso de estos exquisitos polvos:

La Hora Deliciosa

Polvo de arroz, finísimo de fragancia sutil y penetrante.

Polvo Cielito Mío

Semigraseoso, una feliz combinación en cuanto a polvo y perfume.

Polvo Graseoso Leichner

permanece delicadamente adherido al rostro, dándole un aterciopelado encantador.